



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

ELLAS QUE TE HACEN

Cristina Marie Villar Rosa

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia
2013

Ellas que te hacen

Cristina Marie Villar Rosa

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Escrituras Creativas

Director:

Tomás González

Codirector:

Efraín Bahamón

Línea de Investigación:

Narrativa

Grupo de Investigación:

Novela

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2013

*A Titi Cristi, Abu Toñita, mi madre, mis
hermanas, mis sobrinas, mis amigas.*

A mi hijo Salvador. A mi hija Lourdes.

...Yo quise ser como los hombres
quisieron que yo fuese:
un intento de vida;
un juego al escondite con mi ser.
Pero yo estaba hecha de presentes;
cuando ya los heraldos me anunciaban
en el regio desfile de los troncos viejos,
se me torció el deseo de seguir a los hombres,
y el homenaje se quedó esperándome.

Julia de Burgos

Agradecimientos

Debo agradecer a todos y cada uno de mis maestros, tutores y profesores de la Maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia. En especial a Julio Paredes y a los Profesores Ángela Robledo y Azriel Bibliowicz. Definitivamente, a la paciencia y consejos de mi Director de Tesis, Tomás González a quien admiro por sus letras. Deseo resaltar, su obra me ha inspirado como lectora, y ahora, su amistad, como escritora.

También, debo mucho de esta novela a mis compañeros. Las tertulias, los intercambios, las críticas fueron imprescindibles en el derrotero que tomó mi pluma.

Resumen

He titulado mi novela ELLAS QUE TE HACEN y la idea central es reconstruir la vida de un hombre, Alfonso, a partir de las perspectivas que de él tienen las mujeres con las que se ha relacionado, y que lo han influenciado para bien y para mal.

Espero, al final de esta aventura de escritura, de esta maestría, ELLAS QUE TE HACEN sea capaz de expresar con claridad y conmoción todas mis reflexiones acerca del sexo y el amor, del matrimonio, de la relación de pareja, del intercambio entre géneros en un mundo marcado por una nueva era que otorga el papel de grosería, por igual, a los conceptos de feminismo y liberación y machismo y sumisión. En una época en la que todas mis amigas de mediana edad están divorciadas o divorciándose, donde mis sobrinas salen de undécimo con cero proyección dentro del rol como esposas o madres, en donde he tenido que presenciar el desmoronamiento de la salud mental y física de muchas mujeres de la edad de mi madre, cuando simplemente no pudieron con la nueva imposición que ser su género en el siglo XXI les traía: mujer hija, mujer madre, mujer hermana, mujer amiga, mujer amante, mujer trabajadora, mujer cabeza de hogar, mujer traicionada, mujer independiente, mujer hombre, súper mujer.

Y aposté llegar a esa gran meta para liberar a mis personajes femeninos, para desmenuzar por qué somos ahora así las mujeres, por una sola razón, porque me he convencido a mí misma: son así los hombres que queremos, porque son como los hacemos, como esperamos sean.

Palabras clave:

Amor

Sexo

Matrimonio

Divorcio

Paternidad

Adulterio

Machismo

Abstract

I've titled my novel ELLAS QUE TE HACEN (THEY WHO MAKE YOU) and it's central idea is to reconstruct the life of a man, Alfonso, using the different perspectives held of him by the women he's related to. It is an eclectic description made by the women that have influenced Alfonso, for good and for worse.

I expect that at the end of this writing adventure, at the culmination of this Master's program, ELLAS QUE TE HACEN (THEY WHO MAKE YOU) will be able to express with clarity and at the same time conmotion, all the thoughts I've nourished with anxiety about sex and love, marriage, couples, relationships. My theme of outmost interest is the exchange between genders in a world marked today by a new millenium that labels with dirty words the concepts of feminism and women's lib, chauvinism and submission, all at the same time. In an epoch in which all my middle-aged friends are divorced or getting a divorce, a time when my nieces are graduating from high school and college with no projections of their future as wives or mothers, I had the urge to start a debate. An era in which I've had to witness the falling apart of many women my mother's age, their mental health an abyss uncapable of dealing one second more with the responsibilities imposed by their condition as females in the 21st Century: daughter woman, sister woman, mother woman, friend woman, lover woman, worker woman, head of household woman, betrayed woman, strong woman, unprotected woman, independent woman, over worked woman, man woman, super woman.

And I bet I am attempting to arrive at the finish line just to emancipate my female characters, to analyze thoroughly the reasons why we as women are as as we are, specifically with the men we love. And I guess I know the reason, I've convinced myself that the men in our lives are the way we want them to be, because they are what we make of them, what we expect them to be.

Key words:

Love

Sex

Marriage

Divorce

Parenthood

Adultery

Chauvinism

Contenido

	<u>Pág.</u>
Resumen.....	IX
Abstract.....	X
Prólogo	1
1. Margot.....	16
2. Violeta.....	23
3. Ximena, La Nena.....	34
4. Lilia	43
5. Rosa.....	48
6. Juana	56
7. Ashley.....	61
8. Margot.....	68
9. Ivonne.....	75
10. Teresa.....	80
11. Violeta.....	89
12. Lilia	104
13. La Nena	110
14. Violeta.....	113
15. Ivonne.....	121
16. Rosa.....	126
17. Lilia	133
18. Margot.....	141
19. Ashley.....	145
20. Teresa.....	146
21. Ivonne.....	155
22. Juana	159
23. Nena.....	162
24. Epílogo. Violeta.....	165
A. Anexo: Referencias musicales	171
B. Anexo: Referencias a otros autores.....	175
Bibliografía	177

Prólogo

Tesis de grado, maestría. Introducción, ensayo, o arte poética.

¿Por dónde comienzo?

Junto a 'lugar común', 'naturaleza del texto', 'voz narrativa' y 'avanzar con eficacia', 'LAS DIFICULTADES' es de los conceptos repetidamente enunciados en la Maestría de Escrituras Creativas, Línea Narrativa, de la Universidad Nacional de Colombia. Bueno, los reflectores también fueron apuntados hacia otro término (requisito puntual para la tesis o proyecto final y por lo mismo más amenazante, calificador): 'arte poética'. Y seguramente en aras de que entrara la música a acompañar la tarea (¿para alivianarlo o darle aun más solemnidad?), mi tutor de turno se convirtió en un proveedor de ejemplos, ilustraciones, referencias. Siete paquetes de fotocopias de textos acerca del proceso de escribir según autores consagrados (autores que han escrito, no como yo, como mis compañeros, insisto en tal inmarcesible diferencia), cayeron entonces en las manos de mi selecto grupo: el capítulo Mi oficio de Las pequeñas virtudes de Natalia Ginzburg; el Prefacio de Música para camaleones de Truman Capote; El sueño de lo real de Sergio Pitol; La técnica o capítulo 6 de El arte de la ficción de John Gardner; el capítulo Memoria en Escribir narrativa personal de Vivian Gornick; A la hora de escribir de Adolfo Bioy Casares; y el capítulo 7 (¡Oh siete, número de suerte! La numerología cabalística y el tarot siempre generosos, nunca me fallan) 'LAS DIFICULTADES' de Patricia Highsmith. Fotocopias todas reveladoras, asombrosas. Definitivamente interesantes, entretenidas. Pero, lo de la Highsmith (máster de la novela psicológica

gringa, así fuera un poco loca -y no en el ático precisamente-, y otro tanto misógina o triste y solitaria) se convirtió en el punto de partida para éste, el primer boceto de un intento de 'arte poética' o prólogo para mi proyecto de novela, reto me advirtieron debía superar si deseaba graduarme. Por lo demás, incluyendo al de Highsmith, los textos compilados podrían haber sido inspiradores también, podrían haberme dado las claves para desarrollar y no sólo comenzar esta asignación. Esta *Ars poesis* (que pomposo y flemático suena...), mi más o menos reflexión academicista, mi registro autobiográfico para la ciencia y la tecnología *uninacionales* del proceso de escritura creativa (¿creativa o literaria?), o -en jerga de señora cuarentona y cachaco-boricua- mi pajazo-mental-carretazo-charlatanería. Un prólogo para mi novela, ELLAS QUE TE HACEN. Pero, entonces: ¿Por qué me costó tanto?

¿Tienes la hora? ¿Me das un segundito? Mira, lo que pasa es que se me acabó el tiempo.

18 millones de pesos y dos años y medio más tarde, y yo sí sé lo que me pasó. Pregúntenle a los que me conocen de verdad, Cristina y procrastinación no se habían encontrado, giraban en órbitas diferentes, pertenecían a dimensiones opuestas. Hacía mucho que no me daba por postergar una tarea. A ver, Cris, un poco más enfática: hacía mucho que no veía como una tarea esto de escribir. Un *deadline*, sí quizás, una entrega que me ponía a fumar en cadena dos cajetillas de Kool Light o Marlboro Ice y hasta Mustang Azul a falta de las otras marcas. Una fecha límite que me empujaba a zamparme once tintos y ocho pastillas de St. Johns en una sola noche, a lo mejor. Pero nunca, jamás, jamás y nunca, una tarea que me pusiera los dedos a temblar encima del teclado. Que me pusiera a tener ganas de comerme las uñas o de limarme y pintármelas o de preferir ir al supermercado a ver qué putas hacía falta en mi alacena. Dale Cristinita, bien agresiva, bien tú: Esta porquería del 'arte poética' me tenía mal, pero mal.

Yo sí sé en la que me metí. Lo intuí. Lo predije. Lo padecí y sabía de antemano que lo iba a padecer. Alcé mi gran bola de cristal y me reí como la Pequeña Flor de Clarice, yo animal hembra, diminuta y negra, oliéndome los humores y batiendo mi melena demasiado larga y mojada en pleno círculo de plenaria, delante de todos ustedes compañeros maestros tutores colegas, ustedes que no son los otros. La otra soy yo. Como dijo la amiga de una amiga, tanta aclaración oscureció. Tantos libros y películas y ensayos por semana, tantas organizadas de mi biblioteca y búsquedas en Google, tanta criticadera constructiva o destructiva sobre lo que escribía o lo que no escribía, o lo que escribían mis compañeros, tanta llamadera a mi marido a la oficina a corroborar referencias, después a mi madre o mi nuevo novio, tanta garla alrededor de por qué estoy aquí y por qué y cómo lo estoy escribiendo, y cómo lo estoy reescribiendo, me terminó de ocupar el rotito que me quedaba libre. No me daba el tiempo ni el espacio. No me daban las fuerzas, se me agotaba la energía. No me daba la seguridad que necesitaba para escribir mi novela. De avanzar con eficacia. De encontrar la naturaleza de mi texto. De ser consistente con mi voz narrativa. De afianzarme en mi lugar, por más común o cliché que fuera.

Pero... ¿Dificultades? ¡Ah! Esas sí que las tuve. Qué bueno. Los felicito, me felicito. ¡Lo logré! ¡Lo lograron! Encontré lo que no estaba buscando. Aunque ya sabía yo desde el día número uno que 'DIFICULTADES' era lo que más que nada y a gritos contendidos (austeros, escuetos, académicos) me venían pidiendo. Y yo tengo entrenamiento en metodología de *briefs* y análisis D.O.F.A., en estrategias creativas, y objetivos de la comunicación (escritura de *bullshit* publicitario), así que (*don't worry be happy*) puedo volver a la corriente. Entonces, volví al teclado de mi ordenador y asgué el quehacer con profesionalismo.

Y siguiéndole el *tip* a Paul Arden en *It's not how good you are, it's how good you want to be*, miré por la ventana y decidí hacer de lo primero que llama mi atención la solución a mi problema: Árbol, gata. Dos cosas a la vez, pero, ¿cuál escojo? ¿Una y luego otra? Una de género masculino, el árbol, la otra femenina, la gata. La gata tiene cola (habría sido muy loco que fuera la misma que paseaba por Oxbridge interrumpiendo a la oradora de Mujeres y Ficción), pero es tuerta... ¡Zambomba! ¡Decidí usar el binomio fantástico de la Gramática de la fantasía de Gianni Rodari! Un ejercicio de estímulo para la creatividad que me recordó una de mis compañeras en la clase de estructuras gramaticales (¿clase o reunión de autodidactas obligados a exponer...?).

El tema, la certeza: Aura o las Violetas. (q.e.p.d. Vargas Vila). ¿Qué escribo?

En ELLAS QUE TE HACEN me escribo a mí misma. Siempre lo he hecho. Y me escribo Cristina Villar Rosa, pero pueden llamarme Cristina Borda, Cristina Vélez, Cristina Smith, la verdad es que no importa. Escribo capaz de dejarme llevar por la androginia -como me lo pide Virginia-, pero suelo parecer más y padecer más mujer – asegurándome un lugar bajo las enaguas de la Cixous-. Escribo así, porque así escribía ya antes de ser mujer, cuando era niña y escribía poemas y no leía nada como dijo la Walsh, cuando volaba como dijo Rosario Ferré. Antes de haber caído presa a la inseguridad de no saber nada, o de vagamente acordarme de algo. Antes de haber sido azotada por mi propia mano con el látigo de tener todo (muy poco) junto y revuelto, y revolucionado y pasmado. Antes de sucumbir y ceder ante aquel macho alfa malbendito, inteligencia en pote, vigor estampa, patada de fútbol, voz de comando, padre de mis hijos. Antes de que ese hombre me mintiera y se fuera con otra y me dejara viendo un chispero. Antes de haber pensado siquiera que iba a ser madre o esposa o ex-mujer, cuando bailaba y me ponía tacones y llevaba minifaldas sin medias y rímel en las pestañas y me mudaba anualmente para poder mudar también la piel de ciudad en

ciudad, de alebrije en alebrije. Antes de reaprender a hablar en mi lengua materna. Cuando escribía y leía y hablaba en inglés. Antes de la gestación de cada hijo, cuando echaba el ancla en Bogotá, Colombia y luego rezaba el rosario y hacía promesas al divino niño para que se diera el milagro en mi vientre, y por fin me hallaba acariciándome mi propia barriga estirada y me frotaba los pezones con vino y estropajo, duro, preparándolos para dar teta a dos nuevos pedazos de Cristina. Antes de tener uno y luego dos orgasmos en el canal del parto y de sentir el deber, ladrillo aterrizado de sopetón, agrilleteado a mi tobillo, que me arrebatava la respiración, cuando me entregaba a la naturaleza cavernícola, cuando la naturaleza iluminada de no ser ya solo yo, de ser ahora yo la menos importante pero tan imprescindible para otro, para los otros, me asfixiaba. Y me escribía Cristina también durante esas tres décadas. Y me escribo también a mí misma, ahora en computador y en libretas y detrás de tirillas de supermercado y entre los garabatos de mi agenda ejecutiva. Ahora que soy mujer madre cabeza de hogar, ex esposa, mujer esposada a lo que no pudo ser más, mujer tiende camas y dobla ropas, mujer cocinera, mujer-hombre empresaria, mujer-hombre productora, mujer-hombre estudiante, mujer- rebuscadora de centavos para cubrir los huecos mes a mes. Qué pena pero no me avergüenza. Cuando escribí ELLAS QUE TE HACEN, no escribió mi lectura, ni mis lecciones aprendidas, ni mi crítica estilizada, ni tu opinión, ni la sugerencia de ellos o de aquella, escribió mi cuerpo. Y habló mi voz, que salió de adentro, donde es oscuro y fértil y doloroso y placentero. Con una voz sí, lo sigo admitiendo, polifónica o difusa, ineficaz o llana, pero mía. Y cuando escribí, culpable de nada, me atreví, culpable no más. Que no fui tras la incandescencia, lo siento Sra. Woolf, que fui tras lo que escribí y ya, lo que escribo yo mujer, que no es para las otras, ni por ellas, perdóname Helene, que es para mí. Porque fluye a borbotones desde cada orificio de mi cuerpo. Chorros babosos y calientes, o coágulos redondos y peludos como

almohadillas de alfileres clavados al revés. Las venas se hinchan y se ensanchan y se vuelven amarillas, verdes, negras. Las rodillas esquizofrénicas hacia arriba, hacia abajo, hacia la izquierda, hacia la derecha, son espasmos diminutos fríamente calculados. Uñas con horquilla llenas de mugre y mantequilla de maní, pelo partido y reseco, electrificado, un ojo torcido y el otro de pupila temblorosa disparando un arco por el lagrimal. Sangre también. Sangre tacones rojos y sangre tampones de hierro. Porque pueda que ande deprimida y perdida ahora que quince años de vivir en pareja culminaron, y me dejaron perdida, pero sigo conociéndome muy bien, y el temor a mis anteriores métodos, no cambiará eso. Así sirva no soy sirvienta de nadie, (*gracias mamita*), y así me haya entregado para que él o ustedes me posean, (*qué pena mi'jita*), no soy la sombra detrás de él, ni de ella, ni de ustedes. No soy mi falsa mujer. No soy mujer silencio. No soy simple, ni lineal, ni objetiva, aunque busco el orden, y soy limpia y disciplinada. No soy eficaz, aunque soy eficiente. Y puedo ser pupila de todo, de cualquier cosa, pero no soy maestra de nada. No soy analítica, ecuánime ni pausada. No soy tortuga. No hablo en voz baja. No asiento. No soy montaña, cubierta en verdor paz, ni monumental, ni discreta. Soy caribe que está más cerca a ser arena, igual que millones de otros granos, multitudinaria frente al mar anaranjado a veces tranquilo, otras furioso, siempre en vaivén con acordes que me hipnotizan, que me escuchan, que me llaman. Mujer con mantras, con calores de madrugada y frío en los dedos de los pies.

Así que sí, el tema en ELLAS QUE TE HACEN, es acerca de mí, y de mi madre y de mis amigas y de mis hermanas. Y como ya lo he expuesto y sobre expuesto, ELLAS QUE TE HACEN es acerca de la relación de pareja en el comienzo del siglo XXI, el argumento, un momento en la vida de un hombre según las perspectivas de las mujeres que lo hacen, que para ellas lo han hecho. Como lo vengo diciendo en mi presentación a la Maestría (primera vez) y en el texto de reflexión que nos pidieron el segundo semestre

(segunda vez), aquí va el tema que he propuesto en ELLAS QUE TE HACEN (tercera, cuarta vez):

...reflexiones que he tenido acerca del sexo y el amor, del matrimonio, de la relación de pareja, de la maternidad y la paternidad, de la amistad, del intercambio entre géneros en un mundo marcado por una nueva era que otorga el papel de grosería, por igual, a los conceptos de feminismo y liberación y machismo y sumisión. En una época en la que todas mis amigas de mediana edad están divorciadas o divorciándose, donde mis sobrinas salen de undécimo con cero proyección dentro del rol como esposas o madres, en donde he tenido que presenciar el desmoronamiento de la salud mental y física de muchas mujeres de la edad de mi madre, que simplemente no pudieron con la nueva imposición que la liberación les traía: mujer hija, mujer madre, mujer hermana, mujer amiga, mujer amante, mujer trabajadora, mujer cabeza de hogar, mujer traicionada, mujer abandonada, mujer reemplazada, mujer independiente, mujer hombre, súper mujer y ahora yacen enfermas, llenas de auto reproches, de resentimiento, de cansancio y olvido. En ELLAS QUE TE HACEN quiero contar mi historia actual, y la de mis hermanas, y la de mis cuñadas, colegas y amigas, a través de la vida amorosa de un hombre que jamás ha dejado de ser el hombre que todas las mujeres con las que se ha cruzado, las que hemos influido algo en su vida, que lo hemos marcado, educado, rechazado, complacido, esperamos que sea.

Con ELLAS QUE TE HACEN me interesa expresar lo que he reflexionado acerca de los altísimos grados de insatisfacción, que sólo se manifiestan en la soledad o la clandestinidad (ni siquiera a mí me gusta que me apoden feminista en público, qué pereza), que sentí en mi evaporada relación de pareja, la inconexión en mi matrimonio mientras duró, el odio fantasmagórico ahora que está muerto, y la frustración que veo sienten la mayoría de las mujeres de mi generación, pos-modernista, pos-liberación, pos-feminista, en sus vidas amorosas y sexuales, en sus vidas profesionales y familiares. Quiero utilizar la comunicación entre hombres y mujeres, los compromisos y costumbres, las conversaciones, las cartas o correos electrónicos intercambiados, y la no comunicación entre los mismos, los monólogos internos, las palabras que no se dicen en la cama o en los incómodos silencios entre padres e hijas, hermanos, amigos, novios, entre esposos. Y me apuesto a llegar a esa gran meta para liberar a mis personajes femeninos, para desmenuzar por qué somos ahora así las mujeres, por una sola razón, porque me he convencido a

mí misma que son así los hombres porque son como los hacemos, como esperamos que sean. Quisiera lograr una desparpajada contextualización de la desaparición del pensamiento feminista entre las mujeres de hoy, o de la apropiación por partes o con hipocresía de un discurso que reencarnó en una mala palabra, y que ni siquiera se susurra entre congéneres. Pienso que la mujer está oprimida más por sí misma, hoy en día, que por los machos, pero sigue girando en torno a ellos, y quebrándose en el intento, alienándolos cada vez más, intensificando la brecha que desune la tradición de la pareja como pilar fundamental de toda sociedad. Deseo traer control al destino de mis mujeres, revelar verdades inextricables de la psiquis femenina para mí, para nosotras y para nuestros hombres. Ojalá lograra, con ELLAS QUE TE HACEN, espulgar el mito de la mujer perfecta y libre, la multifacética, la *multi-tasker*, que cocina, limpia y trabaja en otra cosa para traer a casa plata, que tiene hijos y los tiene que sacar adelante prácticamente sola, o decide no tenerlos con la convicción de que es la única manera de ser libre, la que se siente triunfal en la cama gracias a toneladas de dólares en la cuenta bancaria, *bótox* en los labios o silicona en las tetas. Explorar el control y tranquilidad que traen el escaparse de los altísimos niveles de insatisfacción, de abandono, gracias a la ruptura de relaciones disfuncionales, de atreverse a 'mejor andar sola que mal acompañada'. Ponerle punto final a una novela que defienda mi emancipación de creatividad y sensualidad femeninas, mi capacidad de construir y aferrarme a "una habitación propia."

Sin embargo, aquello era una certeza, segura, ambiciosa. Y como mi énfasis en este prólogo está en 'LAS DIFICULTADES,' debo concluir otra cosa. La dificultad, el dilema que hallo particularmente sobre el tema de ELLAS QUE TE HACEN, (mi qué, que viene siendo lo mismo que mi por qué escribo) es que ya no sé si me debe o no interesar ese tema, o si tengo las suficientes herramientas o conocimientos, o si puedo abrazarme a lo escaso que he leído de literatura para explorar con mi débil prosa ese interés. No sé si fui capaz de llevar dicho tema a un decente nivel de novela contemporánea, de ficción posmoderna. Un arte, (una maestría, qué paradoja) que según mis maestros de taller no es premeditado, ni es planeado, pero paso a paso debe ser consciente y decidido. Así sepa que de alguna manera yo sí he decidido el tema y no esté manejando para nada la

premeditación (el argumento soy yo, y yo soy mis personajes que se llaman Violeta, Rosa, Lilia, Ivonne, Juana, Teresa, Ashley y la Nena, pero ni idea a dónde llegaron, por dónde han salido), no sé ya si hay sentido en nada de eso. Cuando tuve las otras tareas (y esta también, enhorabuena) de llenar mi cerebro con todo lo que tenía que tener en cuenta para escribir la novela, de las decisiones pequeñas y tan importantes que debía ir tomando, de la conciencia del deber de ir depurando de extravagancia emocional mi estilo, no tuve tiempo ni espacio para la pasión con la que me arrebatava el objeto, el qué. Entonces tenía apuntados en mi agenda más de quince libros que me podrían servir para entender cómo han abarcado mi tema, mi idea, mi voz, otros escritores. Ahora ya no sé si en vez de escribir ELLAS QUE TE HACEN debí mejor ponerme a leer esos libros y otros y de repente encontrar en aquellas ficciones mis mismas verdades, mis idénticas pasiones pero bien escritas, haciéndome más culta, más inteligente, más maestra, subrayándome cómo todo eso es más prestigioso, más certero, ahorrándome el fracaso de escribir sin ser escritora. Ahora que entendí que no hay relevancia en la originalidad ni en la creatividad, que es demasiado superficial y cojo eso de pensar que algo tienen que ver el talento, la perspicacia y la metafísica sobre el arte, sobre la escritura, me temo lo desdeñable que comienza a parecerme mi tema.

Qué maravilla. Seguridad agarró a ingenuidad a la fuerza y se botó de la azotea de la Torre Colpatria. Suicidio-homicidio, maestría-arma. A lo mejor ahora sí encajo.

Bueno, seguro adquiriré carácter con el anterior ejercicio, no sé, pero lo que sí sé es que me volvió la migraña. Ya no quiero echar más cháchara sobre el tema o contenido o estructura interna o como le llamen. Me importa un bledo seguir explicándome, explicándoles de qué o por qué escribo. De repente más adelante, cuando describa otras de 'LAS DIFICULTADES' de ELLAS QUE TE HACEN encontraré ánimo.

¿Cuánto tiempo me queda antes de la siguiente interrupción inevitable? Oprimir, suprimir, reprimir. Mejor voy a bañarme que ya huelo a chucha. Ahorita, perfumada, retomo. Volar no es lo mismo que volarme.

El derrotero, la línea: *Train of thought*, vomito (como dijo Mempo) luego ordeno. ¿Cómo escribo? La técnica que veía yo antes, tan ingenua, en mi proyecto de novela, (novelucha, cantaleta) tenía esquema, estaba delimitada. Por eso, de pronto, no me daba tanto trabajo escribir, me parecía divertido (así sufriera, sufrir puede ser rico para mí, muy rico...). Como de alguna manera me era indiferente el tema del que escribía, porque lo creía resuelto, estaba abocada sobre la solución a un problema menor: escribir lo que me había propuesto. A grandes rasgos, el marco, muy macro:

Un preámbulo que introducirá o aclarará la red de relaciones que une a todos los personajes secundarios con Violeta y Alfonso y Alfonso y Rosa, que pinte a mujeres muy diferentes dentro de relaciones muy diferentes, pero con insatisfacciones muy parecidas. Un punto de partida íntimo, entre Violeta y Alfonso, que aclare la pésima relación que tienen, a pesar de lo mucho que se aman, y entre Alfonso y Rosa que establezca la suma responsabilidad que tenemos las madres de hijos varones en criar a los machos en los que se convertirán. Un hecho concreto que pone la historia a rodar: se acerca la muerte de Rosa, enferma terminal, y Alfonso, que se la había abandonado (a Violeta, a Rosa, a la Nena) gracias a otra de tantas prestigiosas becas, debe interrumpir abruptamente su laureado camino, retornar.

Más o menos 12 capítulos de ELLAS QUE TE HACEN, el ramillete, revelando algo importante sobre sus relaciones con Alfonso o con cualquier otro hombre. Conversaciones, correspondencia o cuentos que afectaron la vida de este personaje, Alfonso. A través de diferentes personajes y momentos, una narración multiplicadamente subjetiva de los acontecimientos de la vida de pareja, y que transcurrirán desde el momento en que Violeta y Alfonso se conocieron, la química explotó y se encoñaron, la lenta y tortuosa aparición de la evidencia de su incompatibilidad, y su inevitable separación. Escenas que nos muestren las profundas tristeza y amargura de Violeta, y su inhabilidad

para enmendar los comportamientos de Alfonso o sus propios hábitos, su propia imagen, su propia personalidad para salvar su matrimonio. La imagen miope del egoísmo de Alfonso se irá transformando con su incapacidad para interpretar cómo es realmente que debe enamorar, satisfacer a Violeta, de merecer su compañía o su perdón, o a Ivonne (su nueva y joven amante) o a Margot (su mejor amiga, su colega). Su punto de quiebre habrá de mostrarle (mostrarme) cómo no puede honrar todo el esfuerzo que hizo Rosa (su madre) por su padre, por él, por sus hermanos, de enmendar lo que Lilia (su hermana) nunca aprendió a hacer por sí misma, para ella misma. El Alfonso 'todos-los-hombres-son-iguales,' sin perspectiva, sin parlamento, sin presencia ni acciones físicas dentro del texto, deberá adquirir volumen, otras capas, a lo mejor reivindicando su inocencia, abrazando su lado femenino cuando al final, encare a la Nena (su hija), y presencie (él, yo, de pronto ustedes también, ¿por qué no?) la concreción del resultado de la incomunicación de la pareja a comienzos del siglo XXI.

Evidentemente, cuando escribí estos dos párrafos no estaba pensando en dominar el oficio de la escritura, (sinvergüenza), ni me apetecía saber cómo funcionaba eso de escribir (atrevida). Como no tenía la tarea de poner a funcionar mejor mi pluma no estaba obsesionada con convertirme en escritora, como ustedes, como ellos (bestia peluda que para esto es la maestría), entonces, la línea de ELLAS QUE TE HACEN, aunque ambigua y robusta a la vez, no me era inconveniente. Había troceado mi hilo conductor (eso también lo tenía esquematizado), una mujer por capítulo, cada mujer con tres partes, una para avanzar en la historia lineal, cronológicamente (la evolución de la enfermedad de Rosa, en el hospital), otra para construir los personajes, dándoles énfasis (*flashbacks*) en los momentos de especial importancia entre Alfonso y la mujer del capítulo, y otra más (no siempre en orden, eso se resolvería después con lo que me fuera dictando la musa, juá juá...) para el momento psicológico y presente de lo que cada mujer siente por Alfonso. Entonces, el proceso de ELLAS QUE TE HACEN estaba claro: un plano secuencia con cortes a otros tiempos. Pantalla dividida en dos para acción y psicología paralelas, y uno que otro flashback. Cada mujer-capítulo una perspectiva.

Cada capítulo un pasito diminuto y lento, un microscopio sobre un puntito de tiempo, hacia el desenlace, la muerte de Rosa, definición y quiebre de todas las mujeres que hacen a Alfonso, y de Alfonso. Una intención que me nacía espontánea y que ahora puedo justificar (no hay dificultad aquí, simplemente un paréntesis, creo que estoy abusando de los paréntesis, *sorry*) con lo que releí en Una habitación propia: *a woman writing thinks back through her mother*. Sí, pensaba yo, mi madre y mi abuela y mis tías y mi suegra. Resuelto el formato, entonces solo era necesario prender mi compu y empezar a darle duro al teclado. En la re-escritura se iría transformando, en la edición terminaría afinándose (¿qué te creías? ¿que iba a ser tan fácil? ¡Juá!).

Pero como el proceso fraccionado y múltiple, mi método espontáneo, ahora caía en las manos de lectores y tutores críticos, que me hablaban de ‘lugares comunes,’ ‘naturalezas del texto,’ ‘voces narrativas,’ ‘avanzar con eficacia,’ ‘lenguajes inconsistentes,’ como ahora debía mirarlo a través de la lupa de ‘arte poética’ mi hilo conductor se rompió de totazo. Senda dificultad, ¿no lo creen? Tremendo lío.

El piojo, la pulga. Pico aquí y allá, pongo huevos por millón, y dejo atrás la ronchas. Alerta, alergia. ¿Y las dificultades puntuales? La ficción convertida en realidad. Bloqueo por prestidigitación. Terror a la coincidencia. ‘LAS DIFICULTADES’ más aterradoras (o esperanzadoras...) que he tenido con mi texto es que cualquier semejanza entre mi texto y la realidad, no la sentí coincidencia. Y cada coincidencia me estorbó, me paralizó, me hizo vivir las circunstancias en carne propia y odiarme ante la posibilidad de siquiera considerar tomar una anécdota de aquí o de allá y escribirla. En ELLAS QUE TE HACEN la suegra de Violeta, la madre de Alfonso y de Lilia, la abuela de la nena, entra en la etapa terminal de una grave enfermedad. En la vida real de Cristina, mi suegra, que había gozado la dicha de lograr arrullar su cáncer, de dormirlo por los últimos 4 años, entró al hospital con metástasis. Duramos sesenta y pico días de enfermeras bruscas,

doctores herméticos y un recorrido de pulga hacia la adicción a las medicinas para el dolor. Nos acechó el final y luego nos cayó. En ELLAS QUE TE HACEN el protagonista, Alfonso, marido de Violeta, decide terminar con su esposa y empezar de nuevo con su recién conocida amante. Su enésima amante. Violeta no cuenta con la suerte de ser ella esta vez la que tomara la decisión de sacar a Alfonso de su vida. En la vida real de Cristina, mi compañero de 15 años, el padre de mis hijos, decidió largarse con otra. De nada me sirvieron todos los ensayos de ultimátum que le tenía preparados, me los tragué, quedaron condenados al silencio.

Yo observé, y aprendí, y sentí y conecté picadas para llegar a las ideas para mi novela (fútil, insignificante ante la verdadera vida, ante la muerte, ante el desamor), pero cuando escribía sobre ello, sobre Rosa y sobre Violeta en el hospital, o sobre Violeta temiendo vivir sin Alfonso o perdiendo a la Nena ante los encantos de la nueva novia de su padre, simplemente, me costaba mucho trabajo. Me daba miedo. Intuía que esto venía. Lo predije antes de que pasara, y no quería que pasara. Y lo escribí. Y pasó.

Por otro lado, algo menos grave, mucho más concreto, mal que bien, solucionable (Cristina malabarista): no tenía tiempo suficiente. No tenía, ni todavía tengo pensión, ni sueldo fijo (soy independiente), ni he terminado de pagar mi casa, y me sobran las interrupciones. Estoy esposada a la vida normal y necesaria para la mayoría de las mujeres de mi edad. Y nadie me obligó. Aquellas decisiones fueron premeditadas. Quería esposo, hijos, y mascota. Quería hogar y familia. Quería seguir estudiando. Quería escuchar música (Alanis, Madonna, Fergie, Elle, Rita, Baby Animals, Souixie, Paulina, Martirio, Bebé, La Negra, Jane, Janis, Joan, Julieta, La Mala, Jessie J...oh tantas...), cultivar mi cinefilia (Jane Campion, Suzanne Bier, y tantas comedias románticas y tantos dramas...) y leer a mis ídolas (Burgos, Plath, Angelou, Woolf, Mastretta, Montero, Allende, Santos-Ferbes, Lessing, Lispector, Falacci, Triviño, Ángel,

Ferré, Pizarnik, Ocampo y tantas pero tantas otras...). Y quería crear y componer y contar y actuar y recitar y bailar. Y quería escribir... pero...

En los horarios promedio que tuve disponibles para el oficio de la escritura la mayor de las 'LAS DIFICULTADES' fue la escasez de tiempo. Y seguro tal dificultad es las que más mella ha dejado en ELLAS QUE TE HACEN: Con razón estoy ojerosa, irritable y mamona. Con razón mi casa, mi habitación propia con pestillo, está patas arriba. Si lo que no tengo es tiempo. Tiempo de ocio y de entretenimiento y de lectura por placer y de escritura por trabajo o porque sí. Tiempo para dormir y para tirar. Tiempo para lavar bien los baños. Tiempo para hacer plata. Tiempo para escribir. (Ufff...).

El final, la auto-ayuda. Tierra llamando a la Cris que me conozco, la Cris desparpajada, la poco reverente ante lo intelectual, lo racional, lo literario... ¿Y las soluciones? Juré que no iba a perder. Entonces, me reprogramo, me reorganizo, retomo. (Veo el final, ya casi, ay que nervios...): Para mí Cristina Villar Rosa, la eyaculación no es la meta. La auto palmadita en la espalda 'pero mira como te has convertido en escritora', tampoco. Es el proceso, lo que me engancha. Mi falta de falo para dirigirme hacia la conquista de la narración, mi falencia, podría ser mi mayor virtud, ¿por qué no? Romper la tradición, las reglas, sólo requiere de un poco de rebeldía. Y de seguridad y de autoconfianza y de disciplina. Ahí, en estas últimas está la maestría. Una vez entregue esta joda, intentaré de nuevo rehacer como hacía cuando no había tanto ruido, cuando no me tocaba pagar guaridas de a peso para escampar de tanta tormenta de rayos-ego. Cuando no me encontraba arrodillada frente a la homilfa racionalista a la que se refiere Santos-Febres. Escribiré mi siguiente novela, o cuento o poema. Iré detrás de un lector cualquiera, como yo de cualquiera, y si se ofende en su inteligencia por mi falta de conciencia sobre el oficio de la escritura, porque encuentra descuajada la 'naturaleza de mi texto,' porque detecta que no es una sola y consistente mi 'voz narrativa,' porque le

molesta enterarse que nunca logré avanzar con eficacia, que jamás superé 'LAS DIFICULTADES,' pues ni me habré enterado. Y reiré como la Pequeña Flor de la Lispector, mostrando mis dientes feroces ante el mito de la razón y las jerarquías que apoya y sostiene. Juá juá lo erudito. Como la mirada de Medusa decapitada a través del espejo que el hombre sabe que ya no petrifica, aunque sigue generándole terror. Juá, juá, la gran hostia el jurarse escritor, 'arte poética' dominada.

Yo retomo a mi poeta favorita y lo juro: *yo no quiero ser como los hombres quieren que sea: un intento de vida; un juego al escondite con mi ser. Yo misma, (también como tú OH Julia acérrima, eternamente amante y desenamorada) voy a ser mi ruta.*

Y esta tarde, después de haber entregado este texto prólogo de ELLAS QUE TE HACEN, junto a la novela, ya finalizada, sentiré algo grande en mi vida, un problema gigante solucionado. Con mi método caos, simbólico, subjetivo, diminuto, cotidiano, insignificante y por eso, para mí que soy otra, OTRO. Otras serán las cualidades que tendrá entonces el texto. De solo proyectarlo, aquí en mi bola de cristal, en mi caldero de bruja, siento retornar mi poder. Pero no se vayan a creer que es un poder narciso, ni que crea yo logrará algún día validar o destrozar al amo, a la hegemonía, (soy ilusa pero no tanto) pero sí me llevará a dormir más rico y a tirar más rico y a sufrir más rico. Me llevará a comenzar a escribir nuevamente, y a sentirlo más sabroso. A darme el lujo de extender mis alas y lanzarme por aquellos 'mareadores y precipitados vuelos entre el conocimiento y el invento' a los que la Cixous se refería.

Por fin.

1. Margot

Antes que nada necesito calmarme. No estoy acostumbrada a este tipo de sobresaltos. Tengo ganas de gritar, llorar y reír a carcajadas. Quitarme la ropa, bailar salsa, tragarme dos pintas de helado de chocolate. Ayer en la tarde me llamaron de la facultad, que esperáramos el comunicado, ya habían llegado al consenso y estaban levantando el acta en ese mismo momento. Y usted se despidió de mí sin siquiera pestañear, chao Margot, que le vaya bien, váyase a descansar que mañana será otro día de trabajo, el mismo con o sin subvención. El mismo. Ja. ¿El mismo? Me fui al dormitorio, sí, como usted mandó, pero no podía descansar. ¿Cómo podía hacerlo? Y me senté en la cama a leer sus últimas notas sobre las encuestas telefónicas del primer período, para distraerme, pero no pude continuar, seguir como si nada. Una lombriz esquizofrénica nadaba contra-reloj en mi estómago. Hormiguitas en el jopo diría mi abuela. No me podía concentrar, mucho menos para tabular. Los números tendrían que esperar. Sólo tenía ganas de ser la mujer biónica con súper poderes para mirar por la ventana hacia la bahía y a punta de telepatía lograr un *timelapse*, que se oscureciera en tres segundos, como en las transiciones de las películas, y desfilaran con afán las estrellas dejando estelas de luz, fugaces, y saliera otra vez el sol de amarillo a naranja a violeta a rojo, en un instante, y fuera hoy.

Traté de leer un poco de alguno de los diez ejemplares apilados sobre mi mesa de noche, escogí 'Me muero por ir al cielo' la traducción que mi estudiante Antonio Epstein le hizo a Fannie Flagg, y que me regaló sonrojado, ansioso, como si temiera mi desaprobación. Me quedé pensando un poco en lo bonita que me estaba pareciendo la novela, tranquila, y de cómo a lo mejor era puro mérito de mi pupilo, que tendría que conseguirme la versión en inglés, para poder comparar...pero no lograba acordarme quién era quién o en dónde había quedado o cómo era que se había accidentado Norma, la anciana protagonista. Me puse a ordenar el cuarto, lo cual es un chiste pues allí nunca estoy, y como dice usted Alfonso, soy una psicópata del orden... Entonces decidí ponerme a separar la ropa sucia, la blanca aquí, la de colores allá, la negra más allá, pero ese quehacer también lo terminé muy rápido, no había más que tres mudas, tan sólo hacía un par de días había llevado mi ropa y la suya a la lavandería del *dorm* de los estudiantes de doctorado. Luego intenté repasar y reescribir algún aforismo en mi diario, de esos con los que me gusta llegar y sorprenderlo y usted se deja sorprender, y de vez en cuando, si le parecen ingeniosos, los copia en letras grandes con marcador verde o azul, en el tablero de vidrio que divide nuestros escritorios. Pero, aquel, como todos los demás pasatiempos era inútil. Demasiados nervios. Demasiada anticipación.

Obvio, no dormí nada, la noche pasó muy lenta y parecía que jamás iba a amanecer. Me desnudé y eché crema en todo mi cuerpo, frotándome con intenso vigor los muslos para combatir la celulitis tal y como aconsejan en el infomercial. Me puse la pijama y me deslicé entre las cobijas, qué rudo es el invierno san franciscano, y aunque suelo dormir empaquetada como un sándwich aplastado en sandwichera, esta noche no me soporté las cobijas y de una patada las tiré al piso. El cuerpo entero me ardía. Brasas inclementes, salvajes, fuego intuición, me quemaba esa sensación de sabernos tan cerquita. De imaginarme lo mucho que esto significaría para usted. Claro, de todo lo

que significaría para mí también. Usted y yo. Y traté de perderme en la televisión, pero veía su rostro en todas partes, en la presentadora del canal del clima, en el jugador de la NBA mientras hacía una tremenda encestada, en la foto que hay en el porta retratos sobre el escritorio de Jay Leno. Su cara sabia, serena, sus ojos conectándose a los míos, y de repente, mini-luciérnagas esplendorosas, llenando el aire con la mística de los cuentos de hadas, o las fantasías de niña púber. Qué tal... yo, cuarentona y en estas. Ilusionada y a la expectativa del momento justo en que nuestras sonrisas amplias, cada vez más grandes, se transformarán en un candado de alegría, de orgullo que nos unirá para siempre.

Pero ya pasó la noche, y amaneció y es hoy y ya tuvo que haber llegado el comunicado. Subo las escaleras lo más rápido que puedo, aunque con cautela, está medio oscuro todavía, no vaya y sea que me resbale y salga rodando, yo con esta gran motilidad, hoy que me vine con mis únicos tacones, pinta sobria, por si nos toca salir a homenajes y reuniones de celebración. Tendrá que estar en el buzón, al lado de la puerta de pino de la oficina. Nuestra oficina. En una placa de acero inoxidable, ligeramente iluminada por detrás con una lucecita cálida, en primera línea: Alfonso Morales M.A., PHD, Visiting Professor; en la segunda: Margot Vélez, M.A., Visiting Research Associate. El buzón entreabierto. Un sobre blanco tamaño oficio y con membrete: The University of California at San Francisco.

Flash forward y el sobre ya está roto. Las páginas del comunicado arrugadas, ya las he leído una decena de veces. Me siento mareada. Me siento muy feliz. Tengo ganas de llorar. No puedo creer que la junta haya decidido darnos la subvención. Setecientos cincuenta y tres mil doscientos cuarenta y un dólares. Sí. 753,241 dólares americanos. Carajo. Aunaron recursos de tres departamentos... ¡Tres! Español, Inglés y Lingüística. Hasta los competidores más acérrimos del programa, tuvieron que haber votado a

nuestro favor. ¿Se imagina la cara de Thompson o de García-Smith? ¿Ya habrán notificado a los puertorriqueños? ¿O a los de *Chicano Studies*? No va a ser fácil capotear las envidias. Esta suma no tiene precedentes, ni siquiera esos tres departamentos tenían suficiente plata, seguro tuvieron que acudir a la empresa privada, ¿serían McDonald's o Nick/MTV, Exxon? No. Le apuesto lo que sea, fue Apple. ¿Puede creerlo, Alfonso...? Necesito verlo ya, no puedo esperar. Es la primera vez en la historia de esta Universidad que hace algo así por los estudios hispanos. Gracias a nosotros. Pero qué digo, a nosotros no. Gracias a usted Profesor Alfonso Morales. ¡A usted! Y sabemos exactamente lo que setecientos cincuenta y tres mil doscientos cuarenta y un dólares significan. Lo hemos discutido innumerables veces en años y años de arduo trabajo. Jamás fuimos tan disciplinados, ni tan intensos. Todas estas traspasadas discutiendo lo que realmente necesitábamos para llevar a cabo el proyecto, tertulias que aunque se disfrazaran con ese pesimismo impostado que tanto marca su estilo Alfonso, en realidad albergaban el verdadero furor de nuestro sueño. Un sueño ostentoso, pero imposible no. ¿Pisarle los talones a Saussure? ¿Darle *knock-out* al grupo de los húngaros? ¿Ganarle a los de Cambridge? Sí, carajo. Lo logramos. Setecientos cincuenta y tres mil doscientos cuarenta y un dólares. Una suma hermosa, divina. Eso es exactamente lo que presupuesté, *to the last penny*. ¡Ja! Todo lo que usted me dijo necesitaba. Tres años y dos meses para aterrizar la tesis, para investigar sin obstáculos, para profundizar, para concluir, para publicar. ¡Publicar! Suficiente para emplear full-time a tres de sus mejores alumnos. Creo que Marcus Grajales y Jennifer Wheiner tienen que estar. No podríamos dejar por fuera a Phillip Bailey, creo que su experiencia en arquitectura puede darle otra cara a los modelos. Bueno, también podemos pensar en traernos a alguien de Bogotá. Los reportes hasta ahora logrados habrían sido flojos de no ser por Carolina Sarmiento, o

de Sergio Suárez y los chicos de la Distrital. Pero habrá tiempo en el cronograma para organizar todo esto. ¿Por qué no, convencer a los de la UBA que se apunten?

Setecientos cincuenta y tres mil doscientos cuarenta y un dólares para coordinar por lo menos dos rutas. Desde Mexicali o Ciudad Juárez hasta Puerto Obaldía. De La Guajira a Cabo de Hornos. A lo mejor podemos dejar planteadas otras tres rutas para las fases posteriores, la de los archipiélagos, la del Caribe, la del Pacífico.

¿Usted se lo esperaba? Yo no me lo esperaba. Pero usted sí. Siempre supo que nos lo iban a dar. Doy vueltas pequeñas sobre la alfombra Navajo que nos heredó el Profesor Richardson y su simpática asistente, Donna, cuando llegamos hace seis meses a esta oficina. Me parece que es el tapete más lindo del mundo. Podría caer arrodillada sobre él y darle gracias al dios en el que no creo. Tengo que darle las gracias a usted Alfonso. Este es probablemente el día más importante de mi vida. Pero no sé cómo decírselo. No sé por dónde empezar. Lo llamaré. No, primero tengo que calmarme. No voy a hacer el ridículo dando gritos de niña chiquita, o echándome a llorar como una de sus alumnas fanáticas. Puedo escribirle un correo. Un mensaje de texto. Un *tweet*. Eso. Una nota de felicitación, de agradecimiento, concisa y sencilla como a usted le gusta, sin melcochas, escrita con inteligencia. Sí, ciento cuarenta caracteres o menos que condensen este reguero de palpitaciones, manos sudorosas y de no poderme estar quieta. Ah pero qué estoy pensando, el *touch* de mi tableta está dañado. Mierda. ¿Hoy es martes? No se me puede olvidar que mañana TonyMac me recibe para hacerle un *back-up* a su portátil y que de una vez debo pedirle me arregle esto del tacto de mi tableta. Bueno y si se dañó qué importa. Ya no somos unos pobres profesores muertos de hambre. Lero-lero. Somos ricos, Alfonso, somos ricos... ¿Será que lo llamo al celular? ¿Qué hora es? Las seis menos cuarto. Su primera clase de hoy es a las nueve.

Demasiado temprano, dónde lo despierte antes de las ocho le arruino la noticia.

Ya sé, puedo prepararle una felicitación tradicional, mire, en estas tarjetitas que usted mismo me regaló, tan bonitas, marcadas con mi nombre en acuarela. ¿Qué estaría pensando cuando me las mandó a hacer? Son tan femeninas, delicadas, hasta tiernas. Es curioso, ahora que lo pienso usted siempre me da regalos así. Algo de eso verá en mí. O todo lo contrario. ¿Será un mensaje subliminal? ¿Una crítica sutil y constructiva? Margot, mire arréglese un poco, no sea tan dejada, acuérdesse de que es mujer... o es que lo hace a propósito? Margot, no salga así a la calle, qué le pasa...me decía mamá cada vez que me veía salir por la puerta de casa. Podría haberme dicho, Margot, mijita póngase un vestido más atractivo y píntese un poquito la cara o si no, nunca va a conseguir marido. Pero ella era una madre directa, sin capas de ironía ni destellos de cinismo, una genio para la ruda realidad. Menos mal estoy a miles de kilómetros de esa casa. ¿Qué diría mamá acerca de estas tarjetitas? De pronto estas al igual que los aretes de filigrana para mi cumpleaños y la bufanda de cachemira que me dio en Navidad, sean detalles que usted me regala porque en el fondo es así como me ve. Delicada, femenina, suave. Pero qué imbecilidades pienso, si usted jamás me ha insinuado nada. Nada de nada. Usted que es el profesor más serio que he tenido, el jefe más serio, el colega más serio. De un humor agudo, fino, brillante como todo lo que hace, pero siempre sobrio, respetuoso. Decente.

Debe ser la falta de sueño, ya estoy divagando. Sí, voy a escribirle algo corto en una de estas tarjetitas y voy a entregársela a alguno de sus estudiantes de las 9:00. Querido Alfonso, Tengo noticias, Margot. No, demasiado frío, genérico. Profesor Morales, invéntese una excusa para dar por terminada su clase y véngase para la oficina. ASAP. Tenemos que celebrar, Margot. Qué asco. Largo pero flojo. Sin chispa. Alfonso, ¡lo logramos!, Margot. Qué vaina. Sería decepcionante que se enterara así. Creo que

mejor no le escribo nada. Mejor me pongo a hacer tinto y a tabular las encuestas con juicio y lo espero. Total, la clase acaba a las 12. Son las siete. Cinco horas. Sí, me voy a sentar por acá con un tinto recién hehecito y adelanto estas encuestas. Lo sorprendo con la noticia de la subvención, y lo remato con que ya tenemos los resultados cuantitativos de la primera fase. Mato un pájaro de dos tiros. Ja. Ay, tengo tantas ganas de verlo Alfonso, de ver su reacción cuando le suelte la buena, la buenísima nueva. Nuestro proyecto de vida, materializándose. Vamos a trascender usted y yo profe. Usted y yo, jefecito, coleguita. Setecientos cincuenta y tres mil doscientos cuarenta y un dólares americanos. Eso. Eso es lo que voy a escribir en la tarjeta: Profesor Alfonso Morales, ¡US \$753.241 y yo lo esperamos! Margot.

2. Violeta

Mire Alfonso, yo a usted lo quiero mucho pero creo que llegó el momento de contarle algo muy importante que he tenido atorado en el tórax por seis meses, y de paso, por qué no, aclararle varias cositas. Vamos a ver si me alcanza el cerebro. Vamos a ver si no resulta siendo todo muy trillado para usted.

No sé cuál fue el verdadero instante en el que a su lado, perdí mi espacio, mi voluntad, mi mundo interior y me entregué por completo a sus autoproclamados genio y figura.... Hoy le escribiré esta nota a ver si por fin, usted me entiende aunque sólo sea por el tiempo que le tome leerla. Que participe de estas ansias tan grandes que me genera el estar llegando a mis cuarenta como una mujer completamente invisible. Si no estoy mal, estas tres oraciones anteriores ya fracasaron en cautivar su atención, ya perdió la paciencia y se está precipitando a conclusiones. De pronto en este momento hasta el enojo y el hastío de leerme –parecidos a lo que siente cuando intento hablar con usted- acaparen sus pensamientos, no es tan difícil pronosticarlo, yo a usted lo conozco. Pero es importante que se concentre al leer, que ponga a un lado su impaciencia o su ocupación en otros menesteres sin duda para usted más interesantes que yo y lea, que verdaderamente lo haga. Si me quiere, si quiere a sus hijos y si en algún rincón de su apasionado pero egocéntrico corazón puede encontrar un campito, por favor, le ruego, otórgueme la gratitud, por innecesaria que le parezca, que hoy le pido. Un rato en el que

estamos cara a cara, pero usted solo lee atento y silente y yo por fin me doy maña para exponerle mis sentimientos. ¿Quiere decirme algo ya? Hágale, hable usted primero, si en serio lo encuentra necesario. Pero dígalo todo, absolutamente todo por favor, y después, cálese, y siga leyendo.

Yo a usted lo conocí sin nada, arrastrando un manojo inmarcesible de complejos por haber sido criado en un barrio de clase media baja entre pandilleros, drogos y rateros, pero con las contrastantes ínfulas de ser crema y nata intelectual de Colombia, de apellidos distinguidos y aristocráticos, de fortunas vueltas agua y sal en las manos de hombres desprendidos de y desinteresados por el vil dinero. Y lo acepté sin un peso, poniéndose la ropa de sus hermanos mayores y de sus vecinos, a escondidas o a la brava. Y es curioso, pero aunque no lo conocí de pequeño, por la reconstrucción que he hecho de su infancia, entre lo que me cuenta su madre, lo que yo misma he deducido y a través de sus contestaciones con verdades absolutas, su crasa desconsideración hacia los demás, y en especial su falta de respeto hacia mí, creo que nadie sabe quién es Alfonso Morales tan bien como yo. Desde muy chico usted se cree que sabe en dónde están las equivocaciones de los otros. Usted cree merecer que lo financien que le ayuden a salir adelante, que le paguen más y le den más reconocimiento. Que le rindan pleitesía por ser tan moralmente bien estructurado, letrado e inteligente. Ese maremágnum de respeto por su propio orgullo, tan sagrado y tan fantasioso a la vez. Por tener mejores objetivos, motivaciones y normas que yo y que sus amigos y colegas, que todos los demás. Y eso está bien para su tan importante primera persona singular, y de paso funciona como azuzador de libido, hay que ver cómo levanta mujeres por doquier, cómo me sedujo siempre que se le vino en gana y cómo peligrosamente la embarra, acto seguido se justifica de una manera grandiosa y finalmente sale ileso y airoso del percance. De qué manera ha logrado hacerse de bienes materiales, plata y

reconocimiento en su gremio, en su familia, en esta sociedad. Hay que ver cómo me ha poseído, cómo me ha mandado, cómo ha sido mi norte, mi amanecer y mi ocaso, mi proveedor y verdugo todos estos años. Hay que ver todo lo que soy y lo que no pude ser hoy día gracias a usted.

Sé que le cuesta trabajo creerme, pero le repito, en el fondo, me alegré mucho cuando le salió la invitación oficial a ser Profesor de la Universidad de California. Miraba, ya se lo admití, brotó del hecho en que recientemente me había convencido de desistir en aceptar el rol secundario en la nueva novela de Telemundo en Miami, en sus propias palabras: “una separación entre usted y yo por semejante ridiculez” sería desconsiderado de mi parte. ¿Cómo puede osar tan siquiera una mujer, si es mujer, si es hembra noble, si es buena, abandonar su familia? ¿O de arrastrarlos con ella, como entonces pretendía yo, hacia otro país? Ni se diga, ¿qué sería de usted por allá sin trabajo en esa insípida ciudad gringa habitada por cabecihuecos aficionados al bronceo? ¿Un don nadie, sin su prestigioso círculo de colegas académicos en una ciudad...¿cómo fue que la llamó?...ah sí, una ciudad aculturada? O, ¿qué sería de los niños teniendo que dejar atrás su amaestrado entorno, su casa, su barrio, sus colegios, por culpa de su egoísta madre? ¿En qué momento me había enloquecido creyendo, una vez usted descartó por completo la idea de mudarnos todos, que me podía ir y dejarlo aburrido, sólo con los niños y partir en pos de mi banal sueño? ¿Cuándo se había visto que a usted le provocara o tentara dejar atrás todo lo que usted había construido, por más fabuloso que resultara el aumento en nuestro ingreso?

Así que cuando la propuesta vino de usted, con los papeles invertidos, otra institución importantísima, un cargo nuevo, el Profesor visitante más esperado en la historia, la oportunidad única y más importante de todas las que se le habían presentado anteriormente en su vida, la meca occidental del conocimiento, el primer mundo, dos

años de completa concentración para lograr conseguir la subvención para su proyecto de investigación y prepararse para ser el lingüista más famoso del mundo, 30 meses que se pasarían volando, con cinismo y furia controlada presencié cómo se armaba de argumentos inversamente proporcionales a los que hacía poco había empuñado en mi contra: los primeros en beneficiarnos de la separación seríamos los niños y yo, de la noche a la mañana seríamos partícipes estelares del progreso, el éxito y la fama, cosas fundamentales en la existencia de un marido, un padre, un Profesor Alfonso Morales, PhD, que le permitiría ofrecerle mucho más a su familia. Además, el beneficio para nosotros era evidente ya que podíamos continuar disfrutando de nuestras rutinas, la Nena, Marco y yo, incluso Juana, nos libraríamos de caóticas mudanzas o de tener que ir a la caza de desconocidas ciudades, casas, calles y colegios! La envidia que sentí, el desasosiego, el látigo de la injusticia fueron tales, que acabaron por taponarme la aorta con toneladas de pólvora. Pedacitos de cristal que venían astillándose por las crisis, tantas crisis, se incrustaban sin piedad en mis ojos... Un mes de abril, sin dirigirnos palabra, varias vacaciones frustradas por la incongruencia de sus gastos secretos, siete cumpleaños seguidos teniendo que comprarme mi propia torta después de que usted me llamara a informarme que llegaría muy tarde... El día que lo dejamos en el aeropuerto y se largó, los niños lo besaron y usted me abrazó con fuerza y me miró a los ojos con ternura, de momento todos esos vidriecitos de desencuentros y pactos ignorados o violados, y de soledades obligadas, hicieron chispa e implosioné.

Se murió mi amor, usted logró acribillarlo. Esta es mi confesión, básica, sencilla.

Poco a poco me fui despertando y me encontré rehaciendo rutinas, sonriendo más, relajándome. Me vi a mí misma releendo poemas de sol recostando la cabeza en las ventanas de los buses o explayada, desnuda entre las cobijas de tardes frías y lluviosas. Me descubrí en la mitad de piropos, con brillo en el pelo, dominando tacones, y

mucho más tiempo para pensar en mí, en mis ideas, en mis proyectos. Seis meses en esta terapia de auto ayuda me llevaron a prender la luz. Fue hace un par de semanas. Lo imaginé a usted Alfonso, lo retraté por primera vez como realmente es, sin pasión ni deseo, sin angustia o recelo, completamente real, como vino al mundo y como se formó, como se ha hecho, como lo hicieron, como lo hacemos.

Revelador. Aterrador todo lo que vi.

De todas maneras, aunque ya no es una curiosidad malsana, ni una sed de angustia, sigo, en ratos perezosos, cavilando sobre las posibles razones que tiene para ser el ser misógino desfachatado que es. En eso tengo mis dudas, pues repaso los ejemplos de vida, personalidad y relaciones que usted ha tenido con el género femenino - su madre, sus tías, su hermana y cuñada, yo, sus colegas, mis amigas, su hija- y realmente no entiendo cómo llegó a tener esa certeza de macho alfa, la certidumbre ingrata de haber nacido amo y señor, de contar con inteligencia y moral superior a todas. Una súbita comprensión me trajo a la mente las caras de su hermano mayor y de su padre. También la de su abuelo. Tres generaciones de Genaros Morales que lo marcaron más de lo que usted quisiera admitir. Se quería alejar tanto de sus ejemplos de vida, que dio la vuelta y ahora no hay mucho que lo separe a usted de sus mismas calaña y esencia. Ojalá pudiera así fuera por un *nano* instante, verse como lo comencé a ver yo en esas tardes en las que usted ya estaba tan lejos... Que cayera en cuenta cómo nunca le ha importado cuán brillante, echada para adelante, eficiente, soñadora y sensual sea una mujer, igual se merece su condescendencia. Por eso nos habla despacio, como queriendo explicar a unos seres que por su ADN con tetas y vagina, por la inferior condición de nuestros órganos reproductivos, no somos capaces de entender a su ritmo, de comprender las sutilezas de sus insinuaciones o la astucia de sus analogías, la ubicuidad de sus teorías, la profundidad de sus silencios.

Jamás entenderé cómo, siendo usted el ser tan superior que es, creyó que no me enteraría de Susana o de las estudiantes y pasantes o de las cualesquiera en su vida. Increíble que me creyera tan estúpida como para condonar el lazo con el que ata a la Profesora Margot, saboreándose para sí mismo, palillo de dientes en la boca, la incondicional devoción con la que le ha servido su asistente por todos estos años. Que se goce incluso cuando ella me ha tratado a mí como la intrusa: “Lo siento, Violeta, yo no te puedo dar esa información, vas a tener que hablar con el Profesor Morales”. El Profesor Morales, su jefe, su amor platónico, al que nunca, nunca, por más que lo sueñe llamará su marido. Ella que lleva más tiempo a su lado que yo, pero jamás ha querido ser mi amiga, muy astuta la viborita, siéndole tan fiel, pero tan fiel a usted, que es capaz de ocultarme y acolitarle cada una de sus mozas. Que risible fue escucharla decir aquella vez cuan ejemplar y puro le parecía nuestro matrimonio.

Ya no lo espero más. Ojalá su proyecto esté saliendo de mil maravillas, que llegue hecho todo un multiplicado ejemplar de usted mismo, un letrado y viajado infinitas veces más educado que cualquiera de los otros hombres que conoce, un súper doctor en lenguas modernas, para que siga proyectando su ego por arriba de todos, especialmente de todas. Que en cuanto tenga tiempo y ganas, encuentre una a la cual deslumbrar hasta el tuétano y que por Dios bendito sea una que le sirva y calle y haga lo que usted necesita sin ponerle pereque, ni contradicción, ni tema. Que lo adule siendo absolutamente dependiente de usted, que siempre necesite que usted le enseñe todo, que finja cada uno de sus orgasmos con maestría. Que pueda salir adelante, tranquilo y en paz, con ella o sin ella. Definitivamente sin mí.

Me voy, conocí a un hombre muy lindo. Es el segundo con el que le fui infiel. El otro fue una venganza pasajera e infantil, hace un par de años, por la misma época en la

que encontré entre su chaqueta la nota de Susana y nos agarramos a golpes y su hermana tuvo que interceder...

Estoy satisfecha. Soy compatible por fin con alguien, y más que emocionada o agradecida, estoy sorprendida. Un tipo que no es hermoso, ni culto, ni fuerte como usted pero tiene un gran sentido del humor, me hace reír a carcajadas. No es tacaño con la atención y mimos, le encanta mi compañía, charlar conmigo hasta altas horas de la madrugada y me tiene convencida de que sin mí a su lado, es nadie. Se llama Alejandro Suárez. Yo lo llamo Álex.

Ahí le dejo las cuentas, el número de teléfono al cuál llamarnos, la dirección en la costa dónde poder ubicar a sus hijos. No se enfurezca, cójalo con calma, ellos ya son adolescentes –y siguiendo sus propios consejos de crianza- es mejor no aplicarles un estilo dictatorial. Ellos pueden decidir sus propios caminos. Nosotros estamos aquí tan sólo para ayudarlos a pararse cuando se equivoquen, deseen aprender de sus faltas y retomar sus destinos. Ineficaz sería que les exigiera ahora que se fueran con usted, se lo aseguro. No es sólo la cuestión de las residencias o el platal que sería costearles la universidad por allá, o el cambio tan brutal que en sus vidas significaría ahora tener que irse a los Estados Unidos. Ximena, desde los siete años ya entendía. Sentía y nos expresaba lo poco que usted y yo nos conveníamos, lo mucho que yo estaba sacrificando. Lo harto que usted estaba de mis cantaletas. Marco está demasiado ocupado en su música y armar una nueva rutina sin mí, tan solo con usted, le robaría tiempo a sus baquetas. He discutido las dos caras de la moneda con ellos y prefieren estar conmigo en el día a día. De pronto ellos sí se dieron cuenta y saben que he sido yo quien ha velado prácticamente a solas por los útiles y los uniformes y las loncheras y las tareas y las reuniones de padres de familia y el mercado y los inhaladores y las citas de ortodoncia y los partidos de fútbol y el ballet. Yo única responsable de llevar la carretilla

de zanahorias y castigos. No quieren por ahora tener que, de repente, resolver todo eso ellos mismos, o sin mí. A lo mejor no me quieren dejar sola. Pero lo que de verdad creo es que simplemente no quieren obligarlo a usted a ser alguien diferente al que ha sido.

Tranquilo, no se altere, de la charla que sostuve con ellos me quedó muy claro que no sacrificarían por nada del mundo el poder vacacionar con usted, siguen soñando con tenerlo cuando usted no esté trabajando o estudiando, en poder seguir compartiendo con usted sus ratos libres. Lo felicito por eso, eso es bonito, tanto que se esmeró todos estos años por darles aventura e intensidad, libertad y disfrute del ocio, que mire, eso es lo que exigen de su padre. Eso no se lo niego, es más, se lo agradezco, esas acampadas guerreras en medio de la nada y esas tardes de ruana sobre el sofá y películas pirateadas, los lunes de fiesta con desayunos folclóricos en la panadería del barrio hicieron su mella, calaron. Todo eso les ha servido a ellos, y bueno para mí siempre serán un punto de referencia, un ejemplo de cómo debo esforzarme, periódica y juiciosamente, por disfrutar el tiempo y el espacio con mis hijos, por relajarme, por dejar que haya ratos en los que nadie tenga que hacer nada y ellos puedan ser adolescentes y yo una mujer, nada de mamá neurótica y de hijos gruñones y obedientes. Me he comprometido, por supuesto, a bajarlos por lo menos una vez cada quince días a que visiten a su abuela. En todo caso, presiento que es mejor también que no estén todo el tiempo metidos en el hospital, especialmente la Nena, me preocupa cómo irá a reaccionar cuando...bueno, también es bueno que tengan la posibilidad de tener la mente en otra cosa.

Si usted quiere ahora que viene Semana Santa podría ser un buen momento para estrenar la nueva dinámica, yo les compro los tiquetes aéreos y usted les arma el plan que se le ocurra, sin tener que contar con mi complicidad o coordinación. Le doy tres días para confirmarme, perdone la presión, sé que odia los plazos y las fechas límites y que le

organicen la vida. Eso es potestad exclusiva de la señorita Margot. Pero entiéndame, es que en caso de que diga que sí, debo trazar mi plan a tiempo para aprovechar y yo también anotarme un par de semanas libres en la agenda. Álex tiene una idea muy loca de que podemos meternos en la selva y zarpar río abajo. Él tiene unos amigos indígenas que nos reciben en un resguardo al que casi no han llegado visitantes blancos. Lo malo es que no podemos improvisar, nos toca cuadrar fechas, bueno, creo que ya, como tantas veces, como casi siempre, estoy sobre-actuando la explicación.

Suerte. Que le vaya bien, no se preocupe por mi economía. Lo que queda del año lo tengo resuelto, ¿se acuerda lo que le comenté por encimita de los talleres de integración empresarial que me salieron? Además, me ha ido muy bien con la nueva agencia de casting y han logrado ubicarme en tres comerciales que han resultado de lo más lucrativos. De todas maneras, sépalo, he sido muy juiciosa con el ahorro y lo que usted nos mandaba, más lo ganado en mis trabajos, me ha dado un colchoncito que me basta y me sobra de aquí a diciembre que es cuando voy a pasarme a vivir con mi nuevo compañero. Él vive de la renta, y de hacer documentales que más que plata le dejan mucha satisfacción, además es un viajero experimentado, y no tiene matrimonios ni relaciones complicadas o pasadas sin resolver, ni hijos, así que fresco, la Nena y Marco estarán muy bien, en buen barrio, y estoy segura que por el lado económico no vamos a tener ninguna diferencia. Igual si tiene algo que proponerme o que no le funcione dentro de lo que le he anunciado, pues póngamelo por escrito y lo negociamos. Estoy dispuesta a recibir cualquier sugerencia que usted haga, y mantendré mi mente abierta, se lo prometo.

Para usted nada de esto tiene que ser traumático. Simplemente vuelva al país algún día, cuando termine su proyecto, o cuando se le antoje y siga su vida como la estaba viviendo antes de irse. Le dejo la casa, los carros, la muchacha si quiere, pero ahí

sí le toca que cuadre. No le vaya a ofrecer más del mínimo, y aprenda a hablarle claro, a decirle qué y cómo quiere que le hagan, a qué hora necesita todo hecho. Adviértale de antemano que si usted se pone energúmeno porque no encuentra algo, ella no se lo debe tomar personal y que más le vale salir corriendo a buscárselo. Lo que quiero es acabar cordialmente, sin tragedias ni líos con usted. Una separación lo menos dramática y dolorosa posible. Un final amistoso. Borrón y cuenta nueva, ¿vale?

El martes de la próxima semana lo estará contactando Andrea Sabogal. Ella es mi abogada y nos está redactando un acuerdo de divorcio, el cual podremos modificar según sus inquietudes o comentarios, pero que por lo pronto le adelanto, no tendrá nada diferente a lo que aquí le he escrito.

En la matera rosada junto al garaje le dejé enterradas las llaves.

No quise los libros, las películas, ni los discos.

Me llevé los álbumes de fotos y los trajes de mi padre.

Párele bolas a su mamá, se le está acabando el tiempo.

V.

3. Ximena, La nena

No titubeo ni un segundo. Le atino con fuerza titánica a la hilera de hormigas con la planta de mi tres puntas dorada derecha. Son nuevas las chancletas, me las regaló mi Tía Lili, y tú sabrías que no me gustaron cuando rompí el papel de regalo y las descubrí, la sonrisa de Tía Lili demasiado grande, nerviosa, a la expectativa de mi reacción. Sí, tú lo sabrías porque tú sabes que detesto todo lo que brilla, e intercambiaríamos miradas cómplices mientras yo recogía lo que quedaba del papel de regalo roto para tirarlo a la basura y le daba las gracias a tu única hermana. Pero luego, cuando nos encontramos en la cocina sirviéndonos otro pedazo de la torta de chocolate de Abu Rosita, nuestra favorita, me retarías a decírselo, *Nena, no seas hipócrita, ten las agallas de agradecer el detalle pero adviértele a tu tía que no te sirve o que no va contigo y enfrenta la posible vergüenza para tener una relación más real con ella, para ser genuina, para que te conozca como realmente eres, y por supuesto, para que puedas cambiarlas por algo que no termine olvidado en el fondo de tu clóset.*

Pero tú no estabas y yo no iba a enfrentar ninguna vergüenza de mierda de hacer sentir mal a la única tía de sangre que tengo, además, a la hora de empacar el morral para venir para acá se me perdió la negra vanidad de vampira, me las medí y me emocioné, se veían bonitas en mis pies, así, doraditas, y ahora que les pega el sol se ven resplandecientes, parecen traídas del futuro y me hacen sentir brillante, sexi. Tan pronto dejo de admirármelas caigo en cuenta de que ya aplasté las hormigas, ya no hay hilera

de trabajadoras, todas en fila, la de al frente igual a la que le sigue y esa a la de atrás y así sucesivamente. Ya no hay un punto A al punto B siendo recorrido por una hilera de hormigas rojas, obstinadas en llegar a la meta, en cargar pedazos de hojas y trozos de palitos para aportar a su gran obra. Las aplasté.

Un sentimiento de terrible nostalgia me arrebató.

Pienso en la Tía Lilia. Pienso en mi mamá, y en mi abuela Rosa y en Teresa, y de cierto modo hasta en Margot. Eso es lo que han sido, hormiguitas en fila, todas emulando a la que va adelante, a la que viene atrás, aportando su grano de arena a la gran obra de sus vidas. Trabajando para vivir, no, trabajando para sobrevivir. Pero la supervivencia, ¿es vida? Qué imbecilidad. Qué güevonada tan grande. No me provoca ser hormiga, ni me imagino a mí misma aportando nada más que esta mala cara a la obra de nadie, mucho menos “la gran” obra de mi vida. Sí, Pa. Ya sé lo que estarías pensando si pudieras oírme, si estuvieras aquí conmigo, y estarías en lo cierto como diría el chavo del ocho. Tengo crisis existencial.

Medito sobre tres ronchas enormes, reacciones alérgicas de la picoteada tan áspera que me pegó un cara-de-verga mosquito. Ese que no logré asfixiar con el tarro de repelente que me embutió mamá en la mochila y que por culpa del renegado insecto ya me gasté. Tres ronchas llenas de pus, hinchazón caliente que me tiembla la piel. En la rodilla la más fea, en el cuello la que más pica, la de la planta del pie la más incómoda. Tres heridas que así sean pasajeras, así les haga la marca de cruz con la uña, y las frote con mentolado como me aconsejaría Abu Rosita, me tienen paralizada. Y nada como la parálisis para el reguero de pensamientos. Estatua, tiesa sobre la arena mientras Marilú y Carito gritan de terror y felicidad al compás de las olas que las atacan, que las acarician y mi cabeza, aquí adentro, entre oreja y oreja en traqueteo de feria de narcotraficante

ochentero. Somos tres Marilú, Carito y la Nena. Sí, padre mío, me vine al Tayrona con mis amigas, a las que confundirías si estuvieras aquí, como siempre lo has hecho, desde séptimo cuando empecé a hacer las tareas y a salir en este trío, y mamá nos llevaba y traía de la casa de una a la casa de la otra, y tú al saludarnos o al despedirnos, le ponías el nombre de la primera a la segunda y viceversa. En el bikini rojo, Marilú, la carbonatada y risueña Marilú, la no-tan-ingenua-como-te-bato-las-pestañas Marilú, que está matriculada en la Escuela Nacional de Odontología desde hace seis meses, y que muy seguramente antes de graduarse heredará su propio consultorio en el mega-complejo estético de sus padres, y podrá seguir alisándose el pelo con plancha un día de por medio, y acostándose con quien se le antoje de aquí hasta la eternidad. En camisilla de niño y pantaloneta deshilachada de jean, Carito, oh la oscura y callada Carito, mi huraña favorita, con su convicción anti-convicción, demagogia anti-política, credo anti-religión, viaje anti-droga, sensualidad anti-sexo, normas anti-institución, lealtad anti-familia, que ha planeado despedirse de Marilú y de mí después de esta semana de camping, de este ritual de paso de edad, y seguir con sus chiros al hombro y recorrer América Latina, para volver en un par de años y darnos sopa y seco con experiencia y con sabiduría. Seguro que con hedor y color a hippie también. Carito a la que le costará mucho trabajo adaptarse de nuevo a nuestra sociedad, y se sentirá extranjera en nuestro país, eso de “nuestro” país le parecerá un chiste excluyente y tendrá que volver a partir.

Tres ronchas, tres amigas, y yo aquí con esta pensadera.

Un tráquete-tráquete repartiendo ráfagas de pensamientos a veces absurdos, a veces fragmentados, de repente conceptos acertados o ingeniosos, casi siempre cursis: lo que pasó, pasó, y siempre es hoy y qué mierda va a ser de mí mañana.

No es tan chévere salir del colegio, papá. Deberías estar aquí para poder explicarte. Para hacerme entender. Quisiera estuvieras aquí para escucharme, para calmarme. Como me dijo Teresa el otro día mientras tomaba onces con mamá en la casa, *los seres humanos somos insignificantes, pequeñísimos*. Soy insignificante. Pequeñísima. Dentro de la vía láctea estoy yo, aquí, diminuta, lista para hacer fila, y reacia también. Llena, agotada de incertidumbres, destellando inseguridades. Atropellada con expectativas. Embarazada prematuramente, por suposiciones. Que si soy lo suficientemente fuerte, graciosa, independiente. Capaz. Que si esta universidad es más prestigiosa o que si aquella tiene un programa más acorde con mis inquietudes, que si soy buena con las matemáticas, que si me diera por las letras o las artes tendría de dónde salir. Que si quiero ser buena. Que si podré ser feliz. Que si me quiero ir a vivir con compañeras, o con mi hermano, o con mi mamá, ahora que está empeñada en que nos vengamos a vivir a la costa. Que si me tomo un año sabático, o me matriculo en clases de alemán o chino, o de repostería. Yoga. Que por qué no te caigo a ti en California y te ayudo en tu nuevo hiper-proyecto. Que por qué no me quedo aquí y le paro bolas a Juan José, ése con más de un año arrastrándome el ala, que no sea boba que por qué será que nunca me gustan a los que yo les gusto. Que por qué no he perdido la puta virginidad todavía. Que por qué no me soporto a mi mamá. Que por qué no hago sino pelear con ella, Violeta mi alter-*fucking*-ego. No me soporto los severos cachos que te está poniendo. Aunque no podría admitirlo me cae muy bien su amante. Álex es bastante gracioso y chorrea la baba por Violeta. Además, amor de lejos amor de pendejos. El que se va para Barranquilla pierde su silla. Que por qué tenía que darle cáncer a mi Abu Rosita. Que dónde y quién y cómo y por qué y cuándo. Tanta preguntadera me tiene mal. Pero mal. Qué mayoría de edad ni que hijueputa. Mayoría de contratiempo, si acaso.

¿Será el conspicuo porro que me acabo de meter?

Pa, lo siento, si te enteraras... Por allá dónde quiera que estés... Sí, fumo mariguana desde hace un par de años. Me inició, nada menos y nada más que Marquito el perfecto santito, ¿cómo crees que aguanta todas esas sesiones de ensayo de batería mi hermanito, ah? Marco el autista, cada vez más autista, chis-pun, prácate-bum, tic-pac-tic-pac, mi hermano que no quiso venir conmigo. Pero no tendrías por qué preocuparte, yo no me preocupo. Yo lo veo bien, Pa, te darás cuenta cuando vuelvas. Él no te ha echado de menos tanto como yo, él está igualito, él se parece a ti. Marco apasionado, escorpión, o sea, melindroso cuando le conviene. Marco que me aconseja y está pendiente y me consiente, pero de lejos. Marco que así me quiera y yo sea su única hermana, no se mete conmigo, realmente. Como tú. Los dos recién becados, estudiosos para toda la vida, él y su música, su batería, tú y tus lenguas, y tus palabras. ¿Cómo hacen para estar tan bien? ¿Él, tú? Sencillo. Son hombres y mi mamá, y mi abuela y mis tías los idolatran, pero no se meten con ustedes, los dejan ser, les respetan su libertad, es más, les exigen independencia. A mí me tienen vigilada, controlada, advertida, recomendada. A mí me tienen un amor que les duele, porque les da miedo, porque saben, en carne propia, cada una desde su filita, lo que me espera.

Ay. Ya me puse densa con tanta quejadera.

Si te cuentan que me vine de camping, seguro pensarás que fue por escaparme de la cantaleta de mi mamá, como lo proponías y lo lograbas tú tantas veces, tantos veranos, la familia conejín de camping aquí, allá, maracuyá, y mi mamá resignada y al final relajada, valió la pena, los quiero mis hijos, mi esposito, qué hermosa familia que tengo. Seguro creerías que decidí venirme para acá, porque las cosas siguen mal con mi Ma, pero no. Yo la verdad seguí tu consejo y tu ejemplo y no le presto tanta atención ya a

la señora Violeta, y pues, ha dado resultado. Casi no peleamos. Casi no nos vemos. No voy a ponerle el tema del noviecito que se consiguió. Ya era hora, así me duela. Tú también has tenido noviecitas. Me esfuerzo todos los días por evitarla. Más que nada nos encontramos para visitar a mi abuelita. Y ahí estamos las dos muy cariñosas y optimistas, no es para menos, Teresa dice que la energía positiva ha curado a muchos enfermos terminales. Que debemos mantenernos positivas alrededor de mi abuela, en total paz y armonía.

Me vine al Tayrona el Domingo, por impulso, con la plata de grado que me embutieron el tío Lorenzo y la tía psiquiatra en una tarjeta. La tarjeta era *Hallmark*, creo. En todo caso, importada. Me imagino que la habrá conseguido Ashley en su último viaje a Gringolandia, para, como todo en su vida y en la de mi tío Lorenzo, hacer parte de algún cajón neuróticamente organizado, listo a ser útil en cada ocasión; cumpleaños, nacimientos, bautizos, primeras comuniones, condolencias, convalecencias, agradecimientos, días de la madre, del padre, de la secretaria, de la mujer, del medio ambiente, de la niñez, del perro a cuadros. Y, por supuesto grados, un tema tan pertinente y relevante en la familia Morales este año, con los únicos sobrinos como Marco y como yo, saliendo de undécimo en el mismo agosto. Me gustaría contarte cómo me dieron la tarjeta Pa, fue muy tierno, la gringa codea a mi tío Lore para que me la lea delante de todos. Y yo me conmuevo, no sé qué me está pasando últimamente papá, todo me ablanda. Por más clichés que fueran las frases, te lo admito Pa, me llegaron al corazón, me las aprendí de memoria: *Ximena, be an optimist, keep things in perspective, give more than you can take, laugh often, cry when you need to, face your fears, count your blessings, acknowledge your mistakes, stand up for what you believe, remember what you've been taught, look at things from another point of view. Study hard. Be a girl, be a woman, be a person. Have the world. With love, Lorenzo & Ashley.*

Lo sé. Muchas instrucciones, todas de lo más obvias. Pero creo que fue aquello de comerme al mundo, de poseerlo, de tenerlo. Deberías estar acá para aclararme cuál de los tres términos pega mejor. *Have the world*. ¿Será? ¿Será que lo logro? ¿Todo eso? Lo veo tan improbable. Me coge tan cansada.

-Nena, ¿qué pasa, montañera? ¿No se va a meter? Está deli...- Corre hacia mí Marilú, su bikini ahora vino tinto, escurriendo agua salada. No se da cuenta de que uno de sus pezones ha quedado totalmente descubierto. Se ve tan feliz. Tan hermosa.

-Tápese la teta, güeva, que esto no es playa nudista- Carito pone el triángulo del bikini de Marilú en su sitio con un gesto brusco aunque cariñoso. -Y usted qué, Ximena Morales, ¡No me diga que se lo fumó todo! ¿Y la patica?

Me volteo a sacar lo que queda de la yerba de mi mochila, efectivamente una patica, tan diminuta que me cupo en la caja de fósforos, pero, ¿con qué me encuentro? ¿Cómo va a ser? Me espanta, de golpe, un déjà vu muy escabroso.

Déjà vu escabroso e indolente. Ahí están otra vez, las condenaditas hormigas resucitaron, o reencarnaron, o bajaron de las cuerdas de la undécima dimensión o se tele transportaron desde la miseria de alguna otra adolescente bachiller de mierda y volvieron a hacer la fila, encontraron la hilera, la misma hilera que yo ya había aplastado con mi trespuntas dorada derecha. Malditas hormigas que marchan una detrás de la otra, una igual que la otra, derechito hacia su meta, con cargas desproporcionales a sus ínfimos tamaños, avanzando a aportar algo a la gran obra de sus vidas. A trabajar para sobrevivir.

Ay, padre mío. Tendrías que estar aquí, conmigo. Ayudándome con esta pensadera, con esta ansiedad, paranoia, sacándome de esta esquizofrenia así fuera a

cachetadas. Poniéndome los puntos sobre las íes, ¿para qué tanto antibiótico, antidepresivo, laxante, energizante con taurina? Túpú, Pa, endiente de que coma mejor, advirtiéndome que me estoy poniendo más flaca que mi mamá, no te brilla el pelo como antes, Nena, mejor cójelo con calma. Abrazándome, repitiéndome, no hay afán de nada, recordándome, sólo tienes 18 años y ninguna decisión que tomes ahora es definitiva. O tendrías que estar echándole leña al fuego, haciéndome barra, dorándome la píldora, eres bonita, mijita, eres inteligente, eres talentosa, apúrale, esfuérzate, fresca, segura, dale con ganas, todo va a salir bien. Te va a salir a ti mejor que a nadie, porque eres tú, mi hija. No sé, tendrías que estar para todo eso, o para cualquier otra cosa. Tendrías Para algo. Para lo que sea, vida hijueputa, para nada incluso. Aguzado, en tus-marcas-listos-fuera, por mí. Por mí. *Have the world, with love, oh daughter of mine.* Por esta Nena. Tú mi defensor, mi protector. Mi tutor personal, mi profesor Morales. Tú mi papá. ¿Te acuerdas de mí? Soy Ximena, tu Nena.

Claro, yo sé. Te oigo. Tú te acuerdas de mí cada día, trabajas por mí y por mi hermano y por mi mamá, todos y cada uno de los segundos de tu existencia. Pero no. No estás. Estás quién sabe en dónde con quién sabe qué hijos de qué otros cabrones, con quién sabe qué otra adolescente a punto de graduarse o de cumplir su mayoría de edad. Con quién sabe qué otra desubicada. Ayudándole a ella, enseñándole a ella, apoyándola a ella. Y sé que todo lo que haces es importante y necesario y que te mereces hacerlo y ganarte todo el dinero y los premios del mundo y nadie, nadie en este planeta, ni siquiera mi madre que chorrea y chorreará la baba por ti toda su vida, ni mi abuela que te parió con dolor como ella dice, te aman tanto como yo. Tú la gran obra de la vida de Rosita, porque hay que ver que ni el tío Lorenzo, así haya logrado ganar millones, ni el tío Genaro, así se haya muerto ya, te dan la talla. Lo sabe mi abuela, pero

más lo sé yo. Ni ellas ni NADIE te admiran o te quieren más que yo. Nadie te necesita más que yo.

Qué numerito. Qué ridiculez. Ya me pasé.

Un momento. No voy a estropearnos el viaje. No voy a dejar que me entre un ataque de pánico aquí frente al atlántico, frente a Marilú y Carito.

Las tres amigas, una de bikini, la otra de camisilla de niño y pantaloneta de jean, yo de enterizo negro y tres puntas doradas, estamos echadas boca arriba sobre la arena, achicharrándonos, paralizadas. Distintas pero las tres igualitas. Solas las tres en la playa más preciosa de Colombia. No hay música. Solo el vaivén de las olas, que parecen furiosas. O alegres.

Deben ser las doce del día y si estuvieras acá nos obligarías a buscar sombra de inmediato, a hidratarnos, a organizar la carpa o a ir por el mandado, cualquier mandado. Me pedirías que te rascara la espalda. Pero no estás, y para qué darme más cuerda con semejante fútil y redundante cantaleta.

Ni que yo fuera mamá, no joda, Violeta la maestra de la repetición de la repetidera.

Prendo el porro y lo inhalo con colosal fuerza y lo retengo hacia adentro, lo más adentro que puedo. Quiero que me llegue al cerebro y con su densidad el humo detenga la traquetería de pensamientos, el reguero de ruido.

Quiero dejar de echarte de menos. Eso es todo.

Levanto mis pies hacia el sol, las trespuntas destellando un reflejo de luz muy brillante. Dorado sobre dorado.

–Lindas mis chancletas, ¿Ah, chicuelas?

4. Lilia

Con sus dedos regordetes terminó de desmembrar un pedazo de costillar de cerdo, lo sobó con un mazacote de mostaza, crema de leche y pimienta, y lo arrojó en una olla de aceite ruidoso. Toscamente le echó sal y mantequilla a una refractaria llena de papas, rebanó salchichas y huevo duro, y los revolvió con los raspados de arroz que sacó de otra olla. Empuñó entonces una pinza aparatosa y destartalada, para sacar los trozos de cerdo que avisaban estar listos, y los acomodó en un envase desechable de lava loza. La pirámide dorada escurría aceite sobre una servilleta y usted –que no necesitaba grandes distracciones para hacerse el loco con la plana en el cuaderno- contaba las gotas que soltaba la servilleta ensopada de grasa sobre el caótico mesón de la cocina, mientras yo le hurgaba la cabeza a la caza de piojitos. Usted, creo, también contaba gotas de aceite, o lo que fuera, para matar el tiempo y el hambre, seguro no podríamos comer hasta que papá llegara, y eso, bueno, eso nunca tenía hora o condición aseguradas. Además, seguro de que para entonces el genio de la señora Rosita estaría estropeado y la comida fría, tiesa como la resignación, con sabor a desazón.

En aquella cocina, la única que tuvimos, las paredes parecían estar a punto de caerse, el papel de colgadura arrancado arbitrariamente, fragmentos rebeldes que se salvaron revelando lo que en alguna época pudo haber sido colorido, hasta alegre. El cemento se burlaba, soez del piso desnudo sin baldosas. Las cosas se amontonaban sin

pudor, una vajilla dispareja de platos desportillados, vasos de plástico de diferentes colores y tamaños, arrumes de coquitas y bolsas de tienda arrugadas atiborrando cada rincón. El lavaplatos siempre se encontraba repleto de trastes con pegotes trasnochados, los víveres regados encima de lo que fuera, una caneca demasiado grande para los apenas nueve metros cuadrados, desbordada con basura, acumulada con desidia. Al fondo, la luz amarilla que venía de la calle era interrumpida por un cordel que cruzaba de lado a lado, justo al frente de la ventana y del que colgaban sábanas percutidas, medias remendadas y varios uniformes de escuela.

Mamá siguió atendiendo la preparación de la comida, pero aquella noche, sin embargo, estaba afanada, y nosotros lo sabíamos aunque sabíamos mucho mejor cómo los zapatazos aterrizaban encima de los niños preguntones.

Rosa, la señora Rosita, la misma que ahora observo dormitando mientras agujas de quimioterapia clavan sus flacos brazos, era entonces la más gorda y desgredada madre que creíamos existía sobre el planeta. Era conocida en el barrio por ser auxiliar contable y lo más cercano a un asesor financiero y tributario en toda la cuadra. Pero también, y a pesar de su rostro simpático, de su par de ojos picarones, era la diana favorita de nuestros vecinos, quienes no condonaban el desapego con el que nos criaba, una manada de muchachitos salvajes, ni muchísimo menos, la suciedad y abandono reinantes en la que mantenía su apartamento. Estaba citada a una asamblea extraordinaria en el salón comunal, ella adivinaba quejas y reclamos y hasta multas así que la ansiedad era entendible, y ya eran las ocho de la noche y ni Genaro padre ni Genaro hijo aparecían. A nuestro hermano Lorenzo no lo habían vuelto a esperar, ni a mencionar hacía un par de meses, desde ese sábado en el que pretendía que le dieran posada a la gringa: a Genaro padre le cayeron mal los tragos, y como siempre la cogió con mamá y esta se desquitó con Lorenzo zampándole un bofetón frente a todos.

Lo importante de la noche de cerdo y asamblea extraordinaria sería lo que pasó entre usted y yo, los menores de la familia Morales, un incidente que nos marcaría para siempre, que nos haría inseparables. Todo lo que usted será siempre para mí, y yo para usted.

Tan pronto terminamos de comer lo que nos sirvió en el plato, Rosa apagó el televisor y me advirtió que cuidadito con volverlo a prender. Que nos acostáramos a dormir, mañana era día de colegio y que yo por ser la mayor y la mujer quedaba responsable de la casa y del niño. Que si Genaro hijo aparecía que no le abriera. Que si Genaro padre llegaba, a él sí le abriera, bien formal y luego le alcanzara la comida, que lo había dejado todo listo en la coquita anaranjada al lado del fogón. *Fuego lento mija, no se le vaya a chamuscar, después quién se aguanta a su papá.* Cualquier cosa estaría en el salón comunal y regresaría en un par de horas. Usted vio cómo nuestra madre se detuvo un momento frente al espejo del botiquín del baño, se echó un poco de agua en el pelo aplastándoselo con torpeza y giró, haciéndole lo mismo a usted, más que un cariño, un gesto rudo que le permitía secarse el agua que todavía le quedaba en la manos.

Usted comenzó con las pilatunas y esculcó entre los armarios hasta que por fin encontró aquellos tesoritos que estaban tan bien escondidos, me sacó la lengua y nos correteamos muertos de la risa. Después, traviesa, prendí el televisor y nos sentamos en el sofá a saborear chocolates y a desobedecer a mamá.

El timbre sonó tiempo suficiente para que nos miráramos el uno al otro, el pánico, una línea luminosa proyectada entre nuestras pupilas hermanas.

Genaro padre entró y se tropezó con la bicicleta de Genaro hijo y la bicicleta se cayó al piso y el hombre escupió y soltó una retahíla de garabatos y yo ya estaba en la cocina destapando la coquita anaranjada y prendiendo la mecha a fuego lento para que

no se chamuscara y usted recogía en un instante las envolturas de chocolate regadas en el piso y metía la caja vacía debajo del sofá.

Genaro padre no comió, devoró.

Genaro padre quedó casi satisfecho.

Genaro padre quiso algo de dulce, *aunque dicen que borracho que se respete no...* -Oiga condenadito dónde metió los chocolates que me regaló su abuela... ¿Ah?... ¡Contésteme Alfonso Morales! No me diga que se los embuchó porque lo voy a poner a cagarlos de un solo totazo.- Gerardo padre se desabrochó el cinturón.

Usted se escondió detrás mío. Yo, una niña de once años, valiente por primera y única vez, enfrenté desafiante a papá y sin titubear confesé un falso testimonio, yo por ser la mayor, la única mujer, responsable del niño y de la casa.

-Fui yo papá. Yo se los cogí. Yo me los tragué. El niño no tiene la culpa.

Después de patearse todas las quejas de sus vecinos, y llegar a casa y encontrar a su marido proyectando ronquidos de borracho –sonidos que hacen parte imborrable de la memoria que todos en esta familia tenemos de Genaro Padre- mamá se quitó la ropa y la dejó caer en el piso formando un caminito de desastre hasta el baño. Encontró su bata, la misma bata con la que dormía desde 1962 y se la echó por encima de los brazos con gestos torpes aunque rutinarios. Hizo la ronda para apagar luces, y se detuvo frente al único cuarto en el que todavía le quedaban hijos: el nuestro.

La señora Rosa se sentó en el borde de mi cama y yo acurrucada, ni la determiné. Pero ella se dio cuenta. Yo tenía la mirada roja, endemoniada, clavada en el vacío. Nuestra madre inhaló, exhaló, no me dijo nada, y ahí mismo una lágrima deslizó por su mejilla, según vi por el rabillo del ojo. ¿Para qué trabajar tanto por nosotros si no

nos pudo proteger de mi padre, de mi abuelo?

Usted, con esos ojos azules cerrados a la brava, aferró sus bracitos a mi cintura de niña, su cabeza despiojada usando de almohada mi pecho, el de su única hermana.

Alfonso, usted no se pudo quedar dormido aquella noche, ¿se acuerda?

-Mamá, ¿se acuerda cómo era de manisuelto mi papá?

5. Rosa

Pequeñas ráfagas de lluvia golpean la ventana, y entre golpe y golpe siento que pasa una eternidad. De cierto modo me acuerda al tamborileo que hacía tu papá con los dedos sobre la mesa cuando se sentaba a esperar el plato caliente de comida. Mientras más tarde en la noche fuera más impaciente él y más lenta y nerviosa yo. Casi treinta años no fueron suficientes para sentirme cómoda. Nunca me sentí cómoda, siempre temblorosa, torpe, muda alrededor de tu papá. Cansada. Sí, siempre estaba cansada. Aunque él llevara seis o siete años sin notarlo, desde mi último embarazo, el tuyo, cuando dejamos de acostarnos a la misma hora, cuando yo empecé a desvelarme, y él a trasnochar, llegando a casa únicamente para bañarse, desayunar y volver a salir a jugar.

Colgué el teléfono hijo mío y me dio mucho pesar no poder decirte nada. No poder contarte lo que siento. Tú estás demasiado ocupado con tus cosas importantes como para distraerte con mis bobadas. Suficiente todo el lío que le he causado a tu hermano Lorenzo, a mis nietos y a mis nueras. Esta quimio es lo más aburridor que me ha pasado en la vida. Me siento agotada tan pronto abro los ojos cada día, tengo las venas adoloridas, todo me produce vómito. En la mañana me levanto con un estreñimiento que me dobla, al medio día tengo una diarrea que me encadena al baño. Tengo los ojos rojos todo el tiempo, los labios secos, la piel escamosa. Hay que ver cómo tu mujer y Ashley se desviven por cuidarme. Violeta me recoge y me lleva, para arriba y para abajo y luego me trae de vuelta. Ashley llama al oncólogo todos los días y

al gastroenterólogo, y me coordina citas en terapia ocupacional y me consigue el mejor homeópata, el mejor bio-energético, la mejor nutricionista. Violeta viene al apartamento todos los sábados a hacer oficio, y lava los platos, me plancha la ropa, barre y limpia el polvo. Ashley me llama todas las noches, es la última persona con la que hablo antes de acostarme a dormir, mientras me tomo la pastillita rosada que ella misma me recetó. Y desde que lo estamos haciendo así me ha sentado mucho pues logro conciliar el sueño. Lorenzo paga por todo. Está pagando mis servicios, la administración y todos los Domingos que vienen a visitarme, mientras tu esposa cocina un lomito al horno para el almuerzo, la Nena prepara algún postre y Marco me pone música en el equipo y se sienta a consentirme; Lorenzo y Ashley van al supermercado y vuelven a llenarme el refrigerador. Es curioso cómo ahora que estoy tan enferma, que poco puedo trabajar, que a duras penas logro hacer un balance, tengo mi casa más ordenada y mi refrigerador más lleno que nunca. Tu hermano y tu cuñada, y Violeta y tus hijos están muy pendientes, me da mucha pena estar causándoles a todos semejantes inconvenientes, me llena el corazón de alegría ver cómo me rodean.

No puedo decir lo mismo acerca de Lilia. Esa muchachita esta peor que nunca. Juan la dejó por enésima vez y tu hermana se chifló. Está loca. Perdida. Lleva tres meses borracha. Ahora le ha dado con que quiere cantar y anda rebuscando amante mánager, de bar en bar como una ramera. No me cabe en la cabeza cómo es que mi única hija mujer sea tan infeliz y tan dependiente y tan inútil.

Es horrible lo que siento cuando pienso en Lilia. Alfonso, yo sé que te dolería esto que pienso, muchísimo, pues adoras a tu hermana, siempre la estás cuidando, o intentando cuidar, pero no puedo negarlo, a mí me enerva, me tiene decepcionada. ¿Cómo es posible que no haya aprendido nada? Es incongruente totalmente que se haya metido con un hombre casado después de lo que le pasó a tu papá y a tu hermano.

Aunque nunca hablemos de esto, todos lo sabemos y más aun lo sabe tu hermana Lilia: las balas que atravesaron el cráneo de tu padre y el corazón de tu hermano venían del revólver de un hombre casado, uno capaz de vengar su ego traicionado acabándole la vida al tipo con el que encontró a su mujer en la cama. Y de paso al padre al que estaba intentando sacar del casino. Es increíble, después de semejante trauma con el que hemos tenido que lidiar, tu hermana no haya aprendido nada. Lilia enamorada perdidamente, conviviendo con un hombre casado. Lilia ahora dejándose perder porque ese hombre casado ha decidido volver a su esposa. A tu hermana no le bastó ver cómo una adicción acabó con la vida de su padre, y de nosotros también, y se entregó a otra, a la botella, sin medida. Lilia necesita siempre que la cuidemos. Yo la voy a ignorar.

Cambiamos de tema.

La verdad, me dio un poco de angustia contarte lo más importante, la razón de mi llamada en primer lugar. Colgué antes de hacerlo, como una niña chiquita. Como si en vez de ser tu madre fuese tu hija. Pero tu noticia era un millón de veces más importante. Te felicito hijo, te mereces esa beca o subvención o como se llame. Se la merecen la Monita y tú. Qué orgullo. Menos mal te llamé así no me haya atrevido a contarte lo que quería.

Me estoy muriendo.

Pero estoy viviendo cosas increíbles. Jamás me había dado el lujo de vivir.

Tus hermanos no lo saben tampoco todavía. La única que quizás sepa algo es Violeta, el otro día llego temprano a recogerme al hospital y me encontró tomada de la mano de un hombre. Yo me hice la pendeja y se lo presenté como un amigo, y no la he dejado hablarme de eso ni una sola vez desde entonces. Aunque yo sé lo tiene claro, y sé me lo acolitaría y se sentiría feliz por mí, algo me frena de contárselo a ella o a Ashley.

Ni siquiera he podido contárselo a la Nena, es tan espontánea y cariñosa conmigo, está hecha toda una mujercita.

Julián es un viejo compañero de mis épocas en el Sena y haberle aceptado ese café cuando nos encontramos en el laboratorio, cada uno recogiendo los resultados de su resonancia magnética, ha sido la mejor decisión en mi vida. Esta mi vida que llegó a su recta final, aunque ninguno de ustedes esté realmente consciente de ello. Pero no sé por qué demonios no me atrevo a contárselo a Lorenzo, o a Ashley. No sé por qué me pone tan rara imaginarme presentándoselo a Violeta o a los niños. Y más aun a Lilia o a ti. No tendrían cosa alguna de qué preocuparse, pues además de ser muy buen mozo y simpático, tiene cáncer igual que yo. No anda detrás de mi fortuna, JA, ¿cuál fortuna? Será el reguero de penas que cargo entre los bolsillos, el fajo de culebras heredadas de tu padre que rebosan mi cartera. Él sabe que no tengo nada a mi nombre, que el apartamento lo traspasé a los tres hijos que me quedaron, que la pensión no me alcanza y que si no fuera por Lorenzo y Ashley, todavía tendría que tomar trabajos de contabilidad de varios vecinos para poder cubrir los gastos extra. Menos mal el seguro de la Universidad Distrital donde fui contadora por más de treinta y cinco años cubre todo esto. Todo esto a lo que se han limitado mis días: medicinas, laboratorios, citas médicas, exámenes, terapias. Pero por eso mismo, menos mal tengo a Julián. Hemos logrado cuadrar las citas a la clínica para la quimio y la pasamos aburridos pero de maravilla. Estoy siempre acompañada. La compañía es lo que más me gusta de vivir. Así me hayan clavado un catéter en el pecho, así esté pesando menos que tu Flaca, así me esté tocando ponerme pañoletas en la cabeza para esconder mi calvicie. Julián y yo la pasamos bien.

¿De qué carajos estás hablando Rosa? Cómo te ha dado por pensar en estupideces. Y decirte mentiras a ti misma. Llamaste a tu hijo, y le colgaste antes de

tiempo, no porque no te atrevieras a contarle lo de Julián o te pareciera una tontería frente a la gran noticia de que tu hijo más pilo se haya ganado una distinción, un premio tan importante. Eso era lo de menos. Además, no es asunto de él, ni de Lilia o Lorenzo y mucho menos de tus nueras o nietos. Le colgaste el teléfono a tu hijo menor porque no tienes ni la menor idea de cómo decirle que suspenda ese doctorado y venga a estarse contigo.

Alguna vez sembré unas hierbas, condimentos para usar en la cocina, en cinco materas que coloqué en el alfeizar de la ventana que daba a la plazoleta central del barrio. Tal vez no era ninguna coincidencia eso de que fueran cinco. Una por cada uno de ustedes, los miembros de mi familia. Genaro mi esposo. Genaro mi hijo mayor. Lorenzo el del medio, Lilia la niña. Alfonso el menor. Éramos una familia grande y cuando salíamos a la calle, todos nos miraban y decían qué familia tan linda. La familia que yo hice, que yo levanté, la familia que intenté a toda costa amarrar, pero se fue desbaratando a pesar de mis más quijotescos esfuerzos.

Tu padre, Genaro Segundo, digno hijo de su propio padre, Genaro Primero, fue el primero en escaparse. En apuntar hacia otros lados, y hacer todo a su alcance para que yo no pudiera contar con él. En hacer lo que le daba la gana. No pudo tu padre con nuestra vida sencilla, con ser un trabajador gris, mando medio en medio de cientos de otros mandos medios en la empresa de energía. No pudo con el cambio tan drástico de la tecnología y se quedó fuera del mundo del cable y después del digital. Su cubículo ardió en llamas. Sin consultármelo a mí o a nadie se hizo echar como un ladrón, después de más de dos décadas y perdió la indemnización, tampoco alcanzó a completar los meses para la pensión. Me puso a parir piñas, mientras correteaba a mujerzuelas y salía de gira de centro comercial en centro comercial buscando un nuevo casino en el cual no

lo conocieran para poder abrir crédito y botarlo todo a velocidades récord. La de deudas con la que me aplastó tu padre, Alfonso, no tiene nombre.

No quiero recordarlo.

Quiero olvidar a ese hombre, a tu padre. ¿Cuándo dejaré de amarlo? No puedo creerlo, ha pasado tanto, tanto tiempo y tanto problema, y yo sigo volviendo a él. Tampoco merecía morir así. Y tu hermano mayor, Alfonso, cómo me hace de falta. Genaro Tercero el carismático y arrollador. Tan hermoso que era, tan bien plantado. De ustedes el único peli-oscuro. Y ese pelo le contrastaba de manera impactante con los ojos grises heredados por todos de tu padre. Qué pena tan grande que haya decidido meterse en líos de faldas. Hubiera podido conseguirse una noviecita joven, limpia, sin historia. Maldita sea la hora en la que conoció a esa puta quien no tuvo ningún reparo en meterlo en la cama de su marido. Entre la misma casa dónde vivían sus malnacidos hijos. Maldita sea la hora en la que ese señor llegó y se los encontró así. Tu hermano hubiese podido seducir a la mujer que le viniera en gana, con ese talento, con esa inteligencia, con esa belleza, montado encima de una mujer mayor que él y casada. Una burra que seguro anda por ahí cargando en cada hombro cada una de las muertes de los hombres de mi vida. Ojalá. Y desde entonces sólo me quedaron Lorenzo y tú.

Ahora está Julián.

Es un período bastante corto según me lo han anunciado todos los médicos. Y quiero estar contigo hijo mío, te necesito a mi lado, quiero compartir con mi hijo menor todos los momentos agradables que me quedan. Pero no voy a molestarte con esta bobada. No voy a ponerte presión ahora en este momento tan crucial, tan especial en tu vida profesional. Estoy tan orgullosa de ti, eres un tipo formidable. Valió la pena mi esmero, para que fueras el hombre que eres hoy en día. Valió la pena haber tenido dos

trabajos uno después de otro para poder llevar comida a tu boca. Y educación. Qué bien educado me quedaste. Con salarios de pobre logré darte la mejor educación del país. Me queda poco tiempo, pero una gran sensación de logro de sólo pensar en ti, en tus maestrías, en tus becas, en tu investigación, en tu doctorado. En toda esta plata que te dieron ahora para hacer realidad tu sueño.

Qué vaina. No me atrevo a hablarte de esto, o de nada de lo que pienso. Sí, qué vaina. No soy capaz de charlar con ninguno de mis hijos acerca de mis pensamientos, de mis sentimientos. Del miedo que tengo de dejarlos.

6. Juana

No veo muy bien que digamos. Tampoco oigo de a mucho. Me duelen las caderas, la semana pasada un carro me atropelló –menos mal iba muy despacio o no estaría aquí hoy tratando de mandarte mensajes de humo- y me dejó una cicatriz en el hocico que me puso muchos años encima. Me ha dado duro en la vanidad. Sí, porque yo soy el miembro de esta familia que más tráfico para. Vamos por la calle y es a mí a la que siempre se acercan, por mí es que preguntan, ¿hembra o macho?, ¿es una Lassie, cierto?, ¿cómo se llama?, nadie puede evitar echarme un piropo. Si no es por la cicatriz ésta en el lado izquierdo de mi perfil, o por mi forma de caminar y de tropezarme a veces con las paredes nadie sabría que tengo 15 años que vienen siendo equivalentes a 76 años humanos. Los cumplo en septiembre, fui tu regalo a la Flaca del día de los enamorados, el mismo año que se casaron. Estoy deprimida. No aguanto la pena en el alma, el desgano, la desazón. Cualquiera diría que es la vejez. Fui tan ágil y rápida, la mejor y más hermosa pastora del barrio, mi melena rubia y blanca y roja, brillante, volando con el viento mientras corría. Aquellas imágenes son recuerdos muy dolorosos especialmente hoy que me golpean en esta realidad sedentaria, solitaria, encerrada en la inmensidad de esta casa vacía. Siempre está vacía ahora tu casa mi Poncho. Sin familia. Mi familia. Y la Flaca, profe, tu Flaca... Tu Flaca se ha vuelto casi invisible. Ya no se ríe a carcajadas cuando le lamo la mano, ya no me regaña cuando me subo al sofá, ya no se quita las medias y enreda sus pies en mi pelo, haciéndome cosquillas en la barriga.

Ahora sólo la veo triste y pensativa, fumando cigarrillos verdes que le roba a Marquito, parada frente al ventanal que da al jardín, los ojitos colorados enfocados en la nada. Ya no ve televisión. Ya no coge su agenda y se sienta junto al teléfono a “hacerle la visitica” a sus parientes lejanos, los únicos que le quedan en esta ciudad. Ya no espera sentada en el sillón con su diario sobre las piernas, frente al televisor con alguna de sus series forenses en maratón, a que llegue la Nena, o Marco o tú. Ahora se acuesta entre las cobijas a las tres de la tarde y le dan las tres de la mañana del día siguiente y continúa llorando. Le sudan las manos, la frente. Tose una tos congestionada, crónica, y al final de cada tos su cara se agrieta en un gesto de amargura, de arrugas en el alma. Tu Flaca ya no se pone sus audífonos y prende su *iPod* a todo volumen, ni se pone a bailar sola con gracia o con sensualidad frente a los niños para que se le unan o se mueran de la risa o de pena ajena.

Por acá hay un hombre que la está rondando, Poncho. Se llama Álex. A mí me cae muy mal. Es más joven que ella, que ustedes, tendrá unos 32 años, huele a gato y trabaja en algo con los indígenas en el Amazonas, siempre llega con equipos, cámaras y trípodes, maletines de viaje y yerbas y amuletos. Últimamente, desde que ustedes dejaron de hablarse, viene todos los días, le trae botellas de vino o discos o quesos o revistas o flores, y la consiente sin que ella lo consienta de vuelta. Sin que ella deje de pensar en ti, Profe. Aunque se deja abrazar y él la acaricia con paciencia, esperando que deje de estar tan triste, a que algún día se defina por él y deje de esperarte. Yo no puedo con la idea de que te deje de esperar. A mí me queda muy poco de vida, estoy segura. Cada vez que la Flaca me lleva a peinarme a *DOGTOR* el veterinario la mira con cara de ‘prepárense’ porque ésta parece muy sana, muy bien cuidada, pero le llegará la hora final en cualquier momento. Y me temo que esa hora final no se parecerá en nada a la hora de llegada que tuve en sus vidas, mis amos.

Me acuerdo muy bien de la Flaca y su intensidad, siempre caminábamos, trabajaba por toda la ciudad, en tacones, faldas largas azules o verdes o lilas, buscando audiciones, castings, asistencias de producción y preparando proyectos de teatro, ensayos, videos institucionales, videoclips, lo que saliera. Yo siempre caminaba detrás de ella. Recorríamos cuadras y cuadras y todos los días nos encontrábamos para almorzar contigo en la universidad. Tú tan importante, siempre rodeado de alumnos y colegas y parado al frente de aulas enormes con pizarrones rellenos con palabras, tachones, flechas, frases subrayadas. Tan pronto nos veías los despedías a todos, que salían en manadas, y tú te tomabas tu tiempo, sonriente, dejando caer el maletín o algún papel, o tropezándote, haciéndote el torpe para hacerla reír. La hacías reír, después la apretujabas, la besabas con ternura, y luego, con delirio. Ella te peinaba la barba, o las cejas, te tomaba de la mano y hablaban. Hablaban y hablaban. Hablaban de tantas cosas, tenían tantas cosas que contarse, tantas cosas que decirse. Entre tantas palabras bonitas e interesantes se miraban. Se miraban y se tocaban mucho. A mí también me miraban y me tocaban mucho. Competían por mi atención, era muy halagador, yo casi siempre me confundía. Tú a un lado del parque, ella al otro, los dos llamándome a ver por quién me decidía. Y no me quería decidir por ninguno entonces.

Ahora tampoco.

No entiendo cómo ustedes que son los mismos -porque las personas y los animales, no importa cuánto tiempo pase, todos, siempre somos los mismos- ahora se estén tratando tan diferente. Cómo es posible que después de todos estos años de conocerse, ayudarse y apoyarse el uno en el otro ahora no les sirvan para nada. No puedo creer que ahora que Marco ya es todo un grandulón, talentoso como es, llenándonos a todos de orgullo con las becas que se ha conseguido con su música y sus tambores, y la Nena, esa Ximenita tan especial, que seguro artista como la mamá o de

letras será algún día con esa manera de echar cuentos y de llevar el drama, tan hermosa con sus rizos que heredó de ti Poncho, y los ojos grises o azules con los que logra lo que sea, que esos dos hijos con los que formamos un retrato familiar tan bonito, no sean un motivo para aguantarse otro poco, para darle un chance más a ver cómo encuentran nuevamente su rumbo, para tomarse de la mano y mirarse nuevamente a los ojos. Cómo es posible que al comprar esta casa tan soleada y rodeada de jardines, este refugio que la Flaca ha decorado con tantos detalles amarillos, anaranjados y turquesas, con paredes forradas por tus bibliotecas desordenadas, este hogar que todo el mundo envidia, no tengan razón suficiente para no querer desbaratar lo que tanto esfuerzo les tomó construir.

Me es completamente increíble que ahora que tú estás en el mejor momento de tu carrera, que ya no tienes por qué preocuparte tanto por que te reconozcan o por el dinero, ahora que la Flaca está más bonita que nunca, más tranquila con todos los proyectos que le salen, y todos los clientes que tiene que la quieren tanto, ustedes en vez de quererse más, de estar más unidos, de creer que gracias a que están el uno con el otro es que han logrado todas esas cosas, que en vez de agradecerse el uno al otro lo lejos que han llegado, estén a punto de acabar con todo. De coger cada uno por su lado.

Yo encontré esta carta. Ella la escribió con su puño y letra. Antes de ponerle un punto final y de doblarla en un cuadradito pequeño y esconderla en el bolsillo de su pijama masculina de rayas, dejó un reguero de papeles arrugados sobre el escritorio. Eran todos los papeles en los que había intentado escribirte lo que en quince años no te había podido decir, Poncho. Yo no sé leer pero sé exactamente qué es lo que Violeta intentaba escribir. Y no voy a dejarla por ahí para que lo siga ensayando. Es un boceto de final. Un conato de despedida. Una petición de divorcio. No voy a dejar que Violeta

vuelva a leerla frente al espejo, preparándose para cuando llegues de California a visitarnos. Mira, me la voy a comer. Gulp. Me la comí.

7. Ashley

Pero por supuesto que iba a contestar tu llamada Violeta. ¿Qué está mal contigo? ¿*Huh?* ¿Por qué estás llorando? Espera un minuto. ¿Dónde estás tú? ¿En tu casa? ¿Y por qué me has llamado a través de *skype*? Okey, okey, okey. Yo estaba profunda de pensamientos trabajando en el computador. Por eso no te contesté el celular. Espera un momento, *please*. Estaré contigo en un segundo. Déjame terminar un par de cosas o mañana mi oficina será un desastre. Tengo documento de Excel todavía abierto, vamos a ver si logro hacer esta fórmula. Le doy *sumatory*. Selecciono de aquí hacia abajo la columna de los números, cursor al recuadro del resultado, después signo de *equal*, *enter*. ¿Y por qué no lo hace? ¿*Huh?* Ay Violeta por favor, para de llorar. Está mal formulado esto, no lo voy a hacer ahora. Espera le doy *save* y mañana lo sumo. A ver. Manzanita s. Manzanita q. Okey, ahora sigamos con el *mail*. Estaba mandándole un *mail* a...Espera un momento Violeta, no seas impaciente. Yo solo trataba de mandar un *mail* a un amigo que vive en Turquía. Y aunque hablo nada de turco, y él nada de inglés o español, ahí vamos entendiéndonos. Te diré acerca de eso más tarde. Es como una película en la que me metí adentro. Un romance cibernético turco que toma lugar en Colombia. Que me den un *break*. Suena como un chiste. Y lo es. *You've been a very very bad boy and you know it. Send. Ok.* Ahora salgamos de *yahoo*. Salir de cuenta. Ahora el botón rojo del *chrome*. *Over and out.*

Ahora soy toda tuya, Violeta. Está bueno que me llamaste. Muy bueno que has llegado de nuevo a mi vida. Porque podemos hablar. Estoy bastante preocupada por ti y con toda ese llanto confirmas mi teoría. Dále, cuéntame. *Let it all out.*

¿No me vas hablar? ¿Llamas a qué? ¿A quedarte llorando? ¿A que yo te mire llorar? Te has equivocado. *You've got to be kidding me.* Yo soy psiquiatra, pero primero y por encima de todo, con la ética en mente, déjame recordarte que soy la esposa de tu cuñado. Somos amigas, nos conocemos. Ambas casadas a hermanos que vienen de la misma familia. Pero no llores, Flaca, que no puedo así.

Vamos, respira. Deja de llorar, vamos respira. ¿Estás respirando? *There you go,* cálmate. Ya. Ahora escúhame a mí: no puedes seguir así. Deja de pagarle atención a Teresa o a las cucarachas en tu cabeza. Tú no puedes seguir poniendo limones en las esquinas de tu cuarto. No puedes poner un velón azul con el nombre de ese tipo hacia arriba, -y perdóname que lo nombro tipo, porque en este momento te estarás creyendo que es tu marido, pero hace rato que no lo es, ¡se fue!, ¿no? ¿Cuánto tiempo llevan sin hablar? ¿Ha dicho a ti que llegaba? ¿Vas a ir tú a recogerle al aeropuerto? No. *¿Right?* ...Que estés escribiendo "Alfonso" hacia arriba, en una vela, y prendiéndola, mientras cantas súplicas a alguna deidad, esto que estás haciendo como en trance, ...*¿Huh?* Te voy a decir que eso no vale, tampoco valen las medicinas que yo te pueda dar. Yo sé que te puedo medicar, te puedo dar quince recetas diferentes que te embrutezcan y dejes de ser peor de bruta que es lo que estás siendo ahora. Tú necesitas saberlo saberlo, entenderlo, mirarte los ojos en el espejo y decir: Alfonso vuelve, pero solo temporalmente, probablemente él ya tiene otra amante, y yo no lo puedo soportar. ¿Okey? Repítelo... En tu cabeza. No puedes controlar nada acerca de eso. Y, ¿qué crees, que no puedes tú conseguir algo más? ¿Qué tú crees? *¿Huh?* ¿Que se fue

porque no te conviene? Este es el momento de tu vida de agarrar el mundo por las lianas y lanzarte a volar.

Esto ha sido tan largo, Violeta. Tantos demasiados años de sufrimientos e incidentes humillantes, en esta relación. Tantas inconveniencias a manos de la relación que tienes con ese tipo que aunque sea el hermano de mi marido, no me lo soporto, y siempre te lo digo, él no es nada pero un maníaco egocéntrico, hambriento de adulación y de atención. Él jamás hace alguna cosa diferente a ser un ringlete alrededor de sí mismo. *He's completely full of himself.*

No creo en la monogamia, te lo he dicho un millón de veces. Que yo sé que Lorenzo duerme alrededor con quien se le dé la gana, que usa protección, y que yo he decidido no enterarme. Lo que tiene que ver con la lealtad, con el respeto para con nuestra sociedad conyugal, él y yo tenemos un acuerdo. De buen trato. De solidaridad. Económico.

No me tomes a mal. Yo te entiendo Violeta, porque al igual que tú, lo mismo pasa conmigo. Soy una persona monógama en cuanto a instintos, una mujer de un solo hombre. Pero la enorme diferencia entre tú y yo, es que hice un montón de pensamiento y llegué a una conclusión: el hecho de que mis instintos son de la manera que son no me da el derecho a imponerlos a él. Entonces solté. Y ahora no me importa que Lorenzo no sea monógamo igual que yo. No lo voy a tratar de cambiar. *Been there, done that.* Porque la cabeza la tengo tranquila con la idea de que esta ha sido mi definición del amor, y la de él. Pero tú no lo has podido hacer. No lo quieres hacer. Llevas casi dos décadas en las que no te has convencido de este camino que hace rato te sugerí. Tú querías que él estuviera solamente contigo, sabiendo que para él eso era imposible. Defraudándote cada vez. Todo el tiempo peleándole, suplicándole, exigiéndole. Todo el

tiempo en ciclos pequeños de sufrimiento. Victimizándote. Transformándote en una fiera en celo. Y no se puede así. Ya lo hemos hablado. *¿Right?*

Además que no es solo eso Flaca. Es también, que todo lo que tenías que hacer en tu casa, todo lo que tenías que hacer con tus hijos, con tu trabajo, hasta con tu perra Juana, lo tenías que hacer tú sola. Tú podías plantearle a él una invitación a cualquier lado, siempre temiendo que él no te correspondiera, y algunas veces tú eras feliz de que por alguna corta excepción te acompañara. Más ínfimo aún el porcentaje de la frecuencia con la que te sorprendía siendo él el que organizaba, el que definía, el que hacía. Ni por ti, ni por tus hijos, ni por vuestra propiedad. Ni siquiera por su madre. Él estaba pensando y trabajando sólo por él. Por su academia, sus doctorados, por su Margot y sus mil estudiantes admiradoras. Sólo por él y lo que él quiere, necesita. Entiéndelo. Yo Pensé que tú ya lo habías entendido. Por eso te digo que es necesario que te mires al espejo ahora mismo, te mires profundamente, y te preguntes a ti misma: ¿no será esto lo mejor?

Entonces... ¿Vas a dejar de llorar? *¿Huh?* Me estoy aburriendo, no haces sino llorar Violeta. Que no te voy a tener compasión. Tienes que salir adelante, pensar en todas las cosas buenas con las que cuentas, ahora sientes el regreso de tu marido como inmensamente importante y estás ansiosa porque te están haciendo una mala jugada los neurotransmisores de tu cerebro. Pero es pasajero, temporal. Le das mucha importancia a esto que te ha pasado porque, porque...porque tu vagina está conectada a esa cabeza loca, y ahora más que nunca, sabes que el tipo va a llegar a trincar tus planes de control. Entonces, óyeme bien: no te acuestes con Alfonso cuando llegue. Por lo menos hazme caso en eso. Si te acuestas con Alfonso, vas a estar muy mal. Peor que ahora. El túnel entre la vagina y el cerebro atraviesan el corazón. Recuerda mis palabras. Yo te advertí. Sigue mejor con Álex, sé fiel a este nuevo hombre en tu vida, y no a aquel. Te lo

voy a explicar, científicamente. Pero a ver, te me calmas. Deja de llorar, *please*, Violeta. *Stop crying honey!*

Enamorarse es una severa patología. Los cambios en tu comportamiento se parecen a la sicosis, y desde un punto de vista bioquímico, este amor desenfrenado, irracional y doloroso en el que te has embarcado con Alfonso una y otra vez, imita de manera sorprendente la adicción a alguna sustancia. A la cocaína, a las anfetaminas o cualquiera de sus derivados. Y el sexo, el sexo es una trampa explosiva que termina enlazando de manera duradera a dos seres que a lo mejor no se convienen. Las mismas áreas del cerebro se iluminan tanto como cuando la persona se endroga como cuando se enamora. O se cree enamorada. La corteza prefrontal – *hyperactive* en pacientes deprimidos- queda inactiva cuando una persona se siente enloquecida por otra. Otros estudios con MRI revelaron que las áreas del cerebro involucradas en la necesidad –en el deseo por algo, por ejemplo el hambre- y la secreción de dopamina, se encienden cuando al paciente se le muestra la foto del ser de quién se siente enamorado.

¿Pero, por qué vuelves a llorar ahora? Te lo digo no para que te sientas miserable, te lo digo para que veas cómo se puede explicar todo. ¿Ves? Deja de tomártelo tan a pecho, Flaca, sólo tienes que pensar.

En todo caso, hay cosas más importantes en nuestra vida. No puedes seguir así Violeta, tú sabes que te necesitan tus hijos, tus proyectos. Tú sabes que te necesita Rosa. Nuestra suegra está muriéndose. Esa señora que tanto a ti como a mí nos ha aceptado, nos ha querido, y nos ha mostrado un camino con su propia historia. Se lo debemos a ella, que se muere, Flaca, que se muere. Vivió su vida colgada del desamor de un hombre vicioso que terminó mal, que abusó de ella, y de los desesperados recuerdos de un hijo que se le perdió, que tuvo que enterrar. Lo peor de todo es que las

muerter de Genaro padre y Genaro hijo sólo liberaron a mi suegra. Y eso la ha llenado de culpa. No tiene grandes satisfacciones hoy día ella. Su única hija es un desastre, que depende de un hombre casado con otra, o de cualquiera de nosotros, una mujer que se quedó en la adolescencia, frágil y rebelde, deprimida e insolente. Rosa sólo nos tiene a nosotros. Pero así Lorenzo se desviva y la consienta, y ella se llene de orgullo de todo el dinero que estamos haciendo, así finalmente yo pudiera entrar a su corazón como la nuera doctora, la nuera gringa que se ocupa de todo, Lorenzo y yo no le hemos podido dar nietos. En cambio Alfonso y tú sí. Y es en los ojos de la Nena que yo veo a mi suegra clavando su última esperanza, la posibilidad de trascender.

Entonces déjate el *show*. No puedes sumirte en la depresión por la ruptura con Alfonso ahora. No. *Please*, Flaca. Tienes que sacar fuerzas de donde no las tengas y aprovechar este poco tiempo contado que tienes para disfrutar a Rosa, o mejor, para que Rosa te disfrute a ti. Esa versión de familia: Alfonso, Violeta, Marco y la Nena, es exactamente la imagen que puede darle alegría a Rosa en estos, sus últimos días. La extensión de su lucha, la permanencia de todos los valores por los que se rompió la espalda.

Si no puedes encontrar la manera de pararte de la cama, quitarte esa pijama y bañarte para encontrarte conmigo mañana en el hospital y darle una buena visita a Rosa, realmente no sé que pueda motivarte.

Me parece muy bien que hayas dejado de llorar.

Discúlpame pero debo colgarte. Mira la pantalla de mi celular. Ocho llamadas perdidas. Un paciente suicida. Es que estamos en plena quincena y la crisis económica alborota a mis loquitos. Mañana nos vemos temprano, ¿Nueve? Dale Flaquita, descansa.

8. Margot

Sobreproducción instantánea de saliva. Saliva no, hiel. Manos al cuello para que no se vean mis manchas rojas, urticaria grito de vergüenza. Pero qué tontería, ¿para qué taparme el cuello con las manos? Usted qué cuenta se va a dar. Además, jamás me había sentido tan invisible delante suyo. La vergüenza es más por ella. Ella sí que está alerta. Fijándose en la punta desgastada de mis mocasines, en mi falda anacrónica, en mi camisa de puños deshilachados. Pendiente de todo lo que digo, de mi reacción ante su explicación. Del rastro de gotas blancas que dejó la pasta de dientes en mi chaleco. Ella que se deja las gafas oscuras puestas con tal de poderme clavar la mirada en las nalgas. Lo peor de todo es esta certeza que tengo: las está viendo más flácidas y planchetas que nunca, y cómo no, si tiene sus curvas suaves y juveniles y exageradamente animadas para comparar contra las mías.

Usted se aleja, apretando con poco disimulo la cintura de la mocosa del spanglish y en un gesto automático, el de siempre, da la vuelta para echarme un último vistazo.

Sí, esta soy yo, la misma, la colega, la compañera. Su Monita.

Monita brutita. Imbécil, subnormal, parcial, terca, ridícula, cretina, retrasada, ingenua. Estúpida. Animal. *Soooo naïve. Muito pessoa. Ottusa.* Cualquiera de los anteriores, así suela tachar a diestra y siniestra adjetivos, artificios de los estudiantes más perezosos, me habría caído mejor que su risa. Esa risa que todavía llena el salón, Alfonso. Que sigue colgada del tablero, suspendida en el aire frente a mí, Profesor

Morales. Carcajada estruendosa y desfachatada amarrada a la total ignorancia sobre lo que en mí genera, su magistral gesto de condescendencia. Una reacción que yo, casi-casi doctora en lingüística, *oh soooo respected grantee* de esta reputada institución californiana, asistente suya por veinticinco años, media naranja de la reconocida súper-dupla de las palabras en nuestro país, sé exactamente qué traduce, qué significa. Y así me esconda detrás de un mohín de indiferencia, y me levante a servirme la tercera taza de tinto de este *break* en el que usted ha decidido notificarme de su decisión de trasladar la base del proyecto a la Universidad de Puerto Rico, estoy a punto de desfallecer. De inmolarme. O de asesinarlo. Pero como siempre, como nunca, guardo silencio. No me dirijo a usted con tono imperativo, deténgase Profesor Morales, usted y yo no vamos para ninguna parte. No lo intento seducir con un gesto suplicante, de completa dependencia, venga, Alfonso, por favor, se lo ruego, no me deje así. No lo detengo con una amenaza vociferante, si te vas, canalla, si te vas te hundo, tengo cómo hundirte, ¿me oyes? ¿Quién eres tú sin mí? No lo detengo y punto. Camino sintiendo que el piso es espumoso, las rodillas me tiemblan, debo tener sumo cuidado o voy a caerme y ahí sí que remataría con mi gran *finale*, yo la profesora polichinela. Seguro que si no estuviera de gancho con la puertorriqueña, enceguecido por el encoñe, se daría cuenta de mi desilusión, de mi furia, de mi impotencia. Usted no puede dejarlo todo tirado. Usted no puede estar dejándose influenciar a punta de la cuca de esa muchachita.

Pero de qué me quejo, yo pendeja, si no me atrevo a darle la cara. Me enrosco el pelo en un rápido nudo y siento que está más fino y baboso de lo normal, mis dedos rápidamente deshaciéndose de un mechón completo que se desprende de mi cuero cabelludo sin resistencia. Pelitos cenizos, rubio sin brillo, maldecidos con horquilla. Menos mal ya se fue. Menos mal que no puede darse cuenta de que hasta el pelo se me está cayendo. Menos mal los vidrios de la oficina son oscuros y no puede ver desde

abajo que yo, acá arriba, acaricio trágicamente la ventana. Yo pupila más suya que del existencialismo. Yo mujer tácita, embestida esporádicamente por estos anhelos platónicos, por este cuarto de siglo de adorarlo en silencio, escondida detrás del respeto, agazapada debajo de la admiración académica. Ahí se va, entonces Alfonso Morales, ahí cruza frente al Datsun automático '95, ése que yo misma regateé antes de que llegara de Colombia, para que pudiera ir y venir con comodidad por el área de la bahía, para que pudiéramos viajar a Monterey o a Santa Bárbara, para que pudiera llevarme y traerme a mí. ¿Cómo pude haber sido tan ilusa? Para que pudiera llevar y traer a la moza de turno, más bien. Se endereza después de haberse asegurado que Ivonne está bien sentadita, da dos golpecitos alegres al capó, -seguro le dice algo bonito, algo empalagoso, algún nombre de repostería, bizcocho, flan-de-caramelo, algún término aceitoso, de fritura colombiana, carimañolita, aborrajado, mogollita... Cierra la puerta del lado pasajero, galante, con cuidado de no machucarle a la Boricua su cartera imitación Moschino, dorada y enorme, y sonrío para sí mismo. Sonríe la sonrisa de sentirse la última coca-cola del desierto. Da brinquitos adolescentes y se sube al puesto del conductor. Ella le acaricia la barba con las uñas fucsias, se le echa encima arrimándole el escote atiborrado de bling-bling, lo besa sin decencia. Usted la besa de vuelta, pero empujándola hacia su sitio. Seguro no quiere que nadie los vea juntos, y menos así. Sin embargo, qué feliz que se ve con ella. Enciende el automóvil, echa reversa. Se larga. *No me demoro, Margot, no se preocupe que ya mismo organizamos todo, voy a dejar a la niña en el Café y ya vuelvo.*

Por qué será que no acaba de irse y me deja sana, de una vez por todas, sí, coge la autopista y acelera y nunca más frena, y nunca más hace un retorno. ¿Por qué no me despide y lo hace en serio, para nunca jamás volver a contratarme? Crónica del desamor advertido. Mil veces advertido. Rota mi devoción y mi anhelo burlado. Por fin eximida de

la experiencia de poderlo abrazar, de entregarme en cuerpo tanto como lo hecho en mente, en esfuerzo. Por enésima vez dándome cuenta que he de ser nunca suya, por toda la eternidad.

Tengo que sentarme, voy a perder el equilibrio. Abro su carpeta y oteo sus apuntes en busca de las reflexiones que lo llevaron a decidir la noticia que me acabó de soltar. A darme la orden de cambiar la base y el rumbo de nuestra investigación. Un árbol de ideas, que me lleve a develar la espina, que me expliquen este pinchazo de último momento. El alfiler que me estalló el globo. A ver, esto puede ser algo. Sí. Aquí. Nuestro boceto de mapa. Una flecha negra que apunta desde México hacia el Oeste de los Estados Unidos, la línea llega a San Francisco pero entonces ahí está diluida por borrones mal hechos. El núcleo de otra flecha, esta más gruesa, está en Los Ángeles. Una bifurcación apunta desde el centro, Iowa, Idaho y Kansas hacia América del Sur. Otra flecha negra que conecta Centro América hacia arriba, y otra que hace zigzags hasta llegar a Panamá. Una flecha roja que va de Nueva York a Puerto Rico, y de Puerto Rico a Nueva York. De Puerto Rico a la Florida. De Cuba a Florida. De república Dominicana a Nueva York y a Georgia. De Colombia a Miami, de Miami a Colombia. Garabatos. Un círculo alrededor de Venezuela. Otro alrededor de Perú y Ecuador. Un asterisco en Chile, otro en Argentina. Brasil, sombreado de pe a pa. Tres palabras tachadas. Saco la hoja de la carpeta y la levanto contra las lámparas del techo. Quiero descifrar qué fue lo que tachó.

Lo logro: Nena. Violeta. Rosa.

¿Por qué no lo pensé antes? Debo llamar a Bogotá. No hay ni la más mínima posibilidad de que usted pueda salirse con la suya y marchar para el Caribe si yo logro darle una razón de peso. Y una razón de peso en estos momentos sólo podrá ser una

personal. Una que usted no pueda refutar con argumentos sólidos como el que me echó justo después de su gigante carcajada. *Venga, Monita, ¿cómo que alejarnos del proyecto? Pero si la manifestación misma de la fusión de los dos idiomas está en Puerto Rico. Además, no se me estrese, esto le conviene a usted también, usted que está siempre tan preocupada por el billete... ¿No ve que nos podemos ahorrar muchos gastos, acá todo nos sale carísimo?*

Entonces sí, tengo que llamar a Bogotá. La Nena, o Violeta podrán ayudarme. De pronto Lilia, o Lorenzo. Alguien tendrá la manera de hacerle caer en razón. Imposible que yo no logre superar la influencia que ejerce sobre usted una veinteañera sin educación universitaria. Por más arrecho que lo tenga, usted es un hombre sensato. Qué lástima pero ella no sabe el problema en el que se está metiendo. Yo sé más de su vida Alfonso, yo sé cuál es su punto débil. Yo sí sé qué mueve su aguja. Yo conozco a quién le hace usted caso.

-¿Violeta? Soy Margot...

-¿Pasó algo?

-No se alarme. Alfonso está bien. Yo estoy bien.

-¿Qué hora es allá?

-Son las cuatro y cuarto. –Si seré bestia, la llamé a la hora del almuerzo- ¿La interrumpo?

-Para nada. Lo único es que va a tener que disculparme que le hable con la boca llena, me estoy comiendo una empanada en la cafetería del hospital.

-¿Hospital?

-¿Cómo, Alfonso no le ha dicho nada? Tuvimos que hospitalizar a Rosa.

Rosa hospitalizada. Perfecto. No tengo que chismosearle nada de Alfonso a Violeta. Es Rosa la que me va a ayudar a retenerlo aquí, a olvidarse de esa estúpida decisión de dejar la base en California, de acabar por entender lo ridículo que es que pretenda irse detrás de la puertorriqueña a la que duplica en edad. Y ni Violeta ni la Nena tendrán que enterarse de nada. Lilia y Lorenzo no comentarán entre ellos lo metiche que soy. Alfonso tendrá que visitar a Rosa, y entonces, no habrá más tiempo qué perder, y no podrá coordinar el traslado del proyecto, y yo prepararé todo para que sigamos aquí hasta el final.

-No creo que sepa Violeta. ¿O usted habló con él?

-No sea chistosa, Monita. Si usted sabe mejor que nadie que Alfonso y yo llevamos más de tres meses sin hablar. Seguro Lilia le avisó. La Nena no creo porque está acampando en el Tayrona, regresa mañana. Dígale a Alfonso que si la Nena lo llama que no le diga nada, yo prefiero decírselo en persona, cuando la recoja.

-¿Y desde cuándo está así Rosa?

-La hospitalizamos el jueves en la madrugada.

-¿Pero es grave?

-¿Grave? Bueno, la palabra que usan los médicos es terminal. Usted es la lingüista. Concluya qué tan grave puede ser eso.

-Alfonso no tiene idea de nada, Violeta.

-¿Ah, sí? Qué vaina. Pero ahora que usted sabe, pues, eso cambiará. ¿Cierto? Usted le contará, y como siempre, lo ayudará a tomar la mejor decisión. Y todos nosotros podremos respirar, gracias a su ecuánime intervención.

-Violeta, yo quisiera que usted no—

-Ay, Margot, guárdese las explicaciones.

-Es que de alguna manera detecto en su tono que piensa que yo soy culpable de—

-Usted jamás ha hecho algo diferente que velar por los intereses profesionales de mi marido. Y esos intereses también son los de mis hijos. Así que yo sólo le puedo estar agradeci--

-Siento que esta investigación, la espera por la subvención, el nombramiento de Alfonso, han afectado su matrimonio. Y yo jamás—

-No sea clínica, Margot.

-Eso es ofensivo. Yo he hecho todo lo humanamente posible para mantenerme al margen de la vida personal de mi jefe.

-Sí. Por supuesto. Pero entonces ahora entrométase y explíquele qué tanto debería importarle la enfermedad terminal de su mamá.

-Haré los arreglos para que viaje a Bogotá esta misma semana.

-No me dejan entrar a intensivos con el celular. Tengo que colgar.

Aclaro mi garganta, alisto nuevamente mi vocecita pastosa de mujer equilibrada. La vocecita con la que siempre he logrado mitigar los conflictos entre su mujer y yo. La

vocecita con la que nadie cae en cuenta de las ráfagas de calor que me inundan el vientre. La única vocecita que usted me conoce.

-Aló, ¿Ivonne? Hágame el favor de poner a Alfonso al teléfono.

-Está guiando *doña*. -A duras penas oigo lo que hablan entre ustedes, Pavarotti & Friends retumbando en el equipo de sonido- Dice que te llama p'atrás en un rato.

-Dígale que no se demore. Tengo noticias de Bogotá.

9. Ivonne

¡Mira carajo! ¿Tú qué puñetas es lo que te crees? ¿ah? ¡Mamabicho! No te caigo encima a gaznatá limpia porque le tengo miedo a esas patas de toro, ¡jodío cabrón! ¿Qué te pasa? ¿EH? ¿Qué te creíste? ¡Dime, pila de mierda! ¿Que aquí llegabas con tu acento de colombianito más-que-sabe creyéndote cagar más arriba del culo que to'el mundo? Pues te equivocaste canto'e zángano. A mí no me vas a dejar enganchá, a mí no me vas a salir con toda esta *fucking* babosería. ¿Cómo que irte? ¿A jullir pa' dónde? ¿Vas a volver a ese chochal? ¿Ah? ¿A esa ciudad de la que tanto te quejas, llena de tapones y de impuestos y de brutos? Pero, ¿por qué diantre? ¿Qué te hice? 'Pérate. Voy a tener que tomarme mi venlafaxina...no puedo respirar... ¿Dónde están mis headphones? Mejor le subo al volumen, no me soporto tu ronquido. Vamo'a poner algo de Rinoceros...Ok, *Get ready now....I'm the one who makes you shine...look what's riding all inside...*

Las puñeteras cuatro de la mañana y yo sin pegar el ojo. Tengo náuseas. Y una migraña del diablo. ¿Cómo puedes salirme así de repente, en plena explosión de Ex con tremendo baldado de agua fría? Después de todas las cosas que hemos vivido. Después de toda esta chulería. De que me hiciste renunciar y mudarme contigo a la cañona. De que me juraras que nos íbamos pa' San Juan a finales de mes. De que me ibas a conseguir un cupo en la iupi. Yo estaba bien de mesera, yo te lo dije condenao sudaca! Yo no necesitaba estudiar, ave maría, yo tenía una vida normal, y normal la

quería...coño!!!! ¿Por qué tuviste que entrar al Café de Fremont? ¿Por qué tuviste que escribirme poemitas ridículos del tal León ese en las servilletas? *En tus oídos toda la música de la noche/ y en tu voz, y en tu risa, y en tu tácito llanto...* Tan lucío, tan guillú. ¿Por qué no me dejaste en paz? Tan mono tú...tan bello. Y con qué flirteo. Llevándome al cine a ver películas del año'e las guácaras en blanco y negro, y poniéndote tan serio después de meter mano, sacando libros y leyéndome pedazos, después empujándome con nalgadas a que te preparara arroz con gandures, tostón con habichuelas, jartándote hasta las alcapurrias que me manda Mami Julia para que me diera bellaquera de verte comer así con tantas ganas. Como un macho. El mío macho. *You could love me or not but either way I've got to wake up to face another day...* gracias Dub FX...

¿Para qué querías darme todo eso? ¿Para que ahora me sienta tan...tecata?
¿Ah? Que me hunda en mi maravillosa nueva perspectiva. Dejarme aquí tripeando de lo diferente que puede ser un hombre a los mantenidos boricuas, a los cabrones gringos. Qué martirio... Qué chavienda... 'Tás craqueao si te creíste que esto se queda así na' más. Tú no quieres a la amargada de tu mujer, tú no sirves para seguir esa farsa, tú a la única que necesitas es a mí. Si quieres yo me preño y te doy otra familia nene, una nueva con green card y todo de ñapa. ¿Viste? Yo sí que puedo hacerte feliz. Ay bendito, como lo has sido todos estos meses desde que me conociste. Que yo soy tu jeva, tu chilla, tu prieta...tú me lo juraste... Yo tu mami, yo la única que te conoce de verdad. Que soy tu fuente de inspiración, tu me lo dijiste, tu musa. ¿No te das cuenta del revolú que estás armando? Soy tu mujer y lo seré por siempre si así me lo pides... ¿Quieres que me engorde un poquito? ¿Que aprenda a hablar francés...? ¿belly dancing...? ...Que me escape contigo a algún otro sitio...a cualquier otro sitio? Voy contigo a dónde sea mi papichulo, mi chulería, mi adorado tormentito mi cuchi cuchi bombón carameloso. Siempre tengo ganas de ti. Yo te lo digo nene, en la oreja y a grito pelao. *But you don't*

have a clue/ This party hasn't ended yet not for me and you, now you're just pretending, canta Röyksopp, y canto yo también, *you're hiding from yourself, yes you are.. We're meant to be one, I know we are/ If I am the sky then you are my star...* Siempre tengo ganas de ti. Ganas de sudar reguetón, apretao, de enredar mis dedos en tus rizos hermosos y sentir que me coges sin control, con los ojos chinitos, los dos arrebatados, un plom de cripi y te corres sin esperarme, del desespero, por tan loco que mi barriguita y mi cuello arqueado y mis labios pillaos y mis batatas rellenas te ponen. ¿Cómo puedes estar ahora roncando como un bebé? ¡Sea mi vida gris! Despiértate so pendejo. Mira que estoy llorando. Mira que me va a dar un patatús. Mira que me estás partiendo el alma. Te vas para Bogotá, y... ¿Y si tu mamá se muere, y si te encuentras con tu mujer y ella te consuela y te olvidas de mí, y no vuelves? ¿No verte nuevamente? ¿No poder llevarte, cuando se me dé la gana, a un rincón en donde sólo estemos tú y yo? ¿Quieres volverme loca? ¿Ah? *Love is killing me so sweet, like the torture that I need for my way back home...* Baila Ivonne, párate chica, baila con Parov Stelar, estos headphones que me regalaste sí que son buenos, baby... *Hurt me when I'm close to you, tell me lies and not the truth, carve your wrongs in my skin, yeah, hurt my soul...* ¿Quieres que me mate? Me mato Alfie, te lo juro, me mato si no te tengo, si te vas. Tu mano es mi mano cuando me toco y lo hago por ti para que me veas porque sólo yo hago todo esto por ti. Yo no me pongo medias para dormir porque mis dedos de los pies siempre están calientes, así en este condenado país haga un frío del carajo. Yo no soy como esa, tu esposa, el bulto de huesos que jamás te ha querido ni deseado como yo. ¿Cuenta esa flaca losetas en las marquesinas, ventanas en los edificios, carros azules o rojos sin parar? ¿Ah? ¿Alguna vez lo ha hecho? ¿Ah? Yo sí: me piensa, no me piensa, me llama pa'trás, no me llama pa'tras, me ama, no me ama. ¿Qué hace ella ahora por ti? ¿Qué te daba ella antes que sea mejor de lo que yo ahora puedo darte? ¿No me dices que sólo te jodía y te

jodía, y que te echaba la cantaleta todo el bendito día? ¿Que te saca más chavos que un ATM? No me dices que ya tiene cuarenta... ¡Que es una vieja! ¡Chumba! ¡Que es una guillúa comemierda! Que te la está poniendo pelúa a propósito... Que con ella nunca has pariciado... ni chichado como conmigo... Mírame a mí papito... Soy tu nena, tu beibi. Tu pana. Ya me bajó la medicina, se me está quitando el enfogonamiento. Todo va a estar bien. Relax. No me importa que tengas mujer, que tengas hijos, que tengas prioridades y vida antes que yo. Te necesito. Te amo. Embabiada. *Alguien te quiere, alguien te espera, alguien te sueña y tú sabes que soy yo, alguien te piensa constantemente, alguien te busca y por fin te encontré, y ese alguien soy yo...* Aunque tú a mí me quieras sólo un poquito, de mentiritas, y a escondidas, no te pido nada diferente a que me dejes amarte...No me abandones, no te voy a joder, sólo quiero mimarte y apapacharte y hacerte sentir el cheche de la película... Carajo. Cabrón de mierda, que no te das cuenta que ésa lo que está es exagerando, tu mamá no se va a morir. Lengüetera manipuladora. Envidiosa. ¿Vas a salir embalao detrás de su culo? ¿Y cómo vas a dejar el estudio? ¿El trabajo? ¿El proyecto? Si le dijiste a Margot que cuadrara todo pa' irnos pa' San Juan la semana que viene. Tanto que te has esforzado... ¿Ya no vas a asegurarte que te aprueben el traslado del proyecto? ¡Qué rocheo! Tirarlo todo por la borda... Y tirarme a mí de paso... Pero si sólo te faltan nueve meses. Dame estos nueve meses, sólo estos nueve meses...270 días. Llévame contigo, preséntame a tu mamá, a tus hijos, te lo prometo que hago todo el esfuerzo por caerles bien, por que me quieran. Te ayudo a criarlos, lo que haga falta... Déjame buscar algo de Empire of the Sun, sí, sí...Without you: *No, No shapes at all, Nothing real or artificial, No energy or heat, No troughs there are no peaks, No hangover from last night, No shame in first light, No time there'll be no change, No colours to rearrange, And I, I get that feeling*

When we're apart, I get the teaching that I can't be without you, Without you babe...

No te vayas. Ay bendito. Necesito otra juma. Mejor vamo'a meter mano, ven acá te doy un besito, chiquitito. Ven pongo mi cabeza sobre tu pecho. Qué rico, todo peludito. Mmmm. Me encanta besarte. Despiértate y mira, soy tu sueño, tu mejor pesadilla, hecha realidad. Eso. Mete mano. Dale papi, dale. Mmm. Rico. Me tocas muy rico. Me gustas tanto.

10. Teresa

-No Flaca, no prenda ese cigarrillo, ¿con esa ronquera, con esa tos?

-No me joda Teresa, si tengo que fumar, fumo.

-Está bien. Pero hágame el favor y echa el humo para allá. Lejos.

-El chicote me acompaña en el melodrama, usted me conoce.

-Pero si no hemos hecho sino echar retahíla. Deje de someterse al guere-guere obsesivo. Ya estuvo bueno. Si quiere le preparo una agüita de jengibre.

-Lo amo Tere. Lo amo. No importa lo que me haga. Lo que yo le haga. Lo amo.

-Yo me siento en arena movediza cada vez que hablamos, mis consejos le entran por un oído y le salen por el otro. El amor no es sufrimiento. Violeta, el amor verdadero necesita del desapego.

-De todas maneras sólo espero su sinceridad, usted es mi mejor amiga.

-Usted puede aprovechar este momento para aprender de sí misma. Concéntrese en todo lo que ha avanzado con esa estrategia. Pensar en Violeta, actuar por Violeta. Desprenderse de él. Dejarlo libre. Olvidar cómo pronunciar su nombre. Respire. Vamos. Respire.

-Respiro. Yo me atreví a meterme con Álex. Me atreví a dejar que me cortejara. Le hice caso a usted, a él, ¿no ve? Tanto que estaba segura de haber superado a mi marido, Pero, ¿para qué? Para nada.

-No Violeta, usted se ha permitido silencios mínimos con otro ser, se ha permitido la torpeza de los primeros encuentros, la incoherencia de haberlo dejado asumir el papel que sólo Alfonso había ejercido en su vida. Y eso, aunque usted no lo pueda ver todavía, tiene mucho sentido hoy. A eso tiene que aferrarse. A eso le aconsejo que se devuelva cada vez que este, como ahora, de frente al abismo.

-Mi cuerpo ya no reacciona ni racional ni espontáneamente ante Álex. Esa es la verdad. Le pertenezco a Alfonso.

-Usted no le pertenece a nadie. Usted sólo se pertenece a usted misma. No diga bobadas.

-Alfonso y yo tenemos un historial profundo, pesado, usted misma lo ha visto en las cartas. Venimos desde vidas pasadas. Compartimos ancestros. Creamos dos hijos. Nuestro cuento no tiene comienzo, ni fin.

-Usted está viviendo una pesadilla que encuentra raíces en sus miedos más oscuros. El miedo a estar sola. El miedo a no conocer más a un Alfonso que ya no es el mismo. Es un amor-sufrimiento.

-Son muchos los años que llevo empeñada en madurar, en detener mi rumbo para circundar alrededor del de él.

-¿Madurar?

-Y ahora esta obsesión por modificar mi esencia para lograr encontrar un cuerpo extraño como el de Álex al cual adherirme, sin quererlo o necesitarlo, sólo por el ejercicio de olvidar a mi esposo de casi dos décadas.

-Yo la he visto muy alegre y primorosa con Álex. Por lo menos siempre la tiene toteada de la risa, ¿O no?

-Estoy con Álex con tal de superar al único hombre al que me he entregado de verdad.

-Volvimos a la noria. Usted cree que está enamorada de Alfonso. Esto es otra cosa.

-Ese que sé piensa que me ama y que soy imprescindible en su vida, pero que no lo siente, que me resiste, que siempre me ha resistido. Que compite contra mí.

-Que año tras año la traiciona. Le miente. Que no ha sabido serle leal. Ni fiel. Un hombre que construye sus propios tiempo y espacio lejos de usted.

-Es una especie de estoicismo, este rasgo de mi carácter el que más he forjado en el matrimonio.

-Una actitud que para muchas culturas sobre todo las guerreras y especialmente las machistas, nos pone en desventaja, nos devuelve al género débil.

-Pero es ese mismo estoicismo el que no me ha dejado avanzar con Álex. ¿No entiende Tere? Tan pronto Alfonso salió por la puerta esta última vez, la anterior, todas las veces, dejé de trabajar en el conocimiento de mí misma. Para estar con alguien diferente a Alfonso debo ser otra.

-Eso es muy triste, Flaca. Ya le he empujado yo varias veces a que llegue a esta verdad, a que la verbalice, a ver si logro que arranque con el principio del fin de su relación con Alfonso. A que se anime a cortar de una vez por todas.

-Vuelve de California y ni siquiera me ha llamado.

-Da por hecho que usted lo está esperando, Violeta, eso es todo. El tipo ni se sospecha que usted está planeando dejarlo. Sólo se quiere a él mismo.

-Qué tal yo la semana pasada, cuando ya temía que Alfonso tendría que venir pronto a ver a Rosa, tan ilusa e ingenua, tan decidida, escribiéndole cartas para terminarle. Segura de que estaba cambiando mi suerte. Juraba no sentir nada por él, que venga, pensaba, a mí me da igual. Ja. Mi suerte. No ha cambiado nada, mi suerte es la misma, la misma desde que crucé mi mirada con la de él, en la universidad hace ya casi veinte años. Faltaba sólo saber que ya iba a verlo. Volver a olerlo.

-Es una hipérbole eso último. Usted está adicta a su marido. Lo tiene magnificado con la lupa del capricho.

-Lo amo Teresa. Lo amo. Eso no es capricho. Tampoco es capricho el que no puedo respirar. No me siento segura. Lo que quiero es encontrarme en una posición en la que por fin lo vea luchando por retenerme, por perdonarme él a mí, por convencerme a que me quede yo a su lado. Por sacar a Álex o a cualquier otro de de mi camino y competir para retomar su trono.

-Pensé que habías hecho las pases con tus musas gracias a Álex, ¿no me lo dijiste la semana pasada?

-No me tutee Teresa que me voy a poner a llorar.

-Que te habían vuelto las ganas de escribir poemas, y que te la pasabas ahora garabateando en tu diario ideas para guiones, para obras. Que te sorprendías a ti misma poniendo el equipo de sonido a todo volumen y bailando en ropa interior por toda la casa.

-De acuerdo. Tal vez Álex me inyectó el vigor que necesitaba para abocarme sobre las pistas de baile otra vez, para reencontrarme con admiradores que me repiten, *es un huevón ese Alfonso, si usted es una mamacita, si usted es una mujer excepcional, si yo daría lo que fuera por estar con una mujer como usted.*

-Y para escribir. ¿No? Qué está escribiendo, cuénteme eso más bien.

-Chorros de ideas y de historias fantasiosas, mías, con nombres de mujeres y de hombres que se encuentran e intercambian algo, lo que sea y sonríen y se besan y luego sueltan limpias carcajadas. Fueron seis meses de eureka y potosíes y de montañas rusas. Qué cursilería.

-También de tranquilidad Flaca. De andar en tu rollo, independiente, tranquila.

-No. Teresa. La estaba engañando a usted, a mis hijos, me estaba engañando a mí misma. Yo no lo puedo superar, no lo quiero superar. Lo quiero a él. Eso es lo único que quiero. Jamás he estado en paz conmigo misma sin él.

-Ahora la que tiene ganas de llorar soy yo.

-Llore.

-¿Qué voy a hacer con usted?

-Tiene que ser algo místico este amor. Tiene que ser superior a todas estas flaquezas, a todos estos problemillas insignificantes. Es demasiado grande. ¿Cómo es

posible, si no es así, si no es una fuerza extraordinaria, avasalladora, que sobreviva ahora incluso a mi supuesta decisión de cortar?

-Violeta, flaquita... Usted no puede seguir así.

-Yo no sé cómo justificar, ni proyectar, ni retener, ni disfrutar. Tenía razón usted en instarme a cambiar de rumbo, a darle cuerda al reloj. A abrir el clóset y sacar mis esqueletos. Y se lo agradezco, Tere, mi compinche del alma. Aprecio entrañablemente cada uno de sus consejos pues han echado a rodar mi motor. El motor de seguir amándolo a él, para siempre, así me duela. En libertad.

-Oh, no. Se me está agotando la paciencia.

-Quiero desprenderme de esta rutina infame, de esta dinámica enferma, sí, pero no quiero malgastar ni un segundo más en tratar de dejar de quererlo, en acabar mi vínculo con él. Ahora sé que puedo soportarlo, es lo único que puedo soportar pues es lo único verdadero. Y pasará el tiempo y a lo mejor vuelve y se va, y yo me engaño nuevamente y me decido a terminar, pero después regresará y nos tendremos que ver y en ese instante tal vez se comprometa a trabajar conmigo, sin rechazarme, sin excluirme. O a lo mejor pasarán una o dos décadas más o llegará el momento en el que habrá pasado más tiempo sin él que con él, y no habrá reaparecido, no habrá llegado a la conclusión de que me ama y de que no quiere estar ni un momento más sin mí, pero ahora sé que lo voy a amar igual.

-Pero cómo lo va a amar si él no le habla, y la insulta usando lo que sólo él sabe de usted y se aparta y luego se ríe y de repente la ataca y la asfixia entre celos e ínfulas de ser su dueño, su amo y su señor. Él que ha querido siempre hacer lo que le da la gana sin tomarla a usted en cuenta y a la misma vez ser el único que manda en su vida. Él que

no quiere acompañarla a plan alguno, ni tampoco quiere que usted tome ninguna decisión. ¿Cómo puede amar a ese que jamás cede ante usted, que jamás pierde?

-No he logrado hacerle ver que soy feliz con él. Eso es todo. No puedo decírselo por que no me cree. No puedo mostrárselo ahora pues no ha llegado. Entonces usted dígame qué hago.

-Yo no veo manera alguna en la que usted pueda hacer algo por cambiar lo que él crea o piense o haga. Violeta, usted sólo puede controlar lo que usted cree, piensa y hace.

-Pues creo en nuestro amor. Pienso en nuestro amor. Hago lo que sea por nuestro amor.

-Entonces córtelo. No lo contacte. No lo llame, evite encontrárselo.

-Pero Rosa está que se muere. Yo no puedo romper la comunicación con él ahora que más me necesita. Su madre se muere, por Dios, y yo la adoro como si fuera mi madre. Porque me alienta a seguir queriendo a su hijo incondicionalmente. Su amor de madre le dice que sí somos el uno para el otro, que sí debemos luchar por este matrimonio, por esta familia.

-Usted está usando primera persona plural. ¿Se da cuenta lo incoherente que es eso? En este momento no hay un “nosotros”, Flaca, el tipo ya se decidió por arriesgar perderla para siempre. Le repito, usted no puede controlar lo que él haga, lo que él sienta. Él está en otro tema. Punto. Usted tiene que soltar.

-Él sabe que no me va a perder nunca.

-Entonces empiece por ahí, si de verdad está convencida de que lo quiere recuperar, que quiere volver con él, tiene que empezar por dejarle saber que la perdió. Que abrió sus alas y alzó vuelo.

-Volar. Sí. Quisiera volar, pero en mil pedazos.

-Ay, qué fatalidad. Respire Flaca, respire.

-Dicen que nadie muere por amor. Pero yo ya estoy muerta.

-Estoy segura que él no está pensando en nada de eso Flaca, no se torture con esas preguntas que son completamente inútiles.

-Regáleme una servilleta.

- Tome. Suénese.

-Ayúdeme Tere, ayúdeme a recuperarlo. ¿No puede hacerme un conjuro de esos astrales? ¿No puede invocar al Arcángel Miguel y pedirle que interceda, que corte las debilidades de Alfonso, los lazos que tenga con la muchachita de turno? ¿No puede leerme las cartas y predecir un volver a comenzar?

-Para volver a comenzar hay que terminar con esto.

-Ayúdeme Teresa.

-...

-Por favor se lo suplico, ayúdeme.

-Cuando lo vea, dígame a Alfonso que lo espero para una sesión de Tarot.

-No sé si se le mida. Usted sabe lo cínico que es con su cuento metafísico.

-Usted sólo dígame que mi intención es ayudarlo a él, Rosa va a morir en cualquier momento y él va a estar más vulnerable que nunca.

-Necesito algún tipo de esperanza.

-Violeta, usted lo que necesita es precisamente dejar de tener esa esperanza.

-¡Teresa!

-Esta bien mi Flaca, la voy a ayudar. Conmigo cuenta para lo que sea. Usted sabe.

11. Violeta

Rosa tose, tose y escupe. Las enfermeras vienen y van con caras de angustia y ni siquiera Lilia, que conoce a una que otra de sus épocas de auxiliar, ni Ashley, una de las siquiabras más respetadas de este hospital pueden hacer algo. Yo, mucho menos. Tal vez tomarle la mano. La tos de Rosa es corta, seca, continua. La flema que escupe, aunque escasa, es roja, espesa. La hemorragia no quiere parar. Rosa mira su reflejo en el pato que le han puesto al alcance para que escupa y yo podría jurar que a la vieja no le disgusta para nada verse tan pálida, que siente algo que jamás le confesará a nadie, que la languidez le luce. El efecto dama de las camelias, leería yo alguna vez, la belleza en épocas de la tuberculosis, la idealización de la mujer enferma. No es tan desfachatado, a su mamá le gustan las novelas románticas, decimonónicas, y las películas clásicas que reflejan esas épocas, sobre todo las de Vivien Leigh. Rosa, tantos años acomplejada por su no tan saludable sobre peso, años en los que no quiso mirarse al espejo, ni sacar tiempo para ir al salón de belleza o al centro comercial a comprarse ni medio trapo, tanto tiempo dedicada a ser un burro de carga, a sentirse cansada desde la madrugada, fea, torpe, de tal suerte que esta enfermedad, según como se ve reflejada a sí misma en el pato, le ha traído ciertos placeres y beneficios. Ser flaca por un lado, tener paz y tranquilidad y ninguno de sus hijos pidiéndole ayuda, por el otro. Creo entender a mi suegra. Siento mucha pena por el dolor que sé está afligiéndola, pero me domina la reflexión, irrespetuosa como suene: este dolor, el que llega con el carcinoma es menos difícil de lidiar. Los otros, recuerdo y el estómago se me tuerce, acabaron con

mi suegra, fulminantes, en el momento de las tragedias. La desgarrante ausencia de un hijo y un par de semanas más tarde la de un marido que no pudo salir del coma, son indescriptibles. Así ese hijo y ese marido fueran unos buenos para nada, recostados, malgastadores, adictos. No es natural que una madre sobreviva a un hijo. Y mucho menos por un crimen pasional. No alcanzan los años que quedan de vida para llenar el hueco que deja un marido de más de cuatro décadas al morir. Las muertes de su hijo y su marido, así ellos sólo le dieran mala vida, son las que hoy la están matando. Yo no podría soportar ni una tragedia, ni la otra. Mucho menos ambas. Estoy segura.

Sí, puedo evidenciarlo en el gesto que aprieta las comisuras de la boca de su madre, Alfonso, la abuela de nuestros hijos, en este momento; este dolor es más cierto y palpable, por lo tanto, más llevadero, hasta complaciente. Ahora Rosa, mi Rosita puede ser perezosa y tomarse su tiempo y no tiene que hacer nada por nadie, sólo por ella, gracias a la enfermedad. Chito. Suenan muy crueles estos pensamientos, más crueles entre el ritmo de la tos seca, corta, constante de Rosa. Tengo que callarlos. Pero no logro llenarme de culpa. Siempre he sentido una especie de impotencia ante la injusticia de vida que ha tenido su mamá, Alfonso, y ahora genuinamente, me alegro de que pueda de alguna manera ser ella el centro de atención, estar atendida y finalmente descansar. De poderse ver a sí misma reflejada en el pato como Scarlett O'hara, una pequeña fantasía que se merece. Entre tos y tos.

Rosa evita la mirada de Lilia y Ashley, mi cuñada-niña-en-cuerpo-de-solterona-alcohólica y mi concuñada marimacha-racional-y-fria-en-cuerpo-de-mujer-sofisticada-pero-infertil respectivamente, y sé que la vieja no quiere entender en los ojos de ninguna de las dos que la cosa está grave. Prefiere poner su atención en mí, la menor de las nueras, la mujer de su hijo favorito. Quiero resaltarlo, les gané. Me supe ganar un lugar en su corazón, jamás la he tratado con el cliché de cómo las mujeres deben tratar a las

suegras y Rosa me ha correspondido. Me hace sentir entendida, a veces hasta admirada, una parte imprescindible de la familia. Aunque yo sé que Rosa conoce muy bien mis complejos, especialmente lo insegura que me siento cuando me dejo llevar por los impulsos y exploto y evidencio con obvedad mis pasiones, sintiéndome ridículamente extrovertida, Rosa sabe que intento ser franca, que procuro ser noble. Que lo que ven es lo que hay. Rosa seguro ha pensado lo mejor librada que habría estado de ser yo su hija y no Lilia.

Carajo. Le está incomodando la postura. Le voy a subir un poco la cama. Así está mejor. Quién lo creyera. Rosa, trabajadora a morir, atendiendo la contabilidad de tres empresas en dos turnos por cuarenta y dos años, sacando adelante a cuatro hijos, cocinando, remendando, lidiando con la ludopatía del marido, la vagabundería del hijo mayor, el desubique y el alcoholismo de la hija menor, y luego haciendo horas extras en el barrio, ahora teniendo que hacer mayor esfuerzo que todo aquello para llevarse un vaso de agua a la boca.

Desde que se pensionó la vieja, me pasó la batuta, y soy yo ahora la que más trabaja en la familia Morales. Yo con mi rebusque, con mis cursos de actuación en academias de medio pelo, con los comerciales y los trabajos de figurante con parlamento, secundaria en telenovelas del medio día, con mis producciones caseras de videos institucionales, con las clases a domicilio de expresión corporal, con los talleres empresariales y el coaching. *Odd Jobs* les llama Ashley. La doctora Ashley. *Odds* sí, pero necesarios, y también engendrados entre la crianza de mis hijos, la administración de mi hogar, detrás de la sombra de mi marido ausente y traicionero. Auspiciadores de la gran obra académica del Profesor Morales, porque han sido esas entradas extras, las que han permitido que usted vaya detrás de su gran sueño. Así se diga mentiras a sí mismo, así no se lo admita a nadie, jamás, ha sido mi labor el gran motor detrás de su

espíritu académico, de sus logros profesionales, de la profundización de su sabiduría. ¿O no?

En eso nos identificamos Rosa y yo. Ninguno de sus hijos, ni siquiera usted, flemático y siempre metido en la Universidad, en sus tertulias, en sus conferencias, o Lorenzo, con su cargo multinacional de ocho siglas son tan trabajadores como ella o como yo. Increíblemente, si yo no he sido más dulce y cercana a mi suegra es por culpa suya, Alfonso. Creo que siempre ha tenido una carga de celos dobles por esta relación. Usted que se ha hecho el tonto ante todos los mensajes de alarma que le he enviado. Me tocó incluso aprovechar la llamada de Margot para que se lo hiciera saber bien clarito, y yo que había jurado no sincerarme más nunca con ésa.... Ésa que trabaja mucho también. Como yo. Como Rosa.

Ay, si usted entendiera de verdad lo poco de vida que le queda a su madre.

Lilia le pide a Ashley que la acompañe a buscar un doctor. La gringa se apersona de la situación, le pone la mano en la frente a Rosa, mira con seriedad a Lilia, y con ese acento de úes largas al final de cada sílaba y eses arrastradas, me dice -como si Rosa no estuviese ahí o no entendiera nada- *ya-h regresah-mossss Fla-cah, sih vieneh o ia-mah Lorenzo meh avi-ses immediately al cell phone*. No voy a mosquearme. Sorry. Hace tiempo que aprendí a hacer cara de completa sumisión y obediencia ante lo que dice la siquiatria, que nunca suena a opiniones o comentarios, siempre a instrucciones. Además, entre los aspavientos científicos de Ashley y tanto lloriqueo egoísta de Lili, -la actitud de eterna adolescente de su hermana menor me enerva, ésta no va a ser capaz de aguantar lo que se nos viene, y ahí sí librennos del show-, yo no había podido consentir a Rosita. Rosita que ha dejado de toser por ahora. Debe estar haciendo efecto la inyección que le puso la enfermera bajo la estricta supervisión de Ashley.

Se van las otras, por fin. Me acerco a la cama, arropo a Rosa y la miro a los ojos. Le paso la mano por el pelo. Mi suegra se entiesa, la dulzura siempre le ha molestado, nunca la espera, pero bueno, también es seguro que no quiere que regresen las ganas de llorar.

Pero cómo no me había dado cuenta antes, Rosa debe estar sintiéndose incómoda porque tiene el pelo grasoso. Prometo no irme de aquí sin habérselo lavado, le sentará muy bien a mi suegrita una buena lavada de pelo.

-Podemos cuadrar para que tan pronto sumercé salga de aquí, vayamos a cine a la Academia. Gracias a los talleres de actuación que les diseñé y la sala de proyección que les monté, cuento con boletas gratis por un tiempo. Les ha ido especialmente bien con eso del ciclo permanente de cine clásico, y ¿se acuerda toda la resistencia que me ponían? Pero usted sabe, usted me lo aconsejó, insistí e insistí, los convencí y les está yendo muy bien. Se llena la sala cada miércoles en las tardes, gente de todas las edades. Yo creo que la Nena se apunta. Me salí del grupo, así que puedo llevarlas el día que quieran.

-¿Y por qué hizo eso, Flaquita?

-¿Qué?- La ruda mirada de Rosa me indica que no podré hacerme la boba, algo tendré que inventarle, cómo lo siento pero de eso nunca podré hablarle. Cómo voy a contarle que me salí porque me voy, porque ya no quiero nada más con usted, ella es su mamá y por más que me quiera o me entienda no va a ponerse de mi lado si le suelto la verdad...

-Aburrimiento, Rosita.

-No diga bobadas, Violeta. Si a usted le encanta la brincadera esa.

-Sí pero no me aguantaba ni un día más el *bullying*. Me cansé de ser la pera de boxeo. Y ya era hora de pasar a otro al paredón. Yo no tengo la culpa de ser quien soy... ¿Qué culpa tengo yo de haber estudiado en el colegio o en la universidad que estudié, o de que mi papá haya hecho plata? Es cierto que estudié actuación porque quise ser famosa, y tener billete. No me da vergüenza admitirlo. Así sea casi-cuarentona, gomela y escuálida. Y lo de la fama y la plata no hayan cuajado.

-Jajaja. Ay chinita, no me haga reír, que me duele. Deje de tratarse así.

Sumercé es una chusquera de vieja...No sea tonta. En cualquier momento le suena la flauta, ya verá. No ve a la Toti Vergara como coronó Hollywood, usted es mucho más talentosa, más hermosa. Más perseverante.

Efectivamente tiene que estar surtiendo el efecto de la morfina. Primero, sigue sin toser, segundo, se enloqueció, y que compararme con la Toti Vergara... qué graciosa... qué tristeza. No mencionó a Meryl Streep o a Susan Sarandon. Tampoco a Norma Leandro o a la Cecilia Roth. No fue una comparación con Blanca Portillo ni Carmen Maura. Ni siquiera a Judy Henríquez o a Alejandra Borrero. No. ¿Cómo le parece que me comparó con la Toti Vergara? ¿Sí ve? Su madre me encuentra mucho más linda de lo que realmente soy. Y mucho más linda que buena actriz. Eso sí, también, mucho más persistente que linda.

-Anoche me llamó su marido.- Rosa examina muy bien mi reacción. Yo no voy a delatar cómo me molesta que a ella sí la llame pero a mí no.

-Qué bueno. ¿Y hablaron? ¿Usted le contó?

-Con Alfonso yo nunca logro hablar nada. Si ese condenadito se sienta en la palabra y no deja que nadie interrumpa. Usted sabe.

-No. Para nada. Yo no conozco a ese señor.

Disfruto la gran sonrisa que se apodera de mi rostro, y que mi suegra, cómplice, me corresponde. De golpe me sorprende la sensación más horrible que he sentido desde que...desde que descubrí su primera infidelidad, mi adorado Alfonso.

No podré disfrutar mucho más tiempo de su madre, se va. Se nos va.

-Parece que se viene en el primer vuelo que Margot logre conseguirle. Ojalá no esté dejándolo todo tirado por mí. Me sentiría muy mal si deja todo tirado por mí.

Uff. Necesito cambiar de canal ya, antes de que se dé cuenta. Saco del bolso un champú con el que venía preparada y juguetona se lo muestro a la señora.

-¿Me deja lavarle la cabeza?

Rosa, haciendo su máximo esfuerzo para que las manos no le tiemblen, destapa el frasco y lo acerca a la nariz inhalando con fuerza, cerrando los ojos de placer.

-Como que él y Margot se ganaron la subvención. Ahora sí que se nos creció el muchachito. –Ella espera que salte en una pata, asegurándole que sí que ya yo lo sabía pero que guardaba el secreto de ella porque usted se lo quería decir personalmente, o que me haga la fuerte, a la que semejante nueva le pasa como insignificante, o que le monte pataleta y le diga que no me interesa, que esa mierda de investigación me ha arruinado la vida, llevándoselo a usted lejos, y ahora esa mierda de premio lo único que hace es mantenerlo allá, lejos, por más tiempo.

Se quedará esperando mi reacción, la pobre, porque aunque yo no tenía ni idea que ya se había ganado la subvención, no voy a humillarme dejando en evidencia que sí me afecta que todos siempre se enteren de sus cosas antes que yo que soy su esposa,

la madre de sus hijos. Por otro lado, jamás le admitiré a nadie, ni siquiera a su madre, que usted me hace falta, que no soporto un segundo más de lejanía, que por eso, sólo por eso, nuestro matrimonio se está yendo al traste, y pues, que si vuelve, si vuelve... Que en verdad sí me alegro de que vuelva.

-Se nos creció el profesor Morales.

Se empalidece Doña Rosa, se lleva la mano al estómago y retuerce la boca. Es un gesto de agonía. Es la seña del dolor. Pero la viejita no quiere darle importancia al dolor concreto que la acribilla, el dolor del cáncer, ni al dolor abstracto que la atormenta, el dolor de que su hijo menor, el mejor, el más bueno, el más inteligente, haya logrado algo tan importante y ella, ahora, esté a punto de estropearle todo, causándole una gran pena. La pena de su muerte. Entonces, me percató el momento exacto en el que, valiente, pone todo eso a un lado, y de paso me saca a mí, su nuera favorita, de las penumbras de la conmiseración.

-¿Me tengo que parar, o dónde me va a lavar la cabeza?

-Usted espéreme tranquilita, en un momento le tengo todo listo, ¿vale?

Saco una palangana rosada del baño, la lleno de agua tibia, le echo una botella completa de agua de rosas, la revuelvo. Poso la palangana sobre la mesa de rueditas en donde las empleadas le acomodan las bandejas de comida, bueno, si se le puede llamar comida a esos masacotes blancuzcos y sosos que vienen rotulados con el título dieta-especial-oncología. Llevo la mesa hasta la ventana, arreglo el sillón contra esa mesa y ya está, he improvisado una pequeña estación de salón de belleza. Halo el brazo de su madre, su bracito, si lo viera Alfonso, un palito de balso... La ayudo a sentarse, luego a pararse, está tan livianita, un paso... dos... tres... cuatro. Da la vuelta, preparándose para sentarse y por un instante nuestras miradas se cruzan, muy cerca, nos estamos

abrazando. Ella huele a galletas de mantequilla, a orines, a ungüento de eucalipto. Yo huelo a pánico disfrazado de todo-está-bien, Rosita, usted-tranquila-que-yo-la-sujeto. Rosa se desploma en la silla, está fatigada, sus labios blancos y agrietados. Improviso una fuente de agua de un trapo para ayudarme en la lavada del pelo. Lo exprimo con delicadeza, el sonido del agua salpicando en la palangana nos arrulla a ambas, y paso el trapito húmedo con más suavidad aun por el rostro de su madre.

Le echo mucho champú y luego exprimo el trapo que ya volví a empapar del agua de rosas diluida, y comienzo a frotarle la cabeza y a hacer espuma. Mucha espuma, también, como el sonido del agua salpicando, tranquilizante.

-Me estoy leyendo una novela romántica que está buenísima: *Regálame tu alma, Alexandra*.

Doña Rosa sonríe. Me pica el ojo. Está lista para que retomemos la charla. Y cualquier relato que yo pueda echarle en estos momentos, sin que ella tenga que contestarme, sin que tenga que hablar, es charla. Nada que lleguen Ashley o Lilia. Nada que llame Lorenzo. Esto está fuerte, su mamá está haciendo todo lo que puede por poner su cara de aquí-no-pasa-nada, y esto-es-un-día-común-y-corriente. Por aguantarse la tos. Por disfrutar el efecto de la morfina y prolongar al máximo el tiempo antes de que retorne la tos y el vómito de flema de sangre y tenga que escupir. Por concentrarse en la historia de amor que he prometido contarle. Más vale que eche mano yo de mi imaginación. Más vale que le eche la mejor historia de amor de su vida.

-El personaje principal es un conguelero de piel dorada, una gran arruga en la frente, unas manos un tanto torpes, signo de tierna primitividad, tal vez, y músculos duros, venosos, casi adolescentes. Él tiene unas cejas gruesas que acomoda con habilidad para enmarcar cada sonrisa de seducción que se le va escapando, de lo más

natural, mientras lleva en cada paso sincopado, contagioso, la poca prisa que carga. Se llama José Pablo y es un hombre delicioso, dos o tres años menor que la protagonista. Ella, Alexandra, una mujer sencilla, tímida, de ojos brillantes y ojeras profundas, flaca, bajita, con un marido ausente y un pasado muy trágico seguramente, el misterio que descubriremos al final de la novela. José Pablo conoce a Alexandra en un taller de actuación, y se convierte en el primer tipo que, en trece años de fidelidad, ella mira de vuelta sin pensar en su matrimonio y accede a...bueno, a ya-sabemos-qué...

Busco la expresión de mi suegra para ver si le ha gustado lo que llevo hasta ahora, para ver si le complace, pero Rosa se ha quedado dormida, su respiración es profunda. Con una de las toallas grandes del baño le seco el pelo con cautela. La acomodo lo mejor que puedo en el sillón, una almohada bajo la nuca, otra entre los pies y acerco un butaco para elevar sus piernas. La abrigo con la cobija amarillo pollito que trajo Teresa ayer. Retiro la palangana de agua de rosas y espuma, y justo cuando la estoy desocupando, el chorro de agua cayendo al inodoro, estruendoso –tengo que cerrar la puerta- caigo en cuenta. Estaba a punto de contarle a mi suegra la primera vez que le fui infiel a usted. ¿Regálame tu alma, Alexandra? Ja. *Regálame tu alma, Violeta*, si acaso. Qué José Pablo, ni qué ocho cuartos, será Gabriel más bien. Qué conguero ni qué demonios, actor era él. Qué cínica que soy. Los ronquidos de Rosa son cada vez más largos, más profundos. Lilia entra con prisa y mira a su madre y luego a mí y yo le hago el gesto universal de silencio, por favor, entonces se me acerca y me susurra al oído.

-Lorenzo ya llegó, está acompañando a Ashley, nada que aparece el doctor. Yo me tengo que ir a la prueba de sonido, el toque empieza a las 10, pero puedo volver más tarde y--.

-No te preocupes Lili. Yo me quedo con tu mamá.- Me levanto y saco de mi cartera un par de camisas que traía, Lilia me había llamado temprano a pedirme algo prestado, se las entrego con la genuina intención de que alguna le sirva, que le quede bien, que le vaya bien. Lleva tantos años sin cantar, y sin estar expuesta a...

-Toma. Y mucha mierda, mi Lili, que los dejes a todos boquiabiertos.

Su hermana sonríe y se marcha y yo me acomodo de pie contra la ventana, ya anocheció, ¿a qué horas? El tiempo tiene una forma muy rara de comportarse en este hospital. No puedo dejar a un lado la imagen del cuerpo desnudo de Gabriel. No puedo creer que ya hayan pasado tantos años desde aquel atrevimiento de mi parte. Dulce venganza. ¿Y usted, qué estaría haciendo usted por aquella época? No logro acordarme de en dónde estaba usted cuando le fui infiel por primera vez. Cuando me comí a Gabriel.

Eso sí, me acuerdo perfecto de que fue al otro día de haberle encontrado el papelito con los datos de la tal Susana. También, de la decena de mensajes de texto intercambiados para ser inmediatamente anulados –había que ser cautelosos y no dejar nunca que estas cosas se descubrieran, algo que le aprendía a usted mi querido esposo- cuatro días de espera y un par de advertencias como *hay que hacer las cosas bien, es tu vida y te lo mereces, aquí no se vale enamorarse, cuidadito con contárselo a nadie* y pum. Pasó lo que yo había jurado nunca pasaría. Con su primera mirada esquiva bastó, esa mirada que me anunciaba que ya él se estaba dando por vencido, que estaba a punto de retirar su coquetería, y me convencí a mí misma que lo haría, pronunciando entre tartamudeos y pensamientos obscenos un *listo, vamos a mi casa que mi marido no está*.

Que mi marido nunca está.

Mejor dicho, creo que antes del primer intercambio de palabras, cuando por primera vez el tipo se envalentonaba y se me acercaba a Teresa y a mí en pleno taller, se notaba a leguas que él ya estaba decidido: me iba a penetrar. Sí, penetrar como el policía logra penetrar a la testigo estrella, después de seducirla y dominarla, fórmula de romance sexi en todos los thrillers eróticos que tanto me gustaban entonces, que tanto me gustan ahora. Mi cuerpo y su cuerpo, dos extraños imanes hacía menos de una semana al inicio del taller, halándose pero poniendo resistencia, ahora parecían una sola cosa de lenguas ardientes y pelos enredados con rodillas y quejidos horrísonos, con fluidos llenos de tensión. El ritmo de los suspiros agradecidos de Gabriel ahogándose entre mis silencios. La vergüenza era áspera, la delicia también. Yo otra vez púber. Yo conquistadora de lo prohibido. Yo, después de tantos años de resentimiento y abandono, ahora discípula del placer. Fueron dos polvos y una mamada. No me había gustado mamárselo a nadie, usted sabe eso mejor que nadie, Alfonso, hasta esa tarde soleada. Algo de estar haciéndolo con desinhibición y desparpajo y sin importar ni el pasado ni el futuro, pudo haber sido lo que marcó la diferencia. Pero también pudo ser esa química inclemente, palpitando en mis sesos, contradiciendo mis argumentos, atorando caliente mi garganta.

Hasta aquel preciso instante, yo creía que la “química” esa de la que hablaban mis amigas era una ridiculez, algo que vagamente me acordaba sentir cuando lo vi por primera vez a usted en los corredores de la universidad. Esa “química” que se supone producen las feromonas y estalla en sexo delicioso así los amantes tengan personalidades incompatibles. La “química” de la que tanto presagian pitonisas y astrólogos, para mí era una ciencia muerta, como la lengua del latín. Pero durante la felación que le hice a mi primer *tinieblo* en la vida, yo ingenuamente erudita, estaba conjugando el verbo y enunciando con dominio, con fluidez. Ponerme ese foráneo pene

en la boca y chupar y dar devoción era un acto natural, espontáneo de mi lengua, una lengua envenenada con la fórmula más intrínseca de esa ciencia, ahora cierta y regocijante: la emancipación.

Después de ruidos y destellos infernales en un taxi que se me transformó en calabaza, volví a casa. Hice lo que siempre hacía, con responsabilidad, con disciplina. Con diligencia especialmente para suprimir la culpa. Supervisé las tareas de la Nena, y que Marco comiera ensalada. Estuve ahí para obligarlos a que se dejaran pellizcar las orejitas, los acosté con una buena dosis de chistes y comentarios sobre lecturas y regaños de mentiras. Ordené los papeles en la mesa de noche, revisé la agenda para ver qué se había quedado por fuera, con excitación miré ese renglón de martes a las 4 de la tarde, tan vacío, sobresaliente en una semana llena de citas y proyectos por entregar, castings y audiciones y cheques qué cobrar. Un asterisco en tinta roja marcó para siempre el periquete de mi aventura.

Luego pasaron un par de horas que me permitieron dejar de sentirme tan víctima y darme el lujo de estar haciéndole algo a usted, Alfonso, de tenerlo ahora yo a usted en el filo del engaño. *Jamás se puede enterar, así me muera de ganas de que se entere y sienta lo que yo sentí cuando...*

Desbaraté la cama y acomodé los cojines de colores sobre el sillón, salí al corredor y me envolví en una cobija, botándome sobre el sofá. Prendí el televisor, decidí olvidar, borrar de mi mente el episodio, a seguir con mi vida tranquila, porque...*porque sí y porque me lo he ganado, ¡no joda!*, más de una década completa dándoselo a usted, sólo a usted, trece años de devoción y lealtad y servicio exclusivos traicionados por usted. Alfonso, ingrato animal. Sí, el asunto ya estaba chuleado, ya podía pasar la página. *Next* como diría Ashley.

Pero no me pude hacer la idiota y seguir la noche como cualquier otra semana de aquella mi vida escogida y contraída a pulso y tesón. Esa noche era diferente a todas esas otras, las mismas sólo hasta ese día. Ya no podía sumergirme en la trama de alguna de las series de televisión que tanto me entretenían mientras esperaba a que fueran las once para caer en cuenta de que estaba desvelada, o las tres de la mañana para despertarme estorbada con el cinturón del pantalón todavía sin desabrochar. Aquella noche yo ya no podía ponerme a fantasear con pajaritos preñados para evitar recordar que ni una sola llamada suya. Para remorderme el labio pensando en qué, con quién, en dónde demonios estaría usted. Usted, el único amor de mi vida, el padre de mis hijos, el maldito, maravilloso y oh-tan-encantador Profesor Alfonso Morales.

Entonces yo, una Violeta vengada, me volví loca y de repente chiquilla y mandé mensajes dulces y sensuales y hasta cursis y agresivos a Gabriel, mi recién adquirido mancebo. Después, un bajón de azúcar, un dolor punzante en el pecho, unas ganas atroces de echar el tiempo para atrás y de no haber ido a ese taller de teatro nunca. No haberle aceptado el almuerzo a ese macho tan dulce. En haber improvisado una cachetada en el momento en el que el atrevido, el osado, se me lanzó a pellizcarme los pezones. Por lo menos, hacia atrás un poquito, un momentito, lo suficiente para poder borrar los idiotas mensajes de texto que acababa de mandar. *Violeta tienes 32 años por favor, qué haces sintiéndote así, actuando así, te vas a descalabrar....*

Ashley entra por la puerta. La siguen Lorenzo y el doctor. Intento advertirles que hagan silencio que Rosa está dormi-

Rosa comienza a toser. Tose, tose y un ruido horroroso sube por su pecho, por su garganta. Ashley le alcanza el pato, y la viejita escupe flema con sangre, sangre con vómito, una baba larga que parece no tener fin. Lorenzo se come las uñas, se rasca la

cabeza, se sale de la habitación. Ashley comienza a hablar en términos médicos con el doctor, yo no entiendo nada. Yo solo me acerco a Rosa y le paso la mano por el pelo, que sigue húmedo. Ella, entre tos y tos y escupitajo, me sonrío.

-Flaquita, ¿no me va a peinar? Péineme que por ahí puede venir Julián.

-¿Quién es Julián, Rosita?

12. Lilia

Quiubo Poncho. ¿Me puede dar la aerolínea, fecha y hora exacta de su llegada? Creo que va a ir la Nena por usted, pero yo quedé en conseguirle todos los datos. Margot se los dio a mamá pero ella no sabe dónde los escribió.

Aprovecho para contarle que me negaron la visa la semana pasada así que no se me ilusione, no le tengo buenas noticias, no voy a poder devolverme con usted como me lo sugirió anoche. Muchas gracias por la oferta nuevamente. Más que triste ando resignada, usted sabe que la soltería es la enemiga número uno de las aspirantes a turistas en gringolandia, les llevé los papeles de la finca y Juan me prestó unos 30 millones para que en mis extractos bancarios apareciera platica pero nada.

Le escribo para que se ponga al día, y no le resulte, dentro de lo posible, todo muy caótico o extraño cuando llegue. Ojalá tengamos tiempo, aunque lo dudo, para que usted me cuente todo a mí, su vida en la universidad, la ciudad, el hostal donde se está quedando, que me lo imagino tan... californiano.

Por mi lado las cosas siguen más o menos igual. Juan se fue al Llano y no ha vuelto. Lleva tres meses capoteando las lluvias que están terroríficas y le toca estar encima de todo, no vaya y sea que se le mueran más bestias. La semana pasada los mayordomos dejaron deslizarse siete cabezas al río y el hombre se iba volviendo como loco. Si lo hubiese visto, daba gritos y pateaba los muebles y las paredes, pura pataleta de guache. Obviamente, la culpa de que hubiese perdido tanto ganado era mía...Yo que

jamás he estado ni cerca de su maldita finca, ni de su maldita familia, ni de la maldita de su esposa. Como siempre, peló el cobre a la primera oportunidad, y yo estuve a punto de servirme un vodka. Qué pena Poncho pero con usted ni medio secreto...usted sabe. Después del escándalo no volvió a musitar palabra por ahí tres o cuatro días, en lo que armó el viaje y me pagó por adelantado seis meses de administración del edificio, el seguro de salud, me calculó lo de los servicios y se fue. Me dejó vales para el mercado que me podrían alcanzar hasta el año que viene. Esta vez llevaba conmigo sólo tres semanas. Casi ni se despide de mí. A veces creo que piensa que soy el logo símbolo de todo lo malo que le pasa...Unos días me sirve que se haya ido, toda esta paz, todo este tiempo entre mis manos sin tener que hacer nada por él, leer y sentarme al piano y arreglar el jardín. Otros...otros me desboco al teléfono viendo a quién llamo, inventándome excusas para hablar de trabajos pasados con alguna medio-conocida que no veo hace 14 años, o acosando a algún petardo que me coqueteó en la fila de pagos del celular... Incluso me he visto cayéndole en el consultorio a Ashley a ver si me aconseja o me cuenta algún chisme de Lorenzo y paso el rato sin pensar en lo rico que se sentiría tener un pedazo de yerbabuena de mojito pegado en la lengua. Otros me dan ganas de coger la primera flota y caerle, pero usted sabe el pánico que me da aterrizarle a Juan de sorpresa, especialmente si está en el Llano. Qué manera encontrarme en algún sitio con la-que-no-se-nombra y tener que hacerme la boba, o qué susto que me de uno de mis soponcios, amarrándomela con cualquier chirrinchi y termine tirándomele a la yugular, picoteándole esos ojos con los que lleva 10 años haciéndose la ciega, la esposa respetada y amada. La malparida y santa víctima, pariéndole muchachitos. Y a mí nada que me cuaja un bebito en el vientre. Sería feliz yo con un bebé, lo sé, ya no me importaría tener que esperar a Juan, porque estaría siempre con su hijito, con mi hijito...

He aprovechado este tiempo para pasar bastantes hojas de vida. Me llamaron del

policlínico de un barrio al occidente, la paga es un chiste pero creo que lo voy a tomar, me hace falta tener enfermitos a quién zarandear, gente extraña con quién hablar, uno que otro anciano abandonado a quién cantarle mis melodías. Usted me conoce, en el fondo, por más de que el amor de mi vida sea Juan y él sea prácticamente mudo, odio el maldito silencio.

Tuve que ir a tramitar el paso de los restos de papá al osario porque el arriendo en el lote estaba saliendo muy caro y Lorenzo con tanta reunión no tenía tiempo. Quedó inscrito en la piedra, entre mi hermano y mi abuelo. Cuando los vi así, como en una lista, Genaro Morales I, Genaro Morales II y Genaro Morales III, se me ocurrió de repente que pueden ser los únicos y los últimos tres Genaros de esta ciudad, y me sorprendió el dolor más increíble. Nada de rabia, ni de reproches ya, ni de traumas. ¿Sabe a qué me refiero? Ya están muertos, los tres. Ya que mierdas van a poder hacerme. Se ven hasta tiernos, no se cómo explicarle. Semejantes prototipos de vileza, cada uno una versión en su generación del hermetismo, una estampa del espíritu en furia. Hombres dominados por el libido y la garosería. Tres generaciones de animales. Le iba a mandar una foto, pero recapacité, yo sé que a usted todas estas tonterías mías le parecen macabras. Cuando vuelva vamos, ¿vale? A mamá no la pude llevar. Esos dos totazos tan seguidos los habrán marcado a todos ustedes mucho, pero a ella, a ella prácticamente la acabaron. Alfonso, usted sabe por qué digo que “a ustedes los marcaron” y no “a nosotros nos marcaron”, usted sabe que a mí me liberaron esas muertes, usted es el único que sabe cómo no pude haber sentido nada diferente a una total liberación. Ya n estaban, ninguno de los que me hizo tanto daño. El abuelo enfermo y verde, el hermano abusivo, el papá violento. Pero a nuestra mamá, a la señora contable Rosa Chaparro viuda de Morales, tan acolchonadita que era, tan práctica y seria, tan hormiguita siempre cocinando y trabajando y resolviéndole los líos y la vida a papá, tapándole los defectos a él y a

Genaro hijo y a todos nosotros, tan despojada de toda vanidad y egoísmo, ahora es otra persona. A duras penas está pesando los 50 kilos. Se la pasa de melancolía en melancolía, recitando los recuerdos que ya todos quisiéramos que olvidara.

Pero fresco que por más que a mí no me quiera ni la mitad de lo que lo quiere a usted, o a Lorenzo, por más que incluso quiera más a su mujer que a mí, no hago sino estar pendiente de ella. Anoche, por ejemplo, después de salir del hospital, Lorenzo se quedó con mamá, y la Flaca nos invitó a su casa a todas, y yo me fui después de las 11, ya llevaban por ahí tres botellas de Chardonnay . Todavía no se acaban la caja de Marcassin '05 que mandó Margot a mamá con la noticia de su subvención... Esa Margot... Tremenda enóloga aficionada... Me acuerdo cuando la conocí y nos amarramos una a punta de Protos. ¡De Protos! No olvidaré la cara de la Flaca cuando llegó y nos encontró a las dos echadas en su sofá de la sala....Ebrias y muertas de la risa.

Qué pena, me desvié. Le estaba contando que estoy muy pendiente de mamá y según la Nena que volvió del Tayrona ayer y llegó de una a acompañarla a la quimio, la sesión transcurrió de lo más tranquila. Ashley se está quedando estos días, pues tiene consulta sólo en las mañanas y a Violeta le salió un taller que le toca dictar también en las noches y se le cruzaba, la verdad es que yo prefiero que vaya Ashley porque es doctora y las enfermeras le lambonean, yo ya le he contado a usted cómo es eso... En todo caso me llamó Violeta a contarme que Lorenzo y Ashley la llamaron al medio día, y que dizque mi mamá se les desmayó y les confesó a todos que llevaba como tres o cuatro días sin poder pasar ni un bocado. Ashley se apersonó de todo rápidamente y puso a Lorenzo a conseguir a la mejor nutricionista de turno en el hospital. Estoy esperando la llamada de Lorenzo para ver qué le dijeron y si le van a dar de alta. Si ese es el caso, tenemos que decidir entre todos quién va a llevársela a su casa. No creo que

pueda seguir durmiendo sola, y tampoco me parece bueno que pase sus últimos días metida en el hospital. Yo no me ofrecí a traérmela, ni a tomar ninguna decisión sobre la logística por ahora, porque ya le dije, es mejor que de esas cosas se encargue Ashley que ella tiene palanca en el hospital. Tan pronto salgan de la ronda de exámenes, me llamarán, y cualquier cosa, fresco, yo le voy contando.

Mi mamá quiere verlo, aunque siempre nos dice que ni se nos ocurra mencionárselo a usted, y mientras va pronunciando cada sílaba, los ojos se le encharcan. Esto no creo que sea muy demorado, perdone que sea así de franca. Y le va a sentar a él, a mí, a su mujer y a sus hijos, a todos que usted venga. Estamos muy orgullosos del premio que se ganó, no me cansaré en repetírselo. Felicitaciones. Pero necesitamos que esté aquí. Esto se solucionará más rápido de lo que quisiéramos, y ya podrá usted devolverse. Mire, ya van diez meses y ni cuenta nos dimos.

¿Cuánto le queda? ¿Un año más o menos?

Oiga, antes de que se me olvide, quiero que descarte todo lo que le dije en el último correo. Todo ese chisme que le conté acerca del dueño del bar *El Conejo*, ése que hace un par de meses me pidió una audición para su noche de viejas, su *happy-hour-lady's-night*. No era tan casual ni tan insignificante la cosa... De hecho, quisiera su opinión hermanito, un consejo, algo. Me emperifollé, me fui para allá con la guitarra y le monté severo concierto privado. Después de que el tipo aplaudió y me aseguró un lugar en su noche más concurrida tan pronto montara un repertorio de dúos románticos, se lo di. Me acosté con él ahí en plena tarima. Pero eso ya fue hace dos semanas, a los pocos días de que Juan se fuera para el Llano. Y el tipo nada que llama y necesito que me llame. No es gran cosa él, pero me ilusiona pensar que podría comenzar de nuevo, sacar a Juan de taquito. Y cantar regularmente, ¿se imagina? Volver a cantar, eso

estaría bonito. Mire, improvisé una canción, le escribo la letra para que me la corrija, me ayude con los horrores de ortografía y me señale los...¿cómo es que usted les dice?...ah, sí, los lugares comunes.

(Empieza en RE menor). Asocial, cortejo núcleo universal. No es normal. Un mundo aparte, un nuevo altar. (Pasa a LA). Llegaste con el viento y te detuve con el mar. Me estás haciendo fuego yo tu tierra quiero más. (La vuelta cierra en MI). Dame más, quiero más. (RE) Fascinación. Búsqueda coincidencial. Trama astral para enlazarnos al vapor. (LA) Llegaste con tu río y te detuve con mi cal. (MI) Me estás haciendo estrellas yo tu cosmos quiero más. (MI) Dame más, quiero más. (Do) No puedo negarlo por más que lo quiera, tu poca inocencia mató a mi conciencia (FA) yo tierna y cobarde zarpé en tu vehemencia... (DO) Me estoy deshaciendo en sudados sueños, (FA) tu cuerpo, tus manos, tus ojos, tu esencia... (Vuelve a RE menor) Asocial, cortejo núcleo universal. No es normal. Un mundo aparte, un nuevo altar. (Y a LA). Llegaste taciturno y te detuve por unanimidad. Me estás haciendo mundo yo tu espíritu quiero más. (MI) Dame más, quiero más.

Tengo ganas de grabarla, algo jazzy, poco pianito, o de pronto un poco más visceral, a lo Tori o con una guitarra a medio desafinar, con distorsión a lo Fiona... No sé. En todo caso quiero enviársela al hombre, de pronto..., ¿usted qué cree?

Sí, ya sé, soy una cursi... Como siempre, porfa, tache lo que sea y recomiéndeme cómo arreglarlo.

Bueno, ya faltan pocas horas para volvernos a ver. Lo quiero hermanito,

Lilia.

13. La Nena

¿Sabe qué Marco? Le voy a confesar un sueño recurrente que he venido teniendo desde que nos enteramos de que mi papá anda con moza nueva. Me dan ganas de descuartizar a la golfa esa. Me dan ganas de conseguir un machete como el que tenía mi abuelito Genaro y rebanarle los brazos y las piernas. Degollarla. Por ramera y por puta. Rompe-matrimonios. Caza-cuchos. Busca-fortunas-retrasada-mental que se debe creer que mi papá es millonario o algo así. Machacarla en pedacitos. Sí, me dan ganas de atropellarla. De cortarle la nariz regordeta esa que tiene, esa que arruga pensando que se ve tan tierna. Luego, conseguir un revolver, un calibre .44 que hace un hueco bien grande, y pegarle tres o cuatro tiros. Bang, bang, bang, bang. Dejarla tuerta. A esa que donde puso el ojo puso la flecha, atravesando el corazón de mi papá. Traigo tijeras entre la cartera para estar lista, por si nos la encontramos. ¿Qué tal que venga con ella, Marco? Usted sabe que mi papá es capaz... Y si la zorra esa ya colgó fotos amacizando a papá en el Facebook y en el Viber... ¡Si se la pasa tuiteando ñeradas con referencia a nuestro papá! Pues de pronto viene con él...Unas tijeras que serían la herramienta perfecta para recortarle la melena de pueblerina, de caribeña calentana y sin sofisticación, trasquilarla. Que le doliera en lo más profundo de su vanidad, que al verse al espejo sin pelo se sintiera fea. Que le salieran lágrimas de sangre. Que se le pudrieran las ganas de seguir dándose las de jovencita simpática con carita de yo-no-fui, ¿A estas alturas hermanito? ¿Usted cree que es justo que a estas alturas mi papá esté en el mismo plan de hace 15 años, cuando éramos pequeños y le creíamos las bobadas? No,

hermano, este viejo nuestro es un descarado. Un Don Juan patético y sinvergüenza. No tiene por qué venir ahora a dársele del más bueno, del ejemplar marido, mejor padre, del hombre tan preocupado por su familia, del ser humano de buenos sentimientos. Que se joda. Deje de tocar la batería sobre sus piernas. Quieto que me tiene enervada y me voy a estrellar. ¿No ve que la 26 hacia el aeropuerto está vuelta mierda? ¿No ve que me tengo que concentrar en el camino? ¡Marco, es en serio! Le estoy hablando de algo importante. ¿Usted por qué no me presta atención nunca? ¿A usted por qué siempre le importa un bledo todo? ¿Ah? Por qué cada vez que le hablo se queda mudo ahí, tamborileando tun-tuns y paca-pacas con sus dedos gordos y sus dedos anulares, con sus dedos meñiques. Deje de ser tan vale-verga, tan importa-culista. Son nuestros papás. Además, usted mismo fue el que me mostró la evidencia. Tiró la piedra y escondió la mano, ¿no? O, ¿qué piensa? Dígame qué siente ahora, qué sintió cuando le jaqueó la cuenta de Facebook a mi papá y le descubrió a la puertorriqueña.

¿NADA?

¿Cómo así que nada?

No le creo. Usted está más afectado que yo. Usted que es el hijito de mami y muere por la señora Violeta. Además, imagínese lo que va a sentir la Abu Rosa si se entera. Es el colmo, mi papá cómo no se da cuenta que mi abuelita está que se muere y que éste no es el momento apropiado para volver a coger una moza.

¿Será que me quedo dando vueltas mientras usted se baja a recogerlo? Y así nos evitamos el trancón. Mire esta mierda. Está imposible. Qué pitadera tan horrorosa. Odio este pueblo. Odio este país.

Hola papito de mi vida y de mi corazón. Como estás de churro. Como hueles de rico. Me hiciste mucha falta. Y a mi mamá y a mi hermano también. ¿Cierto Marco?

¡Marco, ayúdele a mi papá! Tranqui Pa, yo lo tengo bajo control, si ya saqué el pase y todo, mira Pa... Mi mamá te tiene una sorpresa... ¿Cómo así que sapa? Marco, no me insulte, que no le he dicho nada, solo le dije que la Señora Violeta le tiene una sorpresa... Que vamos para allá. Ay, papá, por favor...Dile que no me insulte.

Qué rico que hayas vuelto Pa. ¿Qué nos trajiste?

No hablemos de la abuelita porque me pongo a llorar.

14. Violeta

Me falta el aire, no puedo respirar. Estoy atrapada en el eco de las palabras con las que usted me saluda después de diez meses sin vernos. Diez meses, Alfonso. Usted lleva diez meses en California. Y yo llevo los mismos diez meses sola, acá en Bogotá, a cargo de sus hijos, de esta casa, de la perra, pendiente de sus cuentas, de la finca, de su hermana, de su mamá. Siguiendo al pie de la letra cualquier instrucción de la Señorita Margot. Y usted llega y nada de mi amor, o hermosa o bonita cómo te ha ido, cómo estás mi esposa del alma, cuánta falta me has hecho, cuánto había anticipado este momento. No peleemos más, mira, tres meses sin hablarnos han sido horribles. Nada de eso. Nada de ven muñeca y nos besamos, y nos apretujamos. Ven y te cuento todo lo que siento, lo que me asusta de lo que le está pasando a mi mamá. No. Nada de eso. Sólo un gesto rígido en el rostro acompañando la frase más brutal que he oído salir de sus labios: *Violeta, esto que le pasa a mamá...me tiene...yo, no sé qué me pasa... estoy confundido y ya no sé si quiero seguir siendo tu esposo.*

¿Ya no sabe si quiere seguir siendo mi esposo? ¿Desde cuándo no sabe esto, Alfonso? ¿Desde hoy que me vio más vieja, o más flaca, o más blanca? ¿Desde la semana pasada cuando preparaba su viaje de emergencia a Bogotá? ¿Desde que conoció a la otra de turno? ¿Qué logra botándome esta bomba ahora, cuando me ve arreglada y perfumada, cuando sabe que estoy dedicándole mi bienvenida con la mejor de mis dulzuras, dispuesta a seducirlo, a mimarlo? Se me desborona la columna

vertebral, me tiemblan las rodillas, un tic se apodera de mi ceja. Ya no sabe si me soporta. Ya no cree que esta relación funcione. Se ha dado cuenta que nos llevamos muy mal. Ya no sabe si quiere volver a vivir conmigo, en esta casa, con sus hijos. No sabe qué lo trajo hasta acá, no está seguro de cómo llegó, con qué decisiones. ¿No se acuerda de haber tomado ninguna decisión? Mira a su alrededor con desgano, simplemente esto, esta familia, esta institución, este rol, son circunstancias que le han pasado, le han sido impuestas por un destino que no reconoció, y se siente atropellado. Está confundido, no quiere seguir por el camino labrado. El mundo está lleno de infinitas posibilidades, puertos, gente. Necesita ser libre. Necesita tiempo y espacio para poder descifrar esto que está sintiendo. Para buscar las respuestas adentro de usted. Que no sabe qué ha pasado en su vida, que ahora con lo de su mamá se siente que está en un punto en el que debe definir qué es lo que va a hacer antes de que le llegue la muerte. Porque ella está a punto de morir, pero usted o yo nos podemos morir en cualquier momento, y pretender ignorar esa certeza, y vivir la vida como si no existiera esa única verdad, es algo que usted no está dispuesto a seguir permitiendo. Que lo que decida ahora va a definir el rumbo a tomar por el resto de su vida. ¿Cómo así? ¿Qué es lo que ha hecho, lo que hemos hecho en los últimos 19 años? Hemos definido rumbos, y trazado metas, y logrado que usted avance cada día más en su carrera, en su academia, en sus palabras. ¿Tiempo y espacio? Luego qué demonios son 10 meses en California, viniendo a verme solo dos veces, esta última vez pasaron seis meses sin que nos viéramos, tres sin hablar, Alfonso. ¿Cómo así que necesita tiempo? ¿Eso no es tiempo? ¿No se lo he dado? ¿Y tener una casa completamente independiente, a la que yo no he ido, en otro país, eso no es espacio? ¿No le he dado espacio?

Se siente estancado, detenido. Necesita extender su horizonte, encontrar todo su potencial, se ha dedicado con tanta disciplina a todo esto —y extiende sus brazos de

manera histriónica- que la vida sin mí, sin las comodidades de la casa, allá en California, lo hicieron comparar y comprender lo obtuso que ha sido consigo mismo. Que hay demasiadas cosas que necesita vivir, que no ha experimentado, como hombre, como individuo. Ya no va a volver a ser joven, este es su último chance. Que tengo que entenderle. Que yo sabía en qué me estaba metiendo cuando lo convencí de que se saliera de la casa de sus padres y de un brinco se instalara en la mía. No tuvo la oportunidad de vivir su independencia, de cometer sus propios errores, de alcanzar méritos por su propia cuenta, sin mí. Sin todo este grillete. Y concluye con una dosis de auto-ayuda de tres pesos para mí, seguro le entró la culpa ahora que me ha empujado al borde del abismo. Que yo soy una mujer muy valiosa, muy trabajadora, muy inteligente e intuitiva. Que yo me merezco una mejor vida, una mejor relación. No tiene la menor duda de que todo mejorará para mí también. Solo tengo que pasarla bien, utilizar el tiempo a mi favor. Darle la oportunidad a mí misma, sin usted, como lo hará usted, por su lado sin mí, de pensar, de hacer lo que quiera, de redefinir la vida. Me promete que todo va a estar bien, que esta separación nos va a servir a los dos.

Se quita los zapatos y los tira al suelo, en el medio del pasillo, igual a como siempre los ha tirado, igual a cómo los tiraba antes de irse para San Francisco, se sienta en el borde de las escaleras y le da tres palmadas burlonas al piso, una orden para que me siente junto a usted. La que llega corriendo y meneando la cola es Juana, se tira boca arriba y usted le acaricia la panza peluda. La cabeza me da vueltas. El olor de los *brownies* recién hechos que le tenía de sorpresa, y que antes me emocionaba, ahora me hostiga, me asfixia. Marco y la Nena me ayudaron a planearlo todo, ellos lo recogían en el aeropuerto, y me lo traían y se esfumaban. Para que usted y yo pudiéramos estar solos. Y me pasé horas ayer en el salón de belleza. Yo que jamás me le mido a eso. Me depilaron, me hicieron facial, recortaron las puntas, me sacaron rayitos, me hicieron

masaje capilar. Salí como un ponqué recién decorado. Me compré ropa interior. Esta mañana me medí el clóset completo para dar con esta pinta. Me puse los tacones más altos que tengo.

Yo pretendía seducirlo, a usted, el padre de mis hijos, el único compañero de mi vida. Botármele al cuello, besarle la frente, las orejas, abrirle el botón de la camisa y enredar mis dedos en el pelo de su pecho. Quería que me cargara, yo abrazándole la cadera con mis rodillas, presionando mis talones suavemente contra sus nalgas. Que pudiéramos mirarnos a los ojos con esa intensidad con la que solíamos hacerlo antes. Mucho antes de que se fuera a California. Justo antes de que yo le descubriera el papelito con la nota de Susana. El instante anterior a cuando me fue evidente que para usted era imposible serme fiel. Solo un momento previo a cuando yo comencé a tener ganas de ser usted en vez de yo, o de hacerle a usted lo mismo que usted me hacía.

Me siento a su lado sobre las escaleras, en el mismo sitio que su mano señaló con un par de palmadas burlonas, la perra nos separa. Usted acaricia mi rostro. Me dice que me ama. Que siempre me amará. Me estará eternamente agradecido. Reconoce todo lo que he hecho por usted, levantar esta casa, la finca, cuidar de su mamá, de sus hermanos. Que mire la perrita maltratada que me regaló, cómo es de bonita ahora y qué vida tan buena le he dado, un símbolo de todo lo que soy capaz. Una mascota que es la envidia de todos los que nos conocen. Y mientras dice esto le sigue rascando a la vieja Juana la barriga, ella espatarrada y con la lengua afuera. muerta de la dicha de tenerlo aquí. A mí lo une lo más hermoso que podrá existir en su vida, los dos hijos que le di. Que lo que más le gustaría es poder contar con mi apoyo, de repente que le deje las puertas abiertas para volver algún día, aunque sabe que eso me es probablemente muy difícil de prometer. Que usted presiente que esto será mejor para los dos, para los niños.

Que es mejor si reevaluamos nuestra relación desde la distancia, desde la independencia, con objetividad. Desde afuera.

Entonces ahí, ahí mismo me desbarato. Tiemblo. Grito. Lloro. Ya no me importa que usted me vea destartalada. Ni hermosa. Ya no sufre mi orgullo de saber que usted se está dando cuenta de mi dolor. Se me tuercen las mandíbulas con el sabor a lágrimas. El tórax se hincha, y expulsa sollozos en cadena. Se mojan mi cara, mis manos. Soy sorda, no oigo nada, ni siquiera mi llanto. Sólo retumban en mi cabeza cuatro palabras. Ya no me quiere. Ya no me quiere. Soy ciega, veo todo borroso, refractado, líquido, el efecto de las lágrimas en primerísimo primer plano. Es su rostro que se desvanece frente a mí, se derrite. Usted trata de abrazarme, yo lo empujo hacia atrás con toda mi fuerza. Tres segundos más tarde corro hacia usted y me le tiro encima, me cuelgo a su cuello, le ruego. Le ruego que no me deje, no me abandone por favor, no es para tanto, dígame qué tengo que hacer para arreglarlo, podemos solucionarlo entre los dos. Trato de argumentar, mire cómo le ha ido de bien, cómo me está comenzando a ir a mí, mire esta casa tan linda, mire que los niños ya se van a la universidad, mire que a Juana ya no le deben quedar muchos meses, mire que usted todavía tiene un semestre más en California, podemos seguir tranquilos y pensar las cosas hasta que llegue el final de su residencia. Y ahora que se ganaron Margot y usted la beca, pues ahora sí que va a poder viajar y realizar el sueño de su carrera. Yo prometo apoyarlo, como lo he hecho siempre. No hay necesidad de terminar lo nuestro. ¿No cree? Pero los argumentos son un chiste en este momento loco, en este instante de crisis de los cuarenta, de incoherencias oh todas tan putamente *clichesudas*. Hemos invertido casi dos décadas en esto. A usted eso le importa muy poco ahora, precisamente por todo lo que ha “invertido” es que quiere darse una vuelta, darle un giro a su vida. Entonces, a mí me llegó el día de ver cómo esa inversión se convertía en pérdida.

Pero sí. Usted tiene razón, no puedo obligarlo a seguir conmigo.

Entonces me desprendo de su abrazo. Me voy al baño, me miro al espejo, los párpados pegados, pesados como el plomo. Me sueno. Salgo hacia la cocina, usted está frente al equipo de música, silbando, escogiendo qué Mp4 poner. Me dan ganas de matarlo a tiros. Si tuviera un revólver. Quisiera noquearlo con un puño. Tumbarle los dientes. También me dan ganas de acariciarlo, de poner sus manos en mi cintura, de que salgamos a caminar por el barrio cogidos de la mano. Me dan ganas de volver a rogarle, de arrodillarme, de agarrar con fuerza sus tobillos y no soltarlo jamás.

Me detengo frente al horno, y antes de abrirlo paso la mano por encima de la estampa de la Virgen de Lourdes que tengo en el corcho. Rezo. Un milagro virgencita, por favor un milagro. Que se arrepienta, que retire lo dicho, que el mundo de una vuelta en reversa y podamos volver a comenzar. Bajo la refractaria del horno, todavía humeante, y la reposo sobre el mesón de la cocina. Siento su sombra sobre mí. No volteo. Corto los cuadritos de chocolate, los separo, los acomodo sobre un plato. Tomo el colador que cuelga del rack de utensilios junto al extractor, agarro la bolsa de azúcar pulverizada y la echo en el colador, le doy unos golpecitos fuertes de lado y lado sobre el plato y una dulce lluvia blanca cae sobre los *brownies*. Ahora sí que se ven más sabrosos aún. Giro hacia la nevera, ahí está usted, recostado de la puerta que da al corredor de entrada, sus ojitos grises, achinados, mirándome con deseo, su boca carnosa en una mueca apretada, seductora. Me dedica media sonrisa. Yo le sonrío de vuelta, la sonrisa más dolorosa de mi historia personal. Saco el frasco de cerezas de la puerta de la nevera, lo destapo, pongo una cucharada sopera de ellas sobre la tabla de cortar. Las rebano por la mitad y voy colocando una a una, con suma delicadeza sobre cada *brownie*.

Siento su cuerpo por detrás, contra mí. Su erección puyándose el final de la espalda. Me giro, asustada, el plato de *brownies* que sostengo en las manos ahora entre usted y yo, separándonos. Me dice que su confusión no tiene nada que ver con el deseo sexual que sigo despertando en usted. Que le encanta mi vientre, le fascinan mis senos. Que se llena su cabeza de mi sexo cuando está conmigo, y también cuando está lejos. Yo le pongo uno de los *brownies* en la boca. Me aparto.

Nerviosa camino hacia el cuarto, presiento lo que se me viene encima. No está seguro de que me quiera más como esposa, pero sí me quiere follar. Siente una paralizante confusión en cuanto a por qué seguir con esta relación que le atrofia las alas, que le quita ímpetu a su potencial. Pero las ideas de desvestirme, masturbarme y finalmente penetrarme no lo confunden. Entonces abro el clóset y saco el maletín de mano que usted mismo me trajo, y empiezo a empacar frenéticamente. Abro los cajones y sin pensar o discernir qué puede serme útil en esta idea que acaba de meterse en mi cabeza, desocupo todo y lo vuelco dentro del maletín.

Yo soy la que se va. Soy yo la que lo abandona a usted.

Entonces se me abalanza con fuerza y me cruza los brazos, inmovilizándose. Me besa la nuca, la espalda, la cabeza. Que yo no puedo irme, que esta es mi casa, que yo soy la madre de sus hijos, que todavía me necesitan, por lo menos un par de años más en lo que inician sus vidas fuera de casa. Yo trato de zafarme, pero no trato lo suficiente, nos besamos. Que no puedo irme, que me necesita aquí para que cuide nuestra casa, nuestra perra, la finca. Para que siga velando por el bienestar de sus hermanos y su madre. Nos arrancamos la ropa, y ahí, en el piso, nos revolcamos. Que usted sí me quiere, que me lo repite, esto podrá beneficiarnos, para que nos llevemos mejor, para que si no volvemos, por lo menos seamos amigos. Nos hacemos el amor con

nostalgia y con melancolía, con rabia y con odio. Nos tratamos mal. Nos duele, y nos gusta de una manera enfermiza, deliciosa. Nos demostramos tanto deseo, tanto conocimiento, tanta destreza en darnos placer.

Finalizamos y usted se viste rápidamente. Ya no me mira a los ojos. Yo tampoco lo quiero mirar a usted. Debí haberle dado la carta que planeaba. Debí haberle dicho que hace un par de semanas era yo la que estaba decidida a divorciarme de usted. ¿Cómo puede estar pasándome esto ahora? Yo que creía estar dándole un nuevo chance a usted. En control de mí misma. ¿Me entiende? Yo a usted. No al revés como está pasando, nuevamente silbando, rebuscando en la biblioteca de nuestro cuarto, como si nada, viendo a ver qué se pone a leer. ¿Cómo puede ser así de cínico? Egoísta. Egocéntrico.

Suena el teléfono, usted contesta con un par de monosílabas, cuelga. Me indica con un tono imperativo, que me vista, que llamaron de la clínica, que su madre ha entrado en la etapa final. Y yo cómo me voy a oponer a eso. Si yo amo a su madre, probablemente la he querido, o le he demostrado más cariño que usted. Mientras me visto, no me quedo atrás, yo también le doy una orden.

-Llame a Marco al celular y dígame que lleve a la Nena, que nos vemos todos allá.

15. Ivonne

Los zapatitos me aprietan, las medias me dan calor, y cuando miro al cielo... Tengo náuseas. Todavía no he podido encontrar el momento ideal para interceptarte. No he entrado ni a un solo museo, pero ya me estoy conociendo a tu Bogotá de arriba abajo. Ya verás como te sorprende cuando por fin logre que nos sentemos a hablar. Esta ciudad es un revolú. Tanta gente encorvada, todo el mundo abrigado con caras de comemierdas. *Besides*, el frío es muy raro por aquí. En San Francisco hace frío, claro, un viento del cará que te quiere tumbar la nariz de un solo tajo cada vez que sales de algún edificio a la calle. ¿Cuántas veces no me arropaste con tu cuerpo de aquel frío de San Francisco? Pero aquí el frío es bochornoso, húmedo, como si estuviera en temporal todo el maldito día y toda la maldita noche. Si no está lloviendo, está a punto de llover. Y si me abrigo con el reincout me da calor, me pesa, y si me lo quito, me congelo, se me ponen los dedos de las manos, y los labios lila, como de Morticia. Tres días y sus noches cogiendo unas guaguas rojas, llamadas Transmilenio, que no son ni chicha ni limoná. Un intermedio entre la lancha de Cataño -llenas hasta las tetas de gente- y el tren urbano de San Juan -inútiles porque lo dejan a uno botao a legüas de donde uno quiere llegar. Y aunque los taxis son baratos, los taxistas son unos títeres que me cobran una tarifa diferente cada vez que hago el mismo recorrido. Parece que llevan el diablo por dentro, guiando como animales a to' lo que da.

Esta es tu casa. Una casa muy bonita, parece suiza, como de muñecas, con el

techo en teja roja y las ventanas adornadas con materas. Llevo tres días llegando aquí, sentándome en esta banca de parque, justo al otro lado de la acera, esperando verte entrar o salir. Reconozco a tus hijos de las fotos que me mostraste. La Nena hoy salió a las 10 de la mañana, unos minutos más tarde Marco. A Violeta solo la he visto dos veces. Se asomó a la ventana el primer día y ayer salió en pijama a pasear un Pastor Collie, que me imagino es la famosa Juana. Violeta es nada sexi, déjame decirte, con una pijama como las que tú usas, a cuadros, y sin una gota de maquillaje, el pelo recogido con un lápiz en un bollito sobre la nuca. Es flaca, y blanca. Más flaca de lo que me la había imaginado cuando me la describiste y mucho más blanca. No me vas a dejar a mí por volver a esa garrapata. Estoy segura. ¿Cómo podrías dejarme, si te encanto, y lo deliciosa que es mi carne, como tú mismo lo dices, por eso? Esto es fresco y bronceado, con curvas, que te enloquecen. Eso ya es viejo, usado, ya ahí no hay nada nuevo para ti.

Entonces llevo tres días sentada en esta banca, espiando a ver quién sale y entra de tu casa, Carrera 24 C # 121 - 30, se me está aplastando el fundillo, y tú, tú no te me has aparecido. ¿Será que no estás aquí? ¿Será que llegaste y peleaste con ella, como me lo prometiste, y ahora eres solo mío? Estarás quedándote con tu hermana o en el hospital? A lo mejor llegas siempre más tarde de lo que puedo esperar aquí, o te vas más temprano de lo que alcanzo a llegar. ¿Pero por qué no me has llamado? ¿Por qué no me has chatteado ni siquiera por Facebook? Ay. Ahí sale Violeta otra vez. Está arreglada. Lleva el pelo suelto, en ondas, rubio cobrizo. Tiene un sastre puesto, un abrigo azul marino encima, y tacones. La boca la tiene pintada de rojo. Un rojo que chilla en este día gris bogotano. Qué guille. Qué bicha. Se monta al carro, -un Mercedes Benz vintage, -nada mal- lo enciende, se va.

Ok. Este es el momento. Manos a la obra.

Los zapatitos me aprietan, las medias me dan calor, y cuando miro al cielo...

Toco a la puerta. Oprimo el botón del timbre. La cancioncita que tú me tocabas cuando llegabas a mi flat en Polk Street. Ta-tara-ta-ta, tá tá. Un momentito, dos momentitos, tres momentitos. Momentos que son eternidades, las manos me sudan. Se me quiere salir el corazón del pecho. Oigo unos pasos, son de chinelas, arrastrándose por el piso. Son tus pasos, así caminas tú, arrastrando un poquitito los pies al final. Pisadas fuertes al comienzo de cada paso. Abres la puerta. Te sonrío. Se te cae la quijada.

¿Cómo que cómo llegué hasta acá? Pues en avión so pendejo... Pasé tu American Express y ya. ¿Y que qué hago aquí? Nada, se me ocurrió que Bogotá era chévere para pasar el *spring break*. ¡Mamabicho! Vine a verte Alfonso, a hablar contigo, a mostrarte cómo te quiero, cómo somos el uno para el otro, a convencerte de que no te vayas a quedar aquí, que nuestra vida en California y la que tendremos en San Juan cuando nos vayamos a Puerto Rico, es y será mil veces mejor que esta. Vine a acompañarte porque si tu mamá está tan malita, es mejor que yo esté a tu lado para mimarte y darte todo mi apoyo. Que si le pasa algo, Dios no lo quiera, esté yo, tu jevita, aquí contigo. Vente, dame un beso, déjame tocarte, dale. Te necesito, chico, no puedo estar sin ti. Me la paso soñando despierta contigo, te deseo papi, te deseo. ¿Tú no entiendes? Yo no me doy por vencida, yo no puedo dejarte tranquilo porque eres mío. ¡Mío! ¿Me vas a dejar aquí parada, en la puerta? ¿AH? Déjame entrar que tengo que ir al baño. Deja los nervios, nene, que ella acaba de salir, no creo que vaya a regresar tan pronto. ¿O sí? Además, ¿qué? ¿No le has dicho todavía lo de nosotros? ¿No la has enterado de que no piensas volver, de que viniste para lo de tu mamá pero que ya mismo te regresas y que quieres el divorcio?

Pero si ya llevas cinco días aquí.

Y no me escribiste, ni me llamaste. Yo ahí sentada como una cretina, haciéndole i-es-pi-es al iphone para que me llamaras, metiéndome a Facebook a todas horas, obsesiva, a ver si me chateabas, y nada de ná. La noche del segundo día ya no aguanté más y me metí a kayak, encontré un *red-eye* a Bogotá vía Houston y aquí me tienes. Pero, ¿Por qué no me has llamado, ni escrito? ¿Te acostaste con ella? ¡Dímelo! Bueno, está bien, vístete rápido entonces y vamos p'afuera.

Ay, mi amor, me encanta caminar de la mano contigo. No puedo creer que estemos aquí, en tu ciudad, los dos. ¿Estás feliz? ¿Te hice falta mi puchunguito? Deja la tontería, que yo no te voy a hacer ningún escándalo, que puedes confiar en mí. ¿O es que cambiaste de opinión? ¿Cambiaste de corazón? ¿Ya no me quieres? ¿Te arrepentiste de todo lo que hablamos antes de que vinieras? Entonces, por qué estás así de frío, ni fu ni fa como el clima de esta tu ciudad. ¿Ah? Besémonos, mmmm, sí así, rico, despacito y salivado, como dices tú. Dame tu mano, ponla aquí, en mi cucú. Sí, así, apriétame. Vámonos p'al hotel en donde me estoy quedando, ¿sí, mi amorcito? Y nos apretujamos bien bueno. Pero, no te apures por eso, chico, que puede ser un *cuicky*... Está bien, entonces lo dejamos para después. Vamo', yo te acompaño y me presentas a tu mamá, y te ayudo a cuidarla. Pero, ¿por qué no me puedes llevar? 'Pérate. Un momentito. Tengo algo muy importante que contarte.

Estoy embarazada.

¿De qué te ríes? Estás reaccionando muy raro jodío cabrón. ¿Qué pasa? ¿Ah? ¿Qué estás haciendo? No te me vayas, ¿me vas a dejar aquí tirá? ¿Cómo que después hablamos? ¿Después de qué? Está bien. Te espero en el hotel. Estoy en el Radisson del Teleport Center. No tardes mucho mi amorcito. ¿Ok?

Los zapatitos me aprietan, las medias me dan calor, y cuando miro al cielo...

16. Rosa

Lo siento hijo mío. Mi hermoso hijo, tan grande, tan juicioso, tan brillante. Mi bebé adorado. Ni siquiera ahora puedo decir esto, ni siquiera ahora puedo decir nada. Si yo no fuera tan torpe con las palabras... Si me atreviera aunque fuese un instante a romper mi silencio, ese con el que me escapé y ya ni me acuerdo cuándo, de pronto por la época en que decidí que tu padre era el único de los dos que merecía hablar para ustedes, él con su timbre de voz firme y autoritaria, con sus reglas férreas de crianza. Yo tan poco clara, tan insegura, tan ocupada. No puedo, lo siento. Lo siento. Lo lamento tanto. Cómo me duele darme cuenta ahora del poco afecto físico que me atreví a darte, a darles. Haberte abrazado, haberte besado, haberte hecho sentir que yo... Ay. Me está doliendo. Ni me lo pregunté, ni se me pasaba por la mente... Los veo a todos y lo sé, seguro les haría falta que yo les dijera...que les diera más...que les.... Estaba casi siempre atareada, llena de angustias. ¿Alcanzaría el dinero de la quincena? ¿Cuál vecino se quejaría esta vez? ¿Resultaría el menjurje del sobandero para aliviar al enfermo de turno? ¿Dónde estaría tu hermano Genaro? ¿En qué problema se estaría metiendo? ¿Cuándo se acabaría la relación de Lorenzo con esa gringa tan dominante, tan posesiva? ¿Con qué genio llegaría tu padre esa noche? ¿Cuál revisoría habría calculado mal? ¿Quedaría leche en la alacena? ¿Por qué estaría Lilia cayendo en las redes de un hombre casado? ¿Se estaría emborrachando otra vez? Cansancio. Un tren que no paraba. Un tren en el que yo ni decidí montarme porque ni siquiera me di tiempo para preguntarme hacia dónde iba o por qué. No puedo evitar sentirme mal cuando te veo ahí sentadito, leyendo,

y levantando tus ojos grises de vez en cuando, posando tu mirada tierna sobre mí. Cuando me hablas con dulzura y me preguntas cómo me siento, y si ya comí y si me duele algo... me duele no poderte contestar, y me duele que jamás te contesté. Me duele que no te puse cuidado. Y cuando pienso en Lorenzo... O en Lilia... En todo lo que me dediqué a Genaro hijo, sólo a Genaro hijo, el problemático, mi muchachito perdido, que se me perdió, que se me murió... Quisiera... Yo... Más me preocupa Lorenzo, porque tú, tú no saliste a mí, como él, qué desgracia, tú saliste a lo mejor de tu padre, buen conversador, simpático y hábil para los discursos y los debates, divertido hasta en las clínicas. Mírate sacándole sonrisas a las enfermeras, pidiéndole explicaciones a los médicos. Compaginando con Julián como si se conocieran de tiempo atrás. En cambio Lorenzo, como yo, calla. Ay, si pudiera decirle a él que ahora sé que no siempre es bueno guardar silencio, que debe hacer el esfuerzo, que hay cosas que toca decir... que la prudencia puede convertirse en cáncer y después, en pánico frente al final. Que he aprendido a querer a su esposa, pero que me temo que Ashley, se lo termine tragando del todo, que lo desaparezca, que ya nadie, nunca sepa quién es él. Que él sea sólo a través de ella. Como fui yo sólo a través de tu papá. Como dejé de ser yo cuando él se murió. Tengo miedo. Porque ya se fueron ellos y se me fue la vida y no te dije... No se lo dije a ellos. Juro que te amé, y te amo, más que a mí misma. Que el amor de madre es lo más grande que sentí, lo que me da hoy la certeza de que mereció la pena... que no todo fue en vano... Hoy se escapa mi existencia, colgada de un hilito resquebrajado, un hilito de pelusas brillantes que hace un par de días comenzó a rondar mis pupilas, mis tímpanos, mis cuerdas vocales. Una madeja de pelusas que me enreda. No viene pálida, ni viene frágil, no viene oscura. Viene peluda y brillante como ese hilito, y aun así me da miedo. Serán las culpas. Será este maldito silencio. Y saber que ahora, tampoco ahora, entre el goteo helado de la hidromorfona y el zumbido del rivotril, pronunciaré palabra.

Nada te diré a ti, ni a tus hermanos, ni a Violeta, ni a Ashley, ni a mis nietos. Repetiré frases que alguno de ustedes dirá, si acaso. Nada más. Vieja enferma, retorcida y llena de llagas. Solitaria, aun ahora moribunda, ahora que estoy rodeada de ustedes todos, incluso de un amigo-novio que me conseguí para mis últimos tres meses de existencia. Todos a mi lado, y todos tan inalcanzables, tan lejanos. Dependiente, blindada, reprimo las palabras y no soy capaz de reprimir la muerte. La mosca que revolotea en círculos en la esquina de esta habitación -habitación tan blanca y tan limpia que ya la veo amarilla, como la cobija que me trajo Teresa y que me calienta los pies- esa mosca ya casi muere como yo, pero no se dejará vencer, y pataleará y se estrellará con el vidrio de la ventana, y se defenderá porque no sabe que va a morir. Yo no sabía que me iba a morir, así tampoco supiera o tuviera la conciencia de estar viviendo. Y ahora que las certezas me diferencian de esa maldita mosca... Quisiera ser la mosca. Ay. Me duele. Ya no me lo aguanto...ya se acabó el efecto... Ay. "Rescate, rescate, necesito..." Te paras, se para Lorenzo, se paran todos. Julián no me suelta la mano. Tú lo miras como si llevara con nosotros mil años. Los demás hacen como si nada. El último esfuerzo que han hecho por esta vieja que se está muriendo, hacer de tripas corazón y darle la bienvenida a la familia así sea por mis postreras 48 horas al hombre que me acompañó y me hizo reír en los últimos días de mi vida. Ashley sale corriendo a regañar a la jefe, a buscar a algún médico que me aumente la dosis, que se apiade de mí como se apiadarían si estuviéramos en una clínica de su país. El botón, la luz roja, un apunte tuyo mi Poncho, *ay mamá, se me está volviendo drogadicta*, angelillo-diablillo, todos sonríen sus tristes sonrisas, la enfermera... Rescate. Recatada. Eso... gracias. Lástima que sólo oigan de mí la palabra 'rescate'. Lástima que 'rescate' sea la única palabra que logro pronunciar. Lo siento. Daría lo que fuera porque al menos me oyeran decir lo siento, o gracias. Pero no tengo poder. Puedo nada. Postrada. Acabada. Alejada del dolor y otro tanto de la inmediata muerte, alejada sí, y también enajenada. Dopada, tranquilizada, casi-casi

dormida. De razón que no se atreven a mirarme, que me esquivan la mirada, que se ocupan de que yo los sorprenda distraídos en algo que evidencie lo muy preocupados que están todos y cada uno por mí, que subraye lo mucho que me quieren. Sólo tú me miras a los ojos, Alfonso, y me clavas la mirada profunda, y me miras el alma. Tú, el más temerario de mis hijos, el artista, el lector, el menos cobarde. Y la Nena, la nena... esa hija tuya Alfonso, mírala, a ésa no le cuesta trabajo tampoco sonreírme, ni acariciarme. Ni mirarme. Mi muerte no le parece una señal de advertencia de la propia. Mi muerte no le desgarrar el corazón, no se permitirá que se le desgarrar, no mientras yo esté viva, mientras no me haya muerto y la esté mirando. Mientras yo la esté mirando, ella solo sentirá y expedirá por sus poros paz, amor, entereza. Y no porque sea una niña es que enfrenta valiente este espectáculo. O porque no me quiera, yo sé lo mucho que me quiere, yo su “nona”, su viejita “pati-caliente” su “ídola...” No. Es porque sacó tu temeridad, un amor propio independiente, que no la engaña, como a mí me engañaba el mío cuando mataron a tu hermano, cuando desconectamos a tu padre. Un amor propio que me invitó a la fantasía de creer que no había nada que hacer, que aquello era ley, que todo pasaría, que las cosas se pondrían mejor, que al día siguiente amanecería. Nada se puso mejor. De ahí para acá sólo amargura y ocaso. De ahí para acá sólo dolor y enfermedad y ahora... Sí, Alfonso, tú eres diferente a mí, y tu hija también, y ahora es motivo de satisfacción reconocerles eso. ¿Me entiendes? ¿Lograrás caer en cuenta de esta verdad mía algún día? Los otros... Lorenzo y Ashley con su muro de contención contra la idea de su propia suerte, haciéndose los bobos con la realidad de su infertilidad, ignorando la tragedia que significará para él, para ella, para ambos jamás poder engendrar un hijo. Violeta y Marco abrazados contra el dolor de perderme, una conexión de espontaneidad, torrente de sentimientos sin filtro, sin pensamiento. Lilia que se fue de aquí corriendo, con la excusa de su canto, e imaginando susurros que le

prometen al oído que todo saldrá bien, que hay milagros, que mi muerte no será tan terrible como el abandono de Juan, o como el abuso de mi suegro, o los golpes de su padre, que ya se le pasarán las ganas inmensas que tiene de una copa de vino, de un shot de tequila, de una borrachera, por allá en una barra, distraendo todo hacia no pensar en mi muerte... Ay. Alfonso, tú leyéndome poemas de León de Greiff, y la Nena haciéndote coro con su Maya Angelou. Si algo de poder tuviese sobre esta porquería de vida gris de la que ya muy poco me queda, habría pospuesto este desenlace para que alcanzaras a terminar tu proyecto, para que no estuvieras en riesgo de perder tu subvención. Me pesa tener que ser la razón de tu interrupción. Ojalá puedas reanudar todo rápidamente. Esta escena pronto estará en el camino hacia el olvido y espero que tus profesores y colegas te reincorporen sin problema, que Margot logre calmar el avispero, que Violeta se deje de tonterías y termine por apoyarte. Te amo Alfonso, y a tu mujer. Y a tus hijos. Amo a Lilia. Amo a Lorenzo. Como sigo amando a Genarito. Tu padre me los regaló y solo por ese regalo, perdono todo, siempre perdoné. Lo amé tanto que el perdón no era necesario. Así no lo creas, así aquella relación les fuera a todos dañina o incomprensible. Ahora que ya es tarde, que ya no está él, ahora que ya no puedo volver atrás, lamento muchas cosas. Cosas que ya no podré contarles. Y cruzo los dedos para que mi silencio por lo menos me haya concedido el poder esconderles que ni siquiera tú o la Nena se hayan dado cuenta de mis más crasos errores. Errores que hoy sumo a esta hora en la que no tengo más vida. No me amé a mi misma. No me di tiempo ni espacio. No quise tener curiosidades, ni ir detrás de ellas. No me di permiso de ser atractiva, ni de sobresalir. No quise soñar cómo quería que me amaran. No me atreví perderme en mis propios deseos. Nunca creí salirme con la mía. No desee nunca mi muerte, ni mi vida. Le di un pésimo ejemplo a la desamparada de mi hija. Mi única hija mujer no tuvo modelo a seguir, no puedo reprocharle cosa alguna a su autoestima lacerada. Pero quedas tú mi hermoso Alfonso. Reflexiónalo. Háblalo. Vívelo. Haz chistes

al respecto. Escríbelo todo. Y después de ti, queda también la Nena, mi yo anhelado, mi esperanza, mi futuro más allá del fin...Ay. Me duele otra vez...no lo soporto..."Rescate...res-ca--..." Salen todos corriendo, no se aguantan que ya no pueda si quiera pedir mi rescate. Primero Ashley, furiosa, exigiendo a gritos que el médico jefe venga de inmediato a verme. La sigue Lorenzo, tu hermano, tan pusilánime el pobre, pero tan buen hombre, tan buen marido. ¿A quién habrá salido así? Luego Lilia se despide dándome un beso en la frente, resignada, no me mira a los ojos, los de ella están raros, fríos, seguro está pensando en ese bar de mala muerte donde está haciendo conciertos los miércoles. Hoy es miércoles. Tu miras a tu esposa, ella entiende, se pone de pie rápidamente, y toma de la mano a mis nietos, mis únicos dos nietos, tan bellos, tan grandes que están. Ximenita y Marco. Lloran los tres, ella los abraza, se paran al pie de la cama. Violeta me acaricia los pies.

Caminas hacia mí, hijito precioso, amor de mi vida, hombre excepcional. Pasas tus manos por mi rostro, te acercas, más y más, nuestras narices casi se rozan, me miras dulcemente, me sonríes con ternura. Que me vaya tranquila me dices.

Y me tranquilizo.

Y me voy.

17. Lilia

Pero, ¿por qué no me contesta? Siete llamadas perdidas. Perdidas no. Cierro los ojos y veo la imagen perfectamente, se lo hacía a ella cuando estaba conmigo. Oprimía el botón de colgar la llamada en el celular, con una fuerza chiquita, como si el botón fuera difícil, desgastado de tanto uso y luego, una mirada cómplice dirigida hacia mí. Una mirada que parecía decirme, o tal vez que yo quería que me dijera: *ahora no le contesto a aquella, ahora estoy contigo Lilia. Ahora solo eres tú*. Pues ahora necesito que me contestes. Ahora que está muriéndose mi mamá y no fui capaz de quedarme allí.

Ahora solo es ella, entonces aquella soy yo y la mirada cómplice mientras oprime el botón de colgar llamada en su celular no es para mí.

Qué noche tan fría. Llueve, llueve y llueve. No sé quién es Juan ahora, no sé qué quiere Juan ahora, no sé por qué Juan se fue, por qué me dejó esta vez, no sé si volverá. Pero así no esté conmigo, yo estoy con él. Todo el tiempo con Juan. Juan, dentro y fuera de mí. Juan mi pellejo. Juan estaba esta mañana cuando logré un orgasmo operístico y el vecino viudo con aliento a brandy, el de las patillas largas me abrazó con dulzura. Juan está cuando le cambio el pañal a Don Rafa, mientras le froto la crema para la artritis a Doña Catalina, cuando le cuchareo el jarabe camuflado con la merienda a Don Esteban. Juan está todos los días y todas las noches. Juan está más ahora que hace un mes, cuando todavía no se había ido y yo le preparaba quesadillas con huevos revueltos, y nos acostábamos entre las cobijas a ver videos de rock en español en

Youtube. Juan estaba hace un par de horas cuando me maquillé como una veinteañera para subirme a este pequeño escenario y armar dúo con el enfermero gay, al que conocí hace un par de semanas cuando comencé a trabajar en el policlínico. Mauro un desconocido total que ahora es mi mejor amigo. Ahora que no puedo deshacerme de la sombra de Juan.

Mauro aquí, en la barra, echándome chistes y chismes entre bocados de nachos con queso, jalapeños, y *shots* de Tequila. Mauro partido y chillón. Podrá estar el lugar lleno de personas que ya nos aplaudieron en la primera tanda, reanimados por la noche de dúos románticos, oficinistas oliendo a 10 o 12 horas de cubículo, mangas arremangadas, corbatas aflojadas, botones de blusas desabrochados para dejar ver un poco de encaje, de pecas y pezones duros. Personas que quieren sentirse jóvenes así sea una vez a la semana, cualquier jueves que es el viernes chiquito en esta ciudad, o cualquier miércoles *happy-hour-lady's-night*, personas que se soltaron a cantar con nosotros *el tsunami llegó hasta aquí, lo vi venir*, y de ahí en adelante cantarán todo lo que les demos pues les damos lo que quieren. Termino de improvisar el *songlist* y lo pego con cuatro pedazos de cinta en el piso de la pequeña tarima, Mauro se toma otro *shot* de tequila, y nos echamos la segunda tanda. Julieta/Bajofondo, Draco/Ednita Nazario, Cerati/Echeverri, una versión minimal de Juanes/Nelly Furtado, un semifinal con Calle 13 y la Mala Rodríguez, y si sale todo, sale bien, entonces un encore, Enganchado de Bumbury/Christina Rosenvinge, el arreglo que yo misma improvisé en el piano ayer y que Mauro bautizó *un hit*. Las luces están bonitas, son difusas y cálidas. Nos vemos todos tan contentos, los reflectores sobre el escenario no alcanzan a iluminar la verdad. Al menos no la mía.

La borrachera me sube a las cuerdas vocales, y la emoción de cantar, de empuñar el micrófono debería opacar este sucio y soez despecho, pero no hallo

distracción. Estoy monotemática, aquí adentro, en mi cerebro en donde Juan, inflado como nunca, ocupa casi todo el espacio. Aquí en mi corazón que pone el ritmo, acelerado, pero no por estar cantando frente a un público real. Tampoco por no querer equivocarme, ni por la inseguridad que me causa no lograr el efecto de garganta de arequipe de Shakira, o de no acordarme de esas rimas forzadas de la Mala, ni porque no me sienta capaz de alcanzar las altas de Mari de Chambao. Mauro está feliz encarnando a Ricky Martin, *ya no sé lo que pensar, si tu recuerdo me hace bien o me hace mal*, la gente canta, canta duro, canta como si quisieran explotarse. Mi corazón acelerado no por estar cantando, el corazón acelerado porque no puedo deshacerme de Juan. Siempre estoy con Juan.

Mi mamá está agonizando en el hospital y me importa más Juan.

Y cuánto tiempo ha pasado. Cuánto faltará por pasar. Cuánto tiempo maldita sea. En los espejos ahumados de la barra, ahí, patético, mi reflejo. Las raíces negras asomándose, haciendo ver mis rizos rojos mentirosos, escarlata de caja Wella. Rojo que yo misma me aplico, mes tras mes, desde antes, cuando Juan estaba aquí. Tintura que seguro ya no me aplicaré más. Ahora que Juan me dejó. Ahora que ya no soy la misma, la arrojada, la rebelde, la dispuesta a tener una relación no convencional, que por qué iba yo a repetir la pesada historia de mis padres, o a emular las hipócritas relaciones de mis hermanos y sus mujeres. Yo que era capaz de ser la verdadera mujer del esposo de otra. Yo que me creía con la mente tan abierta, mi cuerpo y mente tan libres, capaces de estar en una relación estable con un hombre que jamás se casaría conmigo, ni me daría hijos ni familia, porque todo eso ya se lo había dado a la esposa. Yo que me creía divertida y sensual, la joven amante de un Juan loco solo por mí. Pelo rojo que comienza a hacerme ver un poco ridícula ahora que ya no soy tan joven. Sí, por más delineador con el que intente demarcar mis ojos, se ha desvanecido la intensidad de mi mirada. Se han

arrugado los párpados, las cejas han comenzado a adelgazarse, dos débiles curvas, paralelas a las líneas de mi frente. Ahora ya no tengo que fruncir el ceño para estar de ceño fruncido. Ahora me dicen señora. *¿Le provoca otro Martini, señora?* Me hace gestos el *bartender*, seguro que el dueño nos quiere contentos ahora que tenemos a todo el mundo cantando al unísono, gargantas desgarradas, puños dando golpes contra pechos, paredes sudando de tanta gente afeñuscada. *¿Que si le provoca otro Martini, señora?* Pero no soy señora. Señora es ella que ahora está con él. Señora ha sido siempre ella. Yo soy la otra. Y ya no seré ni siquiera la otra. Seré nada. Si no vuelve.

La señora Rosa, fue la esposa fiel de Don Genaro segundo. *¿Y de qué le sirvió?*

Está buena la ginebra. Fría, ácida, poderosa. Esta ginebra me mima la garganta. Me mima el espíritu. Me puede dar mejor vida esta ginebra. Sí, qué buena conclusión, doy adiós a Juan, adiós a Doña Rosa y bienvenida a la ginebra. Al trago nuevamente, al que sea. Hoy ginebra, después de muchos años de nada. Deliciosa ginebra. Ginebra mezclada con tónica y con mis lágrimas. Lágrimas de mujer ni bonita ni fea ni buena ni mala ni inteligente ni bruta. Lágrimas de mujer común y corriente. Lágrimas de cantante frustrada, de enfermera auxiliar, lágrimas de empleada de medio tiempo. No logro acordarme del sabor de mis lágrimas con whisky. *¿Con ron, vodka, vino?* De ahora en adelante me dedicaré a probar mis lágrimas con todo el alcohol que me caiga en las manos. La ginebra me sabe a Juan, de pronto hallo algún tipo de alcohol en el que lo pueda ahogar, tachar. Desaparecer a Juan.

Todo me da vueltas. El letrero de neón que titila *El Conejo*, las conversaciones de todos, los de aquí, los de allá, los que están haciendo una fila frente a la puerta del baño, los que están empujándose un camino hacia la puerta, con la ansiedad de los que taquean los cigarrillos contra las cajetillas. Hay mucha gente en este barcito. Estamos

apretados. Tengo calor, me quito la chaqueta, luego el suéter y quedo en la camisita de encaje negro que me prestó Violeta, y que me queda apretada. En el espejo de la barra mi reflejo más desnudo, ahora estoy más cerca, pidiendo otra ginebra, los brazos descubiertos. Brazos que ya no son fuertes, ni vigorosos, brazos que ahora son aguachentos. Brazos que a lo mejor ya no volverán a abrazar a Juan. Por más de que sigue lloviendo allá afuera, los carros a toda velocidad de un lado a otro salpicando mugre mojado sobre los andenes vacíos, y está mucho más tarde y por lo tanto más helado, yo me estoy sofocando.

Me tiemblan los labios, sudo. Tres ginebras más, Mauro desfilando cómodamente, a apretujones, con su cola de pavo real abierta, un artista. Ya casi nos toca volver al micrófono. Tercera y última tanda. De repente voy a ponerme de pie, yo también, ansiosa, jugando con un cigarrillo sin prender entre mis dedos y la cabeza se me desata como un trompo, y tengo que dar la vuelta y agarrarme del hombro de...

-Ay, Poncho, qué bueno que haya venido, *me-noh-sssss* mal volvió- Grito, hay demasiado ruido.

Anticipo la vergüenza de tener que admitirle lo mal que estoy, pero igual me siento aliviada, yo sé que usted me va ayudar. Yo sé que con su ayuda lograré que vuelva Juan.

Juan.

-Alfonso, ayúdeme, venga y le cuento, acompáñeme a *fu-mar-mmmeh* este cigarrito ¿sí?

-Mauro, Lilia... Mi nombre es Mauro.

-No me joda Alfonso. -Estoy furiosa, indignada- Si *n-oo-h* quiere acompañarme a *fum-aah-r*, por lo menos ayúdeme con estos brazos. Mire, mire cómo se me ven en el espejo, allí, *deh-tra-ss* de la barra. ¿Ve? Se me está cayendo el pellejo.

-¿Con quién me está confundiendo? Hágame el favor, princesa y le baja un poco al traguito. Ya casi tenemos que pasar a la última tanda. ¿Se emborrachó?

-Yo no *st-oy bo-rraaa-ch-ch-a*, Alfonso. *Res-peh-te!*

-¿Cuál Alfonso, hija?

Es verdad, ¿cuál Alfonso?, si es que ése es Mauro mi nuevo mejor amigo, mi compañero enfermero gay, barítono, mi dúo, y no usted Alfonso Morales. ¡Cómo quisiera que Mauro no fuera Mauro, que Mauro fuera usted, hermanito! Créame, me alegro mucho de lo bien que le está yendo, pero me alegra mucho más que regresó. Así sea para ver a su madre morir. A mi madre, pero más suya que mía. Estoy cansada. Muy cansada. ¿*Cómo así que cansada? ¿Tan rápido?* Me dijo usted en el hospital cuando me les escabullí para venir esta noche a El Conejo, *de qué va a estar cansada si sumercé llevaba años soñando con cantar, ¡Cómo va a estar cansada, si el público le está pidiendo otra!*

No, Poncho, le diría yo. Yo no estoy cansada de cantar. Ni siquiera estoy cansada de los viejitos de mi nuevo trabajo, ni de los tres pesos que me pagan. No estoy cansada de las interminables horas de bus que me toca tomar todos los días para ir y venir del policlínico, ni de las tardes enteras que me la paso en el hospital acompañando a mamá, aun cuando ella ni me habla, ella ni me mira. No estoy cansada ni siquiera de saber que mi mamá sufre más al ver en lo que me convertí, en esta alcohólica anónima, moza de un don Juan que jamás me tomará en serio, ni me dará familia, en esta cantante

chisguera, patéticamente envejecida, luciendo pinta de adolescente en un bar de medio pelo en una ciudad provinciana como lo es Bogotá.

Estoy cansada de esperar a Juan, Poncho. No tengo alientos para superar a Juan.

Por eso, Alfonso, necesito ayuda. Para poner a un lado todo esto de Juan, y hacerme la que todo está bien y darle sonrisas a mamá, hacerme la idiota con el agotamiento, exigirle fortaleza a mi frágil estado emocional. Sí lo sé, no es secreto para mí, sé que hablan de mi locura cuando no estoy presente, y discuten estrategias para ayudarme, porque intuyen que mi alcoholismo está directamente relacionado con lo que le pasó a papá o a mi hermano. O con lo que no se atreven ni a pensar pero en el fondo saben me hizo mi abuelo. Lo sé todo. Conozco el pánico que sentirá Lorenzo cuando descubra que volví a tomar, y sé exactamente lo que la gringa le dirá, *she hasn't touched bottom, honey, she needs to touch bottom*. Tocar fondo, arrastrarme por la tierra para descubrir el meollo, el verdadero punto de origen de este problemita mío. Un meollo que seguramente sí, tienen razón todos en preguntárselo, tiene que ver con Genaro padre y Genaro hijo. Definitivamente con Genaro abuelo. Con mi suerte de haber nacido única niña en la familia de aquellos tres degenerados. Tres amores de mi vida que me victimizaron. *Una en la frente la que más dolió, otra en el pecho la que le mató y otra miente en el noticiero*, cantarían Ana Torroja, cantaré yo dentro de unos minutos, gracias a los hermanos Cano. Y usted, mi hermano, mi verdadero mejor amigo de siempre, y mamá y Lorenzo y Ashley, y la Flaca y hasta sus hijos me pueden recibir con abrazos y comentarios casuales acerca del clima, pero yo lo sé, siempre lo he sabido. Están tanteando qué tan mal estoy, qué tan cerca de chupar botella. Ay, qué risa. Me da tanta risa. Toda esta gente esperando a que me suba al diminuto escenario con Mauro a cantarles canciones de amor o de despecho, que vienen siendo las mismas canciones, y

ustedes, mis hermanos, mis cuñadas, mis sobrinos, mi madre, todos esperando a que yo salga por la puerta para darle rienda suelta a sus afanes, a sus debates: *Lili debería cambiar de entorno*, opinaría Lorenzo, *cantar, mi tía lo que tiene que hacer es cantar*, interrumpiría entusiasmado Marco, *no sea imbécil, no ve que para cantar le toca frecuentar los sitios que precisamente debe evadir*, gritaría la Nena, *lo mejor sería que Lili terminara con Juan*, sentenciaría mamá, *cómo se les ocurre semejante locura*, remataría usted, Poncho, *Juan es el único que ha logrado mantenerla sobria*. Qué risa. Usted sabe por qué tengo la ginebra en una mano, el micrófono en la otra, y le coqueteo desfachatadamente al homosexual con el que estoy haciendo un dúo. No puedo frenar esta mente. La música me eleva. Mi alma se emborracha hoy, después de diez años. Diez años, diez hermosos años. Diez años llenos de melodías silenciosas. Diez años de caricias apasionadas, desesperadas de Juan. Diez años que hoy terminan.

Veo tantas personas rompiéndose el cuello, *nada de esto fue un error, nada de esto fue un error*, mi socio y yo cantando lo más Andrés Calamaro y Paulina Rubio que podemos. Mauro en un trance de dicha, tanta dicha de ser el culpable de tal algarabía, de tal recocha, de toda esta seducción en este bar de paredes sudorosas, en este miércoles de dúo romántico, el espejo de la barra bloqueado de mi vista por todas esas manos entrelazadas. Decenas de bocas pegadas a los vasos vaciándose de tequila, de mojitos, de *cosmopolitans* y *martinis lychees*, de cervezas águila, club Colombia y costañita.

Todas esas bocas besándose con otras bocas.

La boca de Juan, Poncho, no voy a poder vivir sin la boca de Juan.

-¿Quién me consigue *oh-tra-a* ginebra, *p-or-fah*?

-Camine Lili.

-Ponchito, estaba peh-n-sah-n-doh en us-ss-téh, quéh-rih-coh que haya veni-doh...¿quieh-re oírme can-tahh? Está bueníh-ssssimo...¿cierto, Mauro?

-Ya se murió, Lilia. Mamá está muerta.

18. Margot

Son exactamente trece los miembros del comité de aprobación de la subvención. Están sentados a lado y lado de una mesa negra que brilla tanto que no parece de madera. Dos hileras de seis y seis libretas de apuntes nuevas, un lápiz de punta recién afilada, sobre cada una de ellas, maniáticamente puesto a la misma distancia y en el mismo ángulo para todos. Vasos de vidrio vacíos e impecables, frente a cada libreta, refractan la luz que viene de la enorme lámpara araña que cuelga sobre la mesa. Destellos de luz que al principio me ciegan, pero que poco a poco me irán tranquilizando.

Un representante de cada uno de los departamentos involucrados, *English*, *Spanish*, *Latin American Studies*, Lingüística y Filología. También está la asistente personal del Decano de Medicina, el Director de Fisiatría, y una de las profesoras invitadas, argentina, encargada del programa de fonoaudiología. Cuatro de los ocho estudiantes de doctorado que nos asignó la Universidad para la investigación, los norteamericanos, Jennifer Morello, Randy Meyer, Joshua Martínez y Lindsay García. En la cabecera, con una cara de displicencia que me generó inseguridad en el acto, Mr. Liebergot. Sí, Alfonso. A la reunión asistió Mr. Liebergot. La máxima autoridad de la Universidad de California en San Francisco. El Rector que lo entrevistó a usted por teléfono, y que nos contrató por correo electrónico. El mismo que usted no logró conocer en persona en los 10 meses que estuvo acá. Que no pudo darnos una cita en su oficina,

ni siquiera para entregarnos las certificaciones para iniciar la investigación. Todas estas personas, con caras de preocupación, esperando a que yo entrara por la puerta, me sentara y les explicara qué carajos nos estaba pasando.

¿Ya dedujo la importancia que tuvo a nivel institucional su decisión, cierto?

Bueno. Pues yo me pongo la mejor sonrisa que logro, saludo a todos desde la puerta, y me siento con parsimonia a conectar el ordenador a la pantalla inteligente, de muchísimos pixeles, oprimo el botón y empieza a bajar despacio, haciendo su sonidito robótico, encogiéndome más de la tensión. No aguanto la tensión. Mientras tanto, Carolina y Sergio, nuestros ayudantes, traídos desde Bogotá, reparten las carpetas argolladas, gordas, de mil catorce folios cada una. Mr. Liebergot ojea la suya sin mucha atención, la deja caer sobre la mesa, y después de él, todos los demás hacen lo mismo.

Aclaro mi garganta. Introducción, nudo, desenlace. Ya les informo a todos que usted está enterrando a su madre. Les aseguro se pueden sentir tranquilos que yo lo represento al pie de la letra, que yo soy solo su megáfono, su parlante, incapaz de socavar o cambiar sus instrucciones, su dirección. Ya lo desembucho. De una sola vez: antes de este viaje de emergencia usted lo había decidido: era mejor llevarse el centro de la investigación a la Universidad de Puerto Rico.

Tosen. Se acaloran. Comienzan a aflojarse las corbatas, a tomar sorbitos de agua y a rascarse el cuero cabelludo. Thompson y García-Smith intercambian miradas de complicidad, sí están estáticos, creen que ahora tendrán una segunda oportunidad, que seguro lo someterán a votación y nuestra plata será re-asignada a ellos. Liebergot me mira por encima del marco de sus gafas. Siento que me voy a desmayar.

Entonces saco el as de bajo la manga. Proyecto en la pantalla el esquema de producción con la colaboración de la UPR. Ahí está, todo sigue tal cuál lo planeábamos,

no hay necesidad de que usted se quede en California. Para eso están Joshua y Jennifer, ellos son capaces de manejar la operación californiana. Ahora contaríamos con dos bases. Usted viaja del Caribe a San Francisco una vez al mes. El proyecto sigue a nombre de la Universidad de California en San Francisco. Colaborar de esta manera, asociarnos con la Universidad de Puerto Rico, nos da la ventaja de poder acceder a un poco menos de un millón de dólares adicionales del gobierno federal. Además, están dispuestos a enviarnos a dos de sus mejores profesores de planta, ustedes escogen, a cambio de un acuerdo de *skills transfer*. Sus nóminas seguirían a cargo de la UPR. Sus hospedajes y alimentación también. Profesor Morales cree firmemente que una estructura inflexible, inmóvil sólo iría en detrimento de nuestra ambiciosa investigación. Todos en esta sala de juntas estamos de acuerdo: detrás del movimiento mismo de dos idiomas, de su fusión, está el nomadismo de sus interlocutores.

Liebergot mueve un poco la cabeza, es como si estuviera apenas asintiendo, abre la carpeta y empieza a pasar hoja por hoja con repentino interés. Thompson y García-Smith secretean, están muy alborotados.

Me piden excusas, pero que por favor salga de la reunión, que necesitan debatirlo, deliberar apreciaciones, pros y contras, sin mí. Que por favor vuelva en un cuarto de hora. *Give us fifteen minutes Professor Vélez*. Claro, yo entiendo. *Off course*. Salgo. Camino por el corredor hacia el ventanal y me quedo allí, admirando este campus tan maravilloso. Recuerdo cuando estábamos en Bogotá y usted me mostró los folletos. Las fotos registraban una universidad inmensa, y bonita, pero nada como ahora. Está haciendo frío, aunque el sol brilla y las jardineras con hortensias se ven más azules y moradas que nunca.

Todo en la vida se acaba, Alfonso. Empezando por la vida misma. Alguna vez lo

discutimos y llegamos a la misma conclusión, nada del otro mundo, todos los seres humanos llegamos a ella, es nuestra única certeza. Los ciclos se cierran. Me gustaría estar a su lado ahora que ha muerto Rosa. Ahora que sé perfectamente el inmenso dolor por el que debe estar pasando. Ahora que presiento está muy cerca de pedirle el divorcio a Violeta. Ahora que está a punto de cambiar su familia por una relación efímera con una mocosa. No tengo la menor duda, le irá muy bien en Puerto Rico, increíblemente estos cambios van a catapultar aun más la investigación. Pero con Ivonne, bueno, mejor me reservo mis pensamientos. Usted sabe.

Vuelvo a la sala de juntas. Liebergot se para y se me acerca, con una gran sonrisa en la cara. Me extiende la mano y se la estrecho. El cambio está aprobado. Sólo habrá que redactar un otrosí en el contrato y listo. Thompson y García-Herreros están verdes de la ira. Pero se ocultan tras caras de póker, también se me acercan, me estrechan la mano. Le mandan saludos a usted, queridísimo Profesor Morales. Mi jefe, mi socio, mi dupla laboral. *My partner*. Un ciclo de cinco lustros. Una relación profesional que si fuera un matrimonio estaría celebrando sus bodas de plata.

Alfonso, yo no voy más. Esta es mi renuncia. Irrevocable. Me han ofrecido la residencia en Berkeley y voy a aprovechar para sacar el doctorado en Literatura. Quiero hacer una vuelta en u y regresar a las letras. Ha sido muy emocionante todo esto del laboratorio, estoy muy orgullosa de nuestros hallazgos y publicaciones. De haberle seguido la cuerda Alfonso, y haber aprendido tanto a su lado.

Así como usted, yo también quiero comenzar un nuevo ciclo en mi vida.

19. Ashley

Hola Alfonso. Le dejo esta nota en vez de la prescripción médica para las pastillas de las que le hablé a Lorenzo. Esto es muy delicado, y *sorry* pero ya que me dio semejante espacio para entrometerme, lo voy a hacer. *This matter, It is very much my business.* Es una irresponsabilidad que usted compre tales pastillas y se las administre por su cuenta a la mujer que sea, son peligrosas y no del todo eficaces.

I will not take any part in that.

Es mejor que vaya con la mujer a la siguiente dirección y pregunte por el Dr. Andrés Vallejo. Deberá hacerlo en horario nocturno, pues como usted debe saber las leyes en este país siguen siendo muy estrictas para este tipo de cosas, y estos médicos de “Ayúdame” arriesgan sus licencias y profesiones. No hay letrado ni nada, es un punto de atención clandestino al que usted debe acceder con mucha discreción.

Espero que mi sugerencia en algo le sirva para arreglar su problemita. Ahora bien, *hear me out: you cannot keep this secret from your wife. It is not fair.* Le doy hasta el sábado para que usted mismo le cuente a Violeta, o si no, lo haré yo.

Att,

Ashley.

20. Teresa

Entra como si nada y yo aquí recibéndolo como si mucho. Por favor, los zapatos en la entrada. Tranquilo, yo le aviso, igual, le garantizo que tengo alto el umbral aguantador de pecueca, jo jo, gajes del oficio. Qué chiste tan flojo. Reconoceré siempre, hacia adentro, que con usted no me fluye el sentido del humor. Usted que camina hacia los ventanales y asume el impacto que le generan los 360 grados de una Bogotá soleada. Supongo que sí, le contesto, se progresa en la partería y la prestidigitación, y levanto mis manos para hacer el símbolo de comillas en el aire mientras vocalizo exageradamente la palabra prestidigitación. Una frase que de alguna manera me elogia, así sea pomposa y un tanto burlona, porque la siento auténtica, -usted y su lengua cuchilla, su verbo elaborado, su cariño lección, su tufo condescendiente, su conocimiento en competencia. Pero todavía hace efecto la choco terapia que saboreé de postre en Verde Oliva al almuerzo, así que ando conectada con el polo positivo cósmico. Además, ¿por qué no ha de ser espontáneo su asombro? El mobiliario de ratán, los espacios Feng Shui, la cercanía a las montañas, el parquet pulido, la cama enorme cubierta por el edredón de vellón fucsia, son símbolos de magnífica evolución. Lejos estoy de la pieza de una sola y diminuta ventana, en un sótano del bajo Chapinero, en donde pasábamos los tres noches enteras, enruanados, intercalando *cassettes* de U2 y Soda o echándonos el I Ching. La energía que aquí se percibe está controlada por mi respiración, yo centro, poder tierra, una mujer, nada queda aquí de aquella chiquilla. Avanzamos hacia la terraza, descubre el invernadero. Son mis plantas medicinales le explico. Amapola

silvestre, caléndula, hierbabuena, ruda, árnica, ajo, col, hinojo, limonaria, menta, aloe vera, astromelia, valeriana... No, aquella es ajeno, pero ¿sabe?, usted tiene razón, se parecen. Mire, allá sobre el primer escalón, esa sí es violeta. Silencio largo, sus manos apretadas entre los bolsillos, torpemente me sonrío. Lo invito a subir, hacia mi consultorio. Caballerosamente, -o dañado, no creo que haya cambiado-, me deja subir a mí primero. Encaracolándonos hacia arriba, los dos, usted detrás de mí, sé, lo presiento, su cabeza a la altura de mi enorme trasero. ¿Le parece? Qué raro porque sigo igualita, ni un gramo menos. Usted en cambio está más repuestico, hasta guapo. En realidad está pálido, ojeroso, arrugado, pero mejor no se lo digo. ¿Quiere algo de comer? ¿No? ¿Seguro? Porque tengo unas galletitas de granola que están para delirar, o un *dip* de queso de berenjena que... Vale, espere un momento mientras preparo algo que le va a quitar esa sed de *uans*. Los móviles, como a casi todos mis consultantes, cumplen su función y lo hipnotizan. Ja, el profesor-casi-doctor míster cínico de repente alucinado. Saco el agua de ozono de la vieja neverita y reburujo en la repisa hasta encontrar el frasco de especias. Sí, le contesto con una gran sonrisa, pensando que en los cinco años que llevo acá nadie había atinado, efectivamente, a la derecha está Andrómeda y esa, atrás, la Osa Menor, aquella El Dragón... No, ésa no la colgué, pensé que era mejor pintarla. En las paredes, el techo, el piso...! ¡Bestia peluda! ¿Cómo, no lo ha notado? ¡Estamos parados en ella! ...Ja, ja, tiene razón... Una reproducción un tanto artesana de nuestra galaxia. También es el vientre materno, chévere, ¿cierto? Gracias. Acá le dejo, está helado. Menjurje no, refresco, y muy sano, ¿oyó? Una veladora por aquí, otra por...acá. La cajita de la verdad, a ver... ¿Están completas? OK. Estoy lista. Y para el toque final: ¿Enya, Tangerine Dream o Bryan Eno? Usted elige. ¿Ratatat? No, qué pena, 'mi no conocer'... ¿En serio? Debe ser muy bacano, y téngalo por seguro que lo yutubiaré. Claro que hay Vangelis. Empezaremos entonces con Ask the mountains, ¿le

parece? Vale. Al piso mi querido Alfonso Morales. No sea tolondrín profe, ji, ji, para eso está la alfombra. Eso, ahí mismito.

Me acomodo frente a usted en posición seiza. Con un gesto le pido que enderece su columna, le demuestro el ejercicio de respiración. Shhhhhhh. Uno, inhale, ieeeeemfffff, dos, fiiiuuuooooohhhh, exhale. Entonces le susurro que cierre los ojos. Me aseguro de que no esté incómodo, cerrando un poco el ángulo de sus rodillas, aflojando un poco el cruce de sus piernas, masajeando el arco de las plantas de sus pies. Otra vez, vamos. Uno, inhale, ieeeeemfffff, dos, fiiiuuuooooohhhh, exhale. Ahora, despacio, abra los ojos. Y cómo, pienso haciendo un esfuerzo enorme para que usted no me pille, esos ojos que siempre recordé grises, en este momento crepuscular, me dan la impresión de ser negros. Unos ojos renegridos que siguen con curiosidad el movimiento que mi mano izquierda hace sobre el kilim al abrir un abanico de cartas en sentido contrario a las manecillas del reloj. Mientras mezclo con rapidez, debo darle una última oportunidad, cualquiera tiene el derecho a claudicar.

¿Está seguro?

¿Estaré yo segura?, me golpea, súbito, el tormento. Aunque Violeta y yo somos mejores amigas desde los seis años, y siempre me he ufanado de saber lo que le conviene, incluso mejor que ella misma, no puedo calmar mis nervios. El recuerdo me aplasta, los ángeles deben estar intentando decirme algo...Sí, es Ezequiel...flashes que aplastan mi aura, y lo veo, clarito el recuerdo. Agosto 8 del 88. La Flaca llama a advertirme, me presentaría al futuro padre de sus hijos, al papacito más delicioso de toda la universidad. Lo sé ahora como lo he sabido siempre, me falló el instinto. Todavía tenía mucha historia personal por chulear, yo, ingenua e inexperta, sorda a la sintonía energética, cómo aplastaba entonces mi instinto, mi intuición. Usted y su melena larga y

roja en la que ella venía ensartada haciendo churuscas, y sus comentarios violentos que nos hacían reír risitas alarmadas, y sus manos con las que le frotaba la espalda, los dedos nerviosos con los que le callaba los labios para besarla, me confundieron. Teníamos veintidós años, usted tal vez veinticuatro o veinticinco. Me tomó un tiempo largo -¿días, semanas, meses?- leerlo, traducirlo, interpretarlo, y sentir el horror de llegar tarde a la conclusión de lo nocivo que resultaría para ella engancharse con usted. De ahí en adelante, lo conocí como a la palma de mi mano, adiviné cada desplante, predije cada desencuentro, presentí cada ruptura de promesa. Ahí estuve, sin embargo, aguantándomelo, con amor incondicional por ella, más que nada, y años más tarde, cuando ya me tenía aborrecida el andar repitiendo la repetición, por los chicos, esas criaturitas que estas dos manos trajeron al mundo. Son, eran, ustedes y ellos una hermosa familia. Y aunque no vaya a poder decírselo nunca, también aprendí a callar por usted. Porque a pesar de no estar de acuerdo, y a menudo querer tragármelo, desaparecerlo, aun cuando es a mí a la que me ha tocado recoger los pedacitos de Violeta regados por ahí, perdí la cuenta cuántas veces, me resigné a hacer parte tácita de la dinámica. Por que yo a usted lo quiero, y lo conozco con toda su indescifrable energía, su taimado aunque mullido corazón. En ocasiones me he sentido culpable por quererlo.

Pero en este instante, como un chispazo, su silueta me sobresalta, no la reconozco, es la de un extraño. El fósforo con el que prendo las veladoras sigue sonando, amplificado su eco por el silencio rotundo que hay entre usted y yo. Mientras soplo justo a tiempo para no quemarme, lo miro a usted de nuevo, y es ahora que caigo en cuenta. Ya sé qué es lo que no me cuadraba: jamás, hasta hoy, le había visto tomar en serio mi rollo. Es la primera vez que me siento respetada por usted.

Juá. Juá. Ser-de-luz será el culo de su madre en bola, me dijo alguna vez.

Juá, Juá. Hagamos un trío que tengo antojo de jamoncito, sus nalgas enormes y deliciosas contra mi pelvis.

Juá. Juá. Usted lo que necesita es que se la coman rico, gordita, que le aprieten esas carnes, que le quiten esa virginidad que me la tiene tan amargada, se despidió de mí en la última pelea entre usted y su esposa.

Pero eso ya está en el pasado. Corrió, se lo llevó el río de mi autosanación, y como la Dra. Pinkola Estés, yo también *estoy hecha sobre la tierra y con cuerpo extravagante...* Así que tranquila, centra tus chacras Teresa, no te dejes llevar por la inseguridad, afianza tu sabiduría emocional, sintonízate con tu mujer loba, con la pacha mama que eres tú y es tuya. En unísono con la corriente del instinto. Retomo. Le recuerdo lo que hablamos hace unos días por teléfono, la importancia de estar sincronizado, le reafirmo que estoy contando con su apertura a creer en la acausal conexión de Jung. Ceremoniosa le explico: usted está a punto de entrar a la lógica de los mitos, de los sueños, de los deseos. Levanta su mano en gesto de juramento, me da su palabra de hombre. Le enuncio la instrucción que caracteriza el inicio de cualquier sesión, no piense en nada por ahora, mente en blanco hasta que yo le avise. Mi mano izquierda vuelve al mazo, corto uno, corto dos, corto tres. Sacudo los dedos. Mi mano derecha suda, no sé por qué sigo nerviosa, empuño mi falda, recogéndola y dejando al descubierto la rodilla redonda, que ahora brilla, cobriza. Sus ojos se distraen por un segundo sobre ella pero casi inmediatamente levantan el ángulo con recato, tal vez vergüenza, y se cruzan con los míos. A lo que vinimos, pienso, y sus ojos más negros aun, tintos, como si oyeran mis pensamientos, vuelven a clavarse sobre el naípe. Mezclo. Corto en tres. Mezclo. Corto en tres. Deslizo las tres partes hasta juntar todo y con un golpe seco posiciono la baraja entera en todo el centro, equidistante a usted y a mí. Ponga su mano izquierda aquí. Qué pecado, pienso, está tan fría. La aprieto brevemente.

Le ordeno sin acento alguno, sin énfasis. Es tiempo, haga su pregunta en voz alta.

¿Qué?

Me niego a...

Retiro las cartas con desagrado, debo controlarme, esto no es profesional. No puedo creer que se haya atrevido a usarme a mí para esto. Yo juraba que la enfermedad de su madre..., me hizo creer que la inminencia de la muerte de la que lo trajo a este planeta, la que le dio vida, era lo que lo había traído hasta aquí. Qué ilusa, como si usted fuera tan común y corriente como ése que me dio su palabra, de hombre, já, de marrano será, de no consultarme nada acerca de la Flaca. Maricón del diablo, qué tan fácil cree que soy... Qué va a entender usted los conceptos conflicto de intereses o ética de confidencialidad. Qué va a ser usted así de normal, por Dios. Si lo sé y me lo conozco de todos estos años, usted razón, usted ironía, usted ególatra de mier-- Calma. Es precisamente...claro...pero sí es obvio...yo sí creo en el Tarot, soy la *maestra*, y aquí debe haber una pequeña oportunidad de iluminación, de encontrar una relación significativa. Así es que vamos a obtener su respuesta. No puedo engañarme. Por supuesto que lo sabía, a qué otra cosa vendría a mí si no era a que yo le desembuchara algún chisme de Violeta. A que lo ayudara a retomar lo inasible. Cuando ella se entere me va a matar. Ay juelita, ángeles y santos, deidades y patronos, conéctenme a la luz que quiero volver a ser fuente clara y no esta maraña que confunde. Vamos a ver qué nos dicen ellas. Ellas nunca mienten. Yo prometo decir la verdad. ¿Oyó? A usted, pero también a ella. Abro y recojo nuevamente el abanico, en dirección opuesta a las manecillas del reloj y produzco primero uno y luego otro montículo, soltando una a una las cartas, que me dan la impresión de caer en cámara lenta. Júntelas, le ordeno casi con rabia. Extiendo mi mano derecha. Póngamelas aquí, ahora pronuncio con miedo, toda mi

energía enfocada en la súplica de que no sea éste oráculo de reconciliación. Ay Teresa, pienso, en la que te has metido, tú sabes mejor que nadie: quebrar aquella hebra que los tenía atados no fue fácil y el embrujo fue un amarrado que casi mata a la pobre... diecinueve años de matrimonio, un divorcio que todavía no es hecho... ¿Y si mi destino es ser perpetua celestina de un agujero negro? ¿Qué hará Violeta si me toca decirle que debe volver con usted, maldito, que está escrito en su destino? ¿Qué no puede mi Violeta, frágil, eludir este karma?

No conozco un valor mayor que el necesario para mirar dentro de uno mismo.
Gracias, Osho. Debo reconocerle a este mujeriego por lo menos eso, la valentía. Entonces ahí va.

La primera, arriba, la más cercana a usted. El Tema. Emperatriz, al derecho. La segunda a mi diestra, en el centro, a su siniestra. El Ermitaño, al revés. Abajo, la más cercana a mí, la tercera: del futuro, El Carro, al revés. La cuarta, a mi derecha, a su izquierda. El Emperador, al revés. En el centro, núcleo, la quinta, del futuro también, como la tercera: El Juicio, al revés. Con solemnidad, la de siempre, profeso, voz alta con intención de dulzura pero contundente. Se siente perdido en su actual relación. Emperatriz, extranjera, determinada, diferente a usted. El Emperador, patas arriba. ¿Lo ve? Arriba y abajo, blanco y negro, joven y viejo. Ella lo domina, a pesar de que lo está mirando, lo contempla, usted no va a poder evitarlo, va a perder su poder ante ella. Una sarcástica curva comienza a estirar las comisuras de sus labios. Se atraganta con el refresco de flor de Jamaica y jengibre en las rocas. Se atora, le alcanzo un poco de agua de cáscara de piña, al clima. Tome despacio, respire profundo. Usted tose un poco, se calma, asiente. Es un gesto para que yo continúe, o así lo entiendo. Señalo la segunda. El Ermitaño, boca abajo. Se siente solo, y calla su disgusto por orgullo, se recoge, se dobla a sí mismo, hacia adentro, una y otra vez, hasta volverse muy duro y chirriquitico.

Le tiene miedo a repasar lo ocurrido. Puede tratar de aparentar que no le importa la situación, pero es ¡mentira! Mire, está de espaldas.

Su aura comienza a apagarse, destellos de azul y verde se escapan. Lo sé, en esta milésima de segundo aterrizo melancolía. Antes, cuando todavía no se había marchado, y lo miré por última vez en su casa, respirando el rol de papá, de esposo, de hombre asumiendo su madurez, aferrado a la rutina e importancia que Violeta creaba para usted, alrededor de usted, el aura irradiaba una luz púrpura. Entonces, yo no podía inventar otra cosa, o hacerme la loca, tenía que admitirle a ella, amiga biológica, hermana adoptiva, que así no se convinieran, así los astros perdieran sus órbitas -un acuario y un escorpión no se cruzan jamás, se atropellan- este era un caso excepcional. Alfonso para Violeta. Violeta para Alfonso. Y hace un par de semanas, quizás, cuando usted estaba todavía en California, o cuando Violeta acudía a mí para que le cantara la tabla del yo-te-lo-dije por enésima vez ¿cuántas mozas más le vas a perdonar, Flaca?, para luego consentirla asegurándole de a mentiritas blancas que todo iba a estar bien, ella sufriendo la certeza de que no sería así, que a usted nadie lo cambiaría. Quizás entonces habría disfrutado la verdad que me dicta para usted el oráculo. Pero hoy, me rehúso a sentirme satisfecha, a que me satisfaga su presagio la sed de venganza. Pongo la palma de la mano, rígida, completa, sobre El Carro. La situación persistirá, hacia el pasado ya no hay retorno. Volteo mano hacia arriba, sobre el centro. El Juicio está al revés. ¿Entiende? Claro que entiende. Entonces, puedo descansar y restregarle disimuladamente en la cara que a pesar de su pregunta, La Emperatriz no es Violeta, y la que sí lo es, está atenta a todo, lo afecta, lo domina. Es una mujer, una niña tal vez, que es radicalmente diferente a usted. Déjeme advertirle que usted tiene toda la razón en presentir un desastre, culmino. En mi cabeza, vindicación satisfecha, un grito: ¡enhorabuena, Flaca!

La carcajada estruendosa y triste me enfurece. Recojo el naípe de un solo tirón. Soplo las veladoras. Enciendo la luz, el azul del cielo es profundo, me abalanzo hacia las escaleras. Estoy a punto de echarlo, cuando me pide perdón, ya no ríe, ahora está a punto de llorar, se le quiebra la voz. Bajo las escaleras a toda prisa. Usted me sigue, deslizándose. Llegamos a la terraza apenas iluminada por el crepúsculo urbano. Usted se arroja sobre mis caderas, me abraza, y suplica ayuda. Alfonso, por favor. *Si quieres que otros sean felices, ten compasión, si quieres ser feliz, ten compasión.* Sube el volumen de pitos de automóviles, de buses. Una que otra alarma, dos ambulancias. La hora pico está comenzando. Poso mis manos en su cabeza y lo acaricio, son cariños maternos. Me siento ajena. Seducida por el momento, como tantas veces me he sentido en su presencia, quisiera ser su heroína y prometerle mejores vaticinios. Cae un relámpago. Lo halo hacia arriba y acerco su rostro al mío, entre mis dedos sus rizos rojizos, canosos. Suena un trueno. Busco los ojos negros pero encuentro que han vuelto a ponerse grises, casi transparentes. Cae una gota. Caen dos, caen mil. Armonía, arreglos eclécticos para la melodía del Dalai Lama que murmura en mi cabeza. *La compasión es la raíz de todas las formas de veneración.* Usted es un ser de luz, le digo. Confíe. El universo siempre, siempre conspira. Pienso que nuestra tarea es fluir, sólo podemos fluir. Se lo ordeno: fluya. Nos besamos. Diluvia.

¿Y ahora qué demonios voy a decirle a Violeta?

21. Ivonne

Mi currucuhito, llevo tres horas esperándote. Me llamaste al hotel y me dijiste que acababas por ahí a las 10 de la noche y que nos encontraríamos en El Gallo Records de la 82, y aquí estoy, meneando las caderas, alzando los brazos, entre desconocidos. Tomé una guagua común y corriente, llegué valiente y solita, pagué el cóver, guardé el abrigo, hacía tanto, pero tanto frío allá afuera... Bogotá piragua y yo más perdida que'l hijo-e-límber. Pero más perdido tú, ya son las doce y media y nada que llegas. *Anyways* acá está bueno el calor. Paciencia. Mamá Julia me decía que la paciencia alcanza lo que la dicha no logra. Paciencia. Te pienso, cierro los ojos y veo tus cejitas pobladas, tu mirada cristalina, tu boca, tu boca deliciosa. Llega rápido coño, quiero abrazarte. Quiero clavar mi nariz en tu cuello y sentir tus manos fuertes en mis nalgas. Quiero poner mis cachetes en tu pecho pelú, canito, y pasarte las uñas largas con manicure a lo Jennifer López por todas partes. Rascarte con delicadeza la cabeza, hacer dibujitos con mi lengua en tu espalda: I, corazoncito, U. La música de esta disco está legal. Hip Hop sabroso, electrofunk salvaje, reggaetón violento, atrévete-te-té y me atrevo. Calle 13 en El Gallo records de Bogotá. Viva Borinquén. Me quedan muy pegaos los mahones, el top strapless de lentejuelas beige brilla con la luz que es amarilla y rosa y miro hacia abajo y mis taconcitos vintage brincan con frenesí, mi barriguita asomándose, mi ombligo está alumbrado. Se ve sexy. Adentro flota la habichuelita que es tuya y que nadie sabe ni nadie lo va a notar porque solo tengo tres semanas desde que me preñaste. Un montón de jevitos y jevitas, guapos, bailando en la pista. Aunque no está tan lleno el lugar. Me dan

unas ganas enormes de orinar y busco el baño. Ay. Me voy a reventar, diantre. ¿Fila? Mira nena, es que no me aguanto, ¿Me dejas colarme? Gracias, chica, me salvaste. No puede ser. Esa es tu hija, Alfie. Qué bella. Está secándose las manos, se vira, nuestras miradas se cruzan. Le sonrío, me sonrío. Ay, si ella supiera quién soy yo... Me encantaría que nos conociéramos, que nos hiciéramos amigas. Tendría que contarle que nos vamos a vivir a Puerto Rico y que allá le vamos a tener su cuarto, y yo le voy a presentar a mi hermano y a sus panas, que la va a pasar genial. ¡Mira p'allá! Si tiene el mismo topcito *strapless* que yo. Y los mismos ojos de su padre. Hermosos. Tu hija es preciosa, Alfie, deberías llegar ya a ver si me la presentas y te dejas de sentir culpable de una vez por todas, sacando a la luz la verdad. Porque la verdad es que yo soy ahora tu mujer, y vamos a formar una familia, y yo encantada de la vida te recibo a la Nena y a Marco si quieren venirse a vivir con nosotros a San Juan. Lo más importante es que tus hijos sepan rápido, ya lo hemos hablado, y después de que ellos se enteren, que lo sepa Violeta. No te apures, chico, ella lo va a superar. Tarde que temprano.

Ay, ahí vienes. Qué bello que eres. Qué rico cómo caminas. Me clavabas la mirada desde lejos, esa mirada de bravo, que me enloquece, no me sonríes, frunces el ceño y me tiembla el cuerpecito. Qué rico que eres, qué sabrosón. Qué ricurita tropical. No sé cómo más decírtelo papi, me encantas. Llegas hasta mí y me besas en la frente, y tu olor me da una gaznatá de *infatuation*, y sólo puedo imaginarme haciéndote el amor. Chichando bien sudao, pegándome a ti, viniéndome contigo nene. Ven perrea conmigo, chico, perrea. Cógeme la cintura y pégate a mi espalda y menéalo, menéalo to'o, toíto, to. Ven, acaríciame la barriguita, esta, dónde ya sabes, viene tu junior.

¿Pero qué te pasa baby, porqué estás así de arisco?

¿Cómo?

¿Qué puñetas estás diciendo?

Bailemos un poco, dale, no hablemos nada de eso ahora, escucha la música, déjate llevar. ¿Estás nervioso porque viste a la Nena por ahí? ¿Qué quieres decir con que no estás para que te pillen con las manos en la masa? ¿Ah?

A mí no me vengas con esa mamabicho.

¿Qué es lo que te crees ah? ¡Canto de zángano! Así que esto es lo que hay. A esto se reduce todo ese montón de promesas que me venías haciendo. Que he perdido mi tiempo. Que finalmente sí debía estar bien craqueá de enamorarme ti. Un viejo. Un viejo mentiroso. ¿Es por ella? ¿Ah? Contéstame pedazo de cabrón. Es por ella. Lo sé, la viste y ahora de repente ya no es tan importante contarle, sincerarte con tu propia hija de que quieres rehacer tu vida, de que quieres darte la oportunidad de ser feliz a mi lado. Ahora no te atreves a contarle. Está bien. Si quieres nos vamos, antes de que ella te vea. ¿No te vio ya? Está bien, avanza.

Pero por eso, mi amor. Yo sé que estás nervioso, que no quieres herirlos. Ni a tus hijos ni a Violeta. Yo sé que eres bueno. Buen esposo, buen padre. Responsable, Si eso mismo es lo que más enamorada me tiene de ti. Si tú quieres yo me marchó, pero déjame quererte bebé. Déjame consolarte ahora que se murió tu mamita. Para eso vine. Para consolarte y acompañarte. Para decirte que ahora, no soy solo yo. Que tienes a una criaturita tuya aquí, en mi vientre.

Auch. ¡No me hales así, puñeta, que me vas a desbaratar!

¿A dónde vamos, Alfie? ¿Qué es lo que te pasa? ¿Porqué estás tan callado? ¿Estás bravo? ¡Háblame, carajo! ¡Por lo menos mírame!

¿Qué sitio es este? Yo no voy a entrar ahí hasta que tú me expliques qué está pasando. Alfonso. Coño. Son las tres de la mañana. ¿Y ese tipo quién es?

Llegamos al cuarto del hotel y llevo más de tres horas sin hablarte. Me quitas el abrigo y con suavidad me empujas hacia la cama. Me siento. Te agachas a quitarme los tacones, luego, con mucho cuidado los mahones. Me quitas el *topcito*. Estoy sentada ahí, en el borde de la cama, encorvada. Qué cólico. No puedo sentarme derecha, no me importa que se me vean, que me veas, los chichitos de la barriga, ni las tetas caídas. Postura, dice Mamá Julia, la postura hace la dama. Pero no me siento como ninguna dama. Tú revuelcas los cajones y encuentras una *t-shirt*. Me la pones, como si yo fuera una nena de 7 años. La cabeza primero, después cada brazo. Después, retiras las *frizas* y me acomodas con mucho cuidado dentro de ellas. Muy cariñoso, me acaricias la cabeza. Yo te dejo pero no te correspondo ni con medio gesto. Prendes el televisor y me preguntas qué quiero ver con un tono meloso que no te conocía. Encojo mis hombros. Esa es mi respuesta. Te acuestas detrás de mí, me abrazas, cubres todo mi cuerpo hecho bolita con el tuyo. Que si me duele algo, que si tengo hambre o sed, que si quiero más cobijas. No. No quiero nada.

Esta noche en la que me obligaste a botar por el inodoro p'abajo lo que más ilusionada me tenía en la vida, no quiero nada. Eso sí, te lo aseguro canto'e cabrón, de mí no te vas a deshacer así de facilito. Ahora sí que te jodiste, y conmigo cargarás por el resto de tu vida.

¿Oíste?

22. Juana

Llueve, llueve mucho en Bogotá. Llovía ayer cuando llegaste a recoger a la Flaca y a los niños, estaban todos vestidos de negro, Marco propuso llevarme, estuvieron todos de acuerdo y me montaron al carro. Fue muy triste el entierro de tu mamá. La Flaca y tú divididos, no se abrazaron, no se tomaron de la mano, ni siquiera se miraron. La Nena era la única que lloraba, y se colgaba de tu cintura, le costaba trabajo estar de pie. Lilia consentía a tu hija, tú las sostenías a ambas. Marco tieso como una estaca, al lado de Violeta. Parecían dos familias incompletas. Tú, Lilia y la Nena a un lado del hueco, Violeta y Marco al otro. Lorenzo y Ashley, los únicos con paraguas, se apretujaban el uno contra el otro. Los demás estaban empapándose y la que más mojada se veía era Teresa que estaba vestida de blanco. No hubo palabras, ni rezos. No hubo música. Julián, el novio de tu mamá, observaba desde lejos, y cuando bajaron el ataúd, se marchó. Después de que la nena dejara caer una rosa rosada sobre el ataúd, cuando tú echabas la primera palada de tierra al hueco, el hombre ya se veía chiquito, lejos, cinco o seis bloques más allá del cementerio. Ahí fue que tomé la decisión. Julián me inspiró.

Emprender camino, perderse. Antes de que llegue el día en el que cavarás un hueco, en el jardín de tu casa, de la casa de Violeta, justo al pie de la ventana de tu cuarto. Antes de estar yo tirada a un lado, envuelta en el plástico rojo con el que entregan a los perros muertos en la clínica veterinaria. Antes de que la Nena rompa ese plástico y se aferre a mí, sollozando. Antes de que las gotas caigan sobre mi pelo rubio y tupido y

dejen a la vista mi piel. Antes de que Marco, bajo tus instrucciones me eche medio kilo de cal encima. Antes de que la Flaca se desbarate, antes de que le cuentes que allá, ayer o la semana pasada o hace un par de meses, en el entierro de tu madre, tenías a otra mujer escondida, en un taxi que llegó y se parqueó a esperarte. La misma mujer que cogí espiándonos, apenas llegaste de California, varios días seguidos, sentada en un banco del parque al otro lado de la calle de nuestra casa.

Antes de que se enteren tus hijos, o la Flaca, que la metiste a la casa, y la llevaste a la cama. A tu cama nupcial, la metiste entre las cobijas de tu matrimonio y luego le ofreciste los *brownies* que te había preparado la Flaca.

Antes de que te enteres tú que la Flaca también te fue infiel, como método de venganza, dos veces y que tales infidelidades en vez de liberarla o satisfacerla, la hundieron más aun en el resentimiento. Antes de que te des cuenta que como Violeta nadie más va a amarte, Alfonso Morales, y que lo hagas cuando ya sea demasiado tarde y ella haya hecho *click* y ya ni voltee a mirarte.

Yo no puedo más. Estoy tan vieja, tan achacada. No tengo fuerzas para seguir haciéndome la bestia con tu traición. Los perros somos tan fieles, tan leales. No es un cliché, no es un lugar común, es un adagio. Sabiduría popular.

Prefiero perderme, como Julián. Que me adopte una nueva familia, de esas que recogen cuanto animal extraviado hay por ahí y sienten especial orgullo al hacerlo. Que me encuentre algún vagabundo y sea yo un motivo para experimentar el amor en su miseria. Que me recojan de la perrera municipal y me pongan a dormir. Que me atropelle un bus sobre la avenida. Cualquier cosa es mejor que seguir presenciando cómo acabas con tu familia, con lo que construiste al lado de la Flaca, con la versión que tendrán tus hijos acerca de la importancia de la lealtad.

Es probable que estén unidos ahora, buscándome por todas partes, deambulando con frenesí, dando gritos por el barrio ¡JUANA!, timbrando de casa en casa, pegando carteles de se busca con mi foto en los postes. ¡JUANA! Es probable que la Flaca no cese de llorar, desesperada, pensando en dónde estaré yo, qué me habrá pasado, qué le pasará a ella ahora sin mi compañía, y tú estarás conmovido, al verla así, desecha, frágil, perdida, con ganas de volver a ser su héroe, su salvador, y la abrazarás fuerte y se mirarán a los ojos, decidiendo dejar toda tontería en el pasado y volver a rehacer su vida juntos.

Pensándolo bien, yo nunca te he visto arrepentirte. Cuando tomas una decisión prefieres vivir en la equivocación que dar tu brazo a torcer y dejar que alguien se entere de tu error. Así que seguro la Flaca está en plena crisis, llorándome, desesperada, pero tú no la vas a abrazar, ni le vas a pedir perdón. No. Que venga de ti rehacer tu vida a su lado, no lo creo.

No para de llover. Tengo frío. Y mucha hambre.

23. La Nena

Poco he compartido con mi papá en mi vida. No tengo una relación con él, o por lo menos no ha sido una relación común y corriente, Ma, tú sabes. Siento que me hace falta algo. Simplemente no ha sido suficiente tenerte a ti, una madre tan amorosa y preocupada, y ejemplos de mujeres buenas y fuertes en la familia, como tú, como Abu Rosita, como la Tía Ashley.

Lo hablé hasta muy altas horas de la noche con Marilú y Carito, estuvo muy bien que sugirieras hacer una empiyamada con ellas, después del entierro, después de que se supiera la verdad de papá e Ivonne. Y pues, con las chicas llegamos a una conclusión: nuestro psiquis, como niñas, como mujeres, es creada por la imagen que de nosotras construyen nuestros padres. Lo que ellos nos muestran pensar o saber acerca de nosotras... Toda niña necesita sentir que un hombre la ama, la valora, que la protegerá y estará ahí para ella.

Me imagino que toma años para que la influencia de un padre se meta en la cabeza, en el corazón de una chica como yo, y me fortalezca el autoestima. Se me está acabando el tiempo, Ma. Nada de esto me va a pasar, si no estoy con mi papá.

El divorcio entre ustedes era inevitable. Lo supe desde que cumplí 9 años y descubrí el primer amorío de papá. Tú no lo ibas a poder superar. Ma, tú no eras, ni seras capaz nunca de hacerte la boba, de mirar hacia el otro lado. Para mí este desenlace ha sido un descanso. LLevamos casi diez años de mentiras, Ma, de encubrimientos, de ocultarnos

los unos a los otros los sentimientos. Mira a Marco, Ma, todo hermético, ¿no te has dado cuenta que no nos habla? ¿Que le cuesta mucho sonreír? Esto ha sido un caos, es hora de que todos cambiemos de vida. ¿No crees?

Pero así yo sea la primera en alegrarme de esta ruptura, Ma, por que pienso que tarde o temprano los beneficios, especialmente para ti, superarán los sacrificios, yo no puedo perder a mi papá. Si pierdo a mi papá, me pierdo yo. ¿Me entiendes? No me interesa sentirme rechazada por él ni un día más. Quiero confrontar su amor. Tener una relación con él.

Mi papá se va a vivir a Puerto Rico y yo me quiero ir con él. Mientras pueda, necesito darle un chance a ejercer su influencia sobre mí. Le voy a dar la oportunidad de escogerme a mí sobre todas las cosas, y hacerme creer que soy inteligente, linda, buena. Si eso significa tener que conocer y aprender a aceptar a su nueva mujer, estoy dispuesta a hacerlo.

No te preocupes, Ma, ella me pareció amable cuando la conocí. Creo que, además, hará todo por llevarse bien conmigo. Parece estar realmente enamorada de papá. De todos modos, si me sale con algo raro, serás la primera en saberlo. No lo voy a tolerar, de eso estoy segura. Así termine odiándome ella, y luego él y se vaya todo para el mismísimo carajo.

No sufras, Ma, por fa. Prométeme que no vas a seguir sufriendo. No sientas celos por él, ni celos de madre. Ella a lo máximo será como una nueva amiga. Yo ya soy quien tú formaste. Puede que no nos hayamos llevado bien en esta última etapa, mamita, pero eso nada tiene que ver con cómo te admiro o te amo. Estaba pasando mi adolescencia y no hay niña adolescente que se lleve bien con la mamá. ¿Eso no era lo que te decía Teresa todo el tiempo?

Mi papá ya me compró el tiquete de avión. Me voy pasado mañana. Cuando quieras me llamas, o me mandas a buscar y regreso a Colombia para visitarte. Ya le encargué a Marco que te cuidara mucho. Te amo Mamita. No se te olvide nunca.

24. Epílogo. Violeta.

Suena el timbre. Me salta el corazón. Abro la puerta y ahí está Ignacio. Me abraza fuertemente, me besa las mejillas, los ojos, la frente, con besitos pequeños y ruidosos. Huelo su cuello. Mmmm. Qué rico huele su cuello.

-Apúrale cosita, se nos hace tarde-

Doy una última repasada al espacio. Ya no la siento mi casa. Ya no hay huellas de nada de lo que viví aquí. Ningún rastro de mi perrita, de mis hijos, de mi ex marido. Está muy vacía esta casa. No huele a nada, no contiene ya ninguna anécdota, no hay ruidos familiares que den testimonio de nada de lo que aquí viví. Ni de las felicidades, ni de las tristezas. Solo un eco metálico, frío, y un aire aséptico, limpio. 16 años borrados con estuco, vinilo blanco y Sampil. Ni tapetes ni nada escondido debajo de ellos. Ventanas transparentes, impecables, sin cortinas, esperando a que unas nuevas gentes vengan y las vistan, y miren hacia fuera a través de ellas, con expectativa e ilusión, con propiedad. Que habiten estos espacios estériles, que los llenen de cosas y de relaciones y de experiencias. Que vuelvan a darle la calidad de hogar a esta casa.

El breve instante en el que recorro la casa que ya no es mía, por última vez, no es suficiente para que me llegue la nostalgia. O estoy anestesiada, o curada. Sólo el tiempo me dirá, especialmente cuando deje de tomarme el escitalopran que me recetó mi ex concuñada. Ahora, estoy con Ignacio, y bueno, ya lo decía la misma Rosa, un clavo saca a otro clavo. Menos mal.

Ignacio el nuevo clavo que ha sabido clavarse. Mandarse de jeta, como dice él mismo entre chiste y chanza. Ignacio el regalito que me mandó el cielo en el momento más oportuno de mi existencia. Ignacio actor, escritor, productor y soñador como yo. Buen conversador. Ignacio simpático y recursivo. Apasionado. Romántico. Ignacio que se toma su tiempo para seducirme, Ignacio que se goza cada instante de mi risa. Que me hace sentir radiante. Joven. Que me devolvió la alegría al cuerpo. El respeto. La libertad. La independencia.

Que me empujó a reunirme con mi único hermano, Roberto, con quien no me hablaba desde que papá murió y a mi ex marido le dio por tratarlo con indelicadeza, entrometiéndose en donde no le tocaba. Yo tan obtusa y enceguecida, siempre dispuesta a sacrificarlo todo por el petardo del padre de mis hijos, miré hacia otro lado y permití que pasara.

Ignacio que no me dejó seguir en el cinismo. Ni en la amargura. Que me devolvió a las pistas de baile. *Pronto llegará, el día de mi suerte, desde antes de mi muerte, seguro que mi suerte cambiará..* Increíble.

El vuelo estuvo comodísimo, iba casi vacío el avión. Ignacio pudo recostarse en mi regazo. Duré las cinco horas del vuelo acariciándole la espalda y rascándole la cabeza. Tiene una piel hermosa, color dorada y suave, muy suave, me encanta tocarla. Su pelo es color chocolate, brillante y sedoso, termina con rizos sueltos en los que me fascina enredar mis dedos. Sus ojos son grandes, color miel, y están subrayados por unas pestañas oscuras y larguísimas, las más largas que he visto en la vida. Unos ojazos enmarcados por unas cejas pobladas que me enamoran. Todo él me enamora.

Nos queda todo lejos de la casa de mi hermano en Washington Heights, pero eso no le importa para nada a Ignacio. Y a mí tampoco. Viajamos juntitos y charlando sin

cesar línea A hacia arriba, línea A hacia abajo. Él es el encargado del mapa, y de las cuentas, yo de investigar a qué sitios vamos, qué planes gratis hay, cómo aprovechar cada instante en Nueva York. Recorremos la ciudad completa, buscando un apartamento que podamos alquilar por temporadas, lo más económico posible, de aquí hasta septiembre que es cuando tenemos programado terminar la grabación del cortometraje. Caminamos de la mano por el Central Park, nos besamos en la estación de Canal Street, cenamos pizza en Lombardi's. Vamos conociendo latinos por grupitos. Una escultora cubana, casada con un ilustrador coreano que nos invitan a las galerías de Chelsea, y luego a escuchar música en vivo en los bares de Williamsburg. Un diseñador llanero y su hermano funcionario del consulado colombiano, ennoviados con dos francesas que trabajan en la ONU, con quienes vamos a cine por lo menos dos veces a la semana. La Ceci, nuestro hallazgo, la mujer que protagonizará nuestro cortometraje y su tercer y actual esposo, Michael, un fotógrafo cotizadísimo que ha compaginado lo más de bien con Ignacio, y con los que nos vamos de fin de semana a una cabaña que compraron en Maine. Beatriz y Alejo, dos colegas colombianos con los que trabajé hace más de 10 años en Bogotá, en mis épocas de redactora publicitaria, son los compañeros perfectos para nuestras noches de salsa. Mi sobrina Elena, la única hija de mi hermano Roberto, es la que nos ha llevado a todas las instituciones educativas y académicas que tengan cursos relacionados con la producción audiovisual, la escritura de guiones o actuación en la gran manzana, a ver si me levanto un *part-time* de profesora. Ignacio dice que él no sabe qué tan cómodo se sentiría dictando clases, pero yo sé que si viene con nosotras cada vez es porque ya se ha hecho a la idea de él también presentarse. Se le mide a los retos tanto como a azotar baldosa gringa al son de Héctor Lavoe, Richy Ray, Joe Arroyo, Rubén Blades y Willie Colón, igual que a mí. Tremendo bailarín mi Nachito... Ignacio es leo y yo soy acuario. Somos altamente compatibles, me aseguró Tere cuando lo

conoció.

La Nena se fue a vivir a Puerto Rico con su padre y su nueva mujer. Por ahora no nos estamos hablando. Ignacio intenta convencerme todos los días de que la llame, que la invite a pasarse con nosotros un fin de semana. Todavía no me dan ganas, necesito sanar. Ya no le echo la culpa a ella por escoger a su padre, sobre todas las cosas, incluyéndome a mí, si yo misma le di ese ejemplo por muchísimos años. Tampoco le echo la culpa a Alfonso. Pero todavía me duele. Tan pronto me deje de doler, la llamaré como quiere Ignacio.

Roberto logró ayudarme a conseguirle la visa a Marco, quien arribará el mes próximo, a buscar chisga entre las bandas locales. Es un genio mi niño, con esas baquetas, un prodigio, tan disciplinado y estudioso, no creo que halle difícil hacerse a su proyecto de vida en la música. Para ese entonces, esperamos Ignacio y yo tener listo nuestro apartamentico. De todas maneras, no estoy tan segura de que el niño quiera venir a vivir con nosotros. Igual, no lo voy a presionar.

De mis ex cuñados y ex concuñada no supe nada más. Se evaporaron por ahí al mismo tiempo que llegaron las fiestas de fin de año y me enteré rezaron novenas bailables y despidieron año comiendo lechona con puerторriqueña a bordo. A veces me hacen falta, pero muy a veces.

Con Teresa intercambio correos electrónicos, y chateamos a menudo. Estuve un tris rayada con ella, después de que me confesara su episodio de Tarot con mi ex, pero se me pasó pronto. Teresa siempre ha estado ahí para mí. Su amistad ha sido lo único constante en mi vida.

Por lo general, los únicos instantes que vuelvo a mi pasado es para acordarme de mi ex suegra. Últimamente he discutido con Ignacio posibles explicaciones para mi apego

hacia ella. Yo ya no tenía mamá cuando la conocí por un lado, pero más que nada, su vida era una especie de presagio de lo que llegaría a ser la mía de seguir vinculada a un tipo como usted, Alfonso.

De usted, aquel, el ex marido, ya poco me acuerdo. Podrá sonarle inverosímil a cualquiera, pero es la pura verdad. Se me están borrando, incluso, sus rasgos. No me acuerdo casi ni de su cara, ni de su olor, ni de sus manos.

En las noches, por ahora, Ignacio y yo dormimos en un sofá cama en el estudio del apartamento de mi hermano. La vista al Hudson es estremecedora, sobre todo en las madrugadas. Entrelazamos nuestras piernas y por unos minutos nos miramos fijamente justo antes de darnos los buenos días y levantarnos a preparar desayuno y coger calle. Coger calle para definir esta nueva etapa que comienza en nuestros días. Un nuevo país, una nueva rutina. Los mismos sueños de escribir, de contar historias, de dirigir, de producir cine, de actuar.

Una nueva compañía. Quizás por primera vez, de verdad, compañía.

Y que dure mientras dure. Ya no le doy importancia a la proyección de esta relación, de ninguna. Ahora me concentro en el día a día. En el aquí y en el ahora. Y si ha de acabarse, pues se acabará, y sobreviviré y otra cosa vendrá.

-¿Cierto que sí, mi cosita?

Todo tiene su final nada dura para siempre, tenemos que recordar que no existe eternidad...Si no me quieres dímelo ahora, a mi velorio no vengas a llorar...ay mamita rica, yo sabía que esto se iba a acabar...echa p'alante mamá...

A. Anexo: Referencias a piezas musicales, intérpretes o compositores/ autores musicales.

1. *Don't worry be happy* (Prólogo, p. 2) Título y la letra principal de canción del compositor de jazz Bobby McFerrin.
2. Alanis Morissette (Prólogo, p. 13)
3. Madonna (Prólogo, p. 13)
4. Fergie (Prólogo, p. 13)
5. Elle Fitzgerald (Prólogo, p. 13)
6. Baby Animals (Prólogo, p. 13)
7. Souixie and the Banshees (Prólogo, p. 13)
8. Paulina Rubio (Prólogo, p. 13)
9. Martirio (Prólogo, p. 13)
10. Bebé (Prólogo, p. 13)
11. Toña La Negra (Prólogo, p. 13)
12. Joan Jett (Prólogo, p. 13)
13. Julieta Venegas (Prólogo, p. 13)
14. La Mala Rodríguez (Prólogo, p. 13)
15. Jessie J (Prólogo, p. 13)
16. Pavarotti & Friends (Capítulo 1: Margot, p. 2)
17. *Get ready now...I'm the one who makes you shine...look what's riding all inside...*
(Capítulo 19: Ivonne, p. 75) Fragmento de letra de la canción *Get ready now* de Rinocerose.

18. *You could love me or not but either way I've got to wake up to face another day* (Capítulo 19: Ivonne, p. 75) Fragmento de letra de la canción *Love me or not* de Dub FX
19. *But you don't have a clue...This party hasn't ended yet not for me and you, now you're just pretending you're hiding from yourself, yes you are...We're meant to be one, I know we are, if I am the sky then you are my star...* (Capítulo 19: Ivonne, p. 76/ p. 77) Fragmento de letra de la canción *You don't have a clue* de Röyksopp
20. *Hurt me when I'm closest to you, tell me lies and not the truth, carve your wrongs in my skin. Yeah, hurt my soul...* (Capítulo 19: Ivonne, p. 76) Fragmento de letra de la canción *Hurt* de Parovoz Stelar
21. *Alguien te quiere, alguien te espera, alguien te sueña y tú sabes que soy yo, alguien te piensa constantemente, alguien te busca, y por fin te encontré, y ese alguien soy yo...* (Capítulo 19: Ivonne, p. 78) Fragmento de letra de la canción *Alguien te espera* interpretada por Enrique Iglesias.
22. *Without you. No, no shapes at all, nothing real or artificial, no energy or heat, no thoughts, there are no peaks, no hangover from last night, no shame in first light, no time there'll be no change, no colours rearrange, and I, I get that feeling when we're apart, O get the teaching that I can't be without you, without you Babe...*(Capítulo 19: Ivonne, p. 78) Fragmento de letra de la canción *Without you* de Empire of the sun.
23. *El tsunami llegó hasta aquí, lo vi venir...* (Capítulo 17: Lilia, p. 133) Fragmento de letra la canción *Me quedo aquí* de Gustavo Cerati.
24. Julieta Venegas/ Bajofondo (Capítulo 17: Lilia, p. 133)
25. Draco/ Ednita Nazario (Capítulo 17: Lilia, p. 133)
26. Gustavo Cerati/ Endrea Echeverri (Capítulo 17: Lilia, p. 133)
27. Enganchado Enrique Bumbury/ Chistina Rosenvinge (Capítulo 17: Lilia, p. 133)
28. Nelly Furtado/ Calle 13 (Capítulo 17: Lilia, p. 133)
29. Calle 13/ Mala Rodríguez (Capítulo 17: Lilia, p. 133)
30. *Ya no sé lo qué pensar, si tu recuerdo me hace bien o me hace mal* (Capítulo 17: Lilia, p. 134) Fragmento de letra de la canción *Tu recuerdo* interpretada por Ricky Martin y Mari de Chambao.
31. *Una en la frente, la que más dolió, otra en el pecho, la que le mató, y otra miente en el noticiero...*(Capítulo 17: Lilia, p. 138) Fragmento de letra de la canción *Cruz de navajas* interpretada por Ana Torroja, de Mecano.

32. *Nada de esto fue un error, nada de esto fue un error...* (Capítulo 17: Lilia, p. 139)
Título y fragmento de la canción de Coti, interpretada por Andrés Calamaro y Paulina Rubio.
33. U2 (Capítulo 20: Teresa, p. 146)
34. Soda Stereo (Capítulo 20: Teresa, p. 146)
35. Enya (Capítulo 20: Teresa, p. 147)
36. Tangerine Dream (Capítulo 20: Teresa, p. 147)
37. Bryan Eno (Capítulo 20: Teresa, p. 147)
38. Ratatat (Capítulo 20: Teresa, p. 147)
39. *Ask the mountains* (Capítulo 20: Teresa, p. 147) Título de canción de Vangelis.
40. *Pronto llegará el día de mi suerte, seguro que mi suerte cambiará* (Capítulo 24: Epílogo. Violeta, p. 166) Fragmento de letra de la canción interpretada por Willie Colón y Héctor Lavoe, de Héctor Lavoe.
41. Héctor Lavoe (Capítulo 24: Epílogo. Violeta, p. 167)
42. Richy Ray (Capítulo 24: Epílogo. Violeta, p. 167)
43. Joe Arroyo (Capítulo 24: Epílogo. Violeta, p. 167)
44. Rubén Blades (Capítulo 24: Epílogo. Violeta, p. 167)
45. Willie Colón (Capítulo 24: Epílogo. Violeta, p. 167)
46. *Todo tiene su final nada dura para siempre, tneemos que recordar que no existe eternidad..si no me quieres dímelo ahora, a mi velorio no vengas a llorar...ay mamita rica, yo sabía que esto se iba a acabar...echa p'adelante mamá...*(Capítulo 24: Epílogo. Violeta, p. 169) Fragmento de letra de la canción *Todo tiene su final* de Héctor Lavoe.

B. Anexo: Referencias a otros autores

1. Natalia Ginzburg (Prólogo, p. 1)
2. Truman Capote (Prólogo, p. 1)
3. Sergio Pitol (Prólogo, p. 1)
4. John Gardner (Prólogo, p. 1)
5. Adolfo Bioy Casares (Prólogo, p. 1)
6. Patricia Highsmith (Prólogo, p. 1)
7. Clarice Lispector (Prólogo, p. 2/ p. 13/ p. 15)
8. Paul Arden (Prólogo, p. 4)
9. Gianni Rodari (Prólogo, p. 4)
10. Maria Elena Walsh (Prólogo, p. 4)
11. José María Vargas Vila (Prólogo, p. 4)
12. Rosario Ferré (Prólogo, p. 4)
13. Virginia Woolf (Prólogo, p. 4/ p. 5/ p. 12/ p. 13)
14. Helene Cixous (Prólogo, p. 4/ p. 15)
15. Mempo Giardinelli (Prólogo, p. 10)
16. Julia de Burgos (Dedicatoria; Prólogo, p. 13/ p. 15)
17. Sylvia Plath (Prólogo, p. 13)
18. Maya Angelou (Prólogo, p. 13; Capítulo 16: Rosa, p.13)
19. Ángeles Mastretta (Prólogo, p. 13)
20. Rosa Montero (Prólogo, p. 13)
21. Isabel Allende (Prólogo, p. 13)
22. Mayra Santos-Ferbes (Prólogo, p. 13)
23. Doris Lessing (Prólogo, p. 13)
24. Oriana Fallaci (Prólogo, p. 13)
25. Consuelo Triviño (Prólogo, p. 13)
26. Albalucía Ángel (Prólogo, p. 13)

- 27. Alejandra Pizarnik (Prólogo, p. 14)
- 28. Silvina Ocampo (Prólogo, p. 14)
- 29. Fannie Flagg (Capítulo 1: Margot, p. 17)
- 30. León De Greiff (Capítulo 9: Ivonne, p.76, Capítulo 16: Rosa; p.130)
- 31. I Ching (Capítulo 20: Teresa, p. 146)
- 32. Dra. Clarissa Pinkola Estés (Capítulo 20: Teresa, p. 150)
- 33. Dr. Carl Jung (Capítulo 20: Teresa, p. 150)
- 34. Osho (Capítulo 20: Teresa, p. 152)
- 35. Dalai Lama (Capítulo 20: Teresa, p.154)

Bibliografía

[1] GUINZBURG, Natalia. Mi oficio de Las pequeñas virtudes. El Libro de Bolsillo Alianza Editorial Madrid. Título original: *Le piccole virtù* © Giulio Einaudi editore, S. A., Turín, 4.ª ed. 1964. Traductor: Jesús López Pacheco © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1966. 144p.

[2] CAPOTE, Truman. Prefacio de Música para camaleones.

<http://www.google.com/search?client=safari&rls=en&q=Musica+para+camaleones+pdf&ie=UTF-8&oe=UTF-8>

Tengo el .doc descargado directamente del link que referencio arriba, hacer petición de copia para consulta a: cristavillar@yahoo.com

1p.

[3] PITOL, Sergio. El sueño de lo real. En: archivo académico. Fotocopias facilitadas por el taller del Profesor Julio Paredes. Maestría Escrituras Creativas. Universidad Nacional de Colombia. 2012.

Tengo las fotocopias sacadas en la universidad, hacer petición de copia para consulta a: cristavillar@yahoo.com

[4] GARDNER, John. Capítulo 6: La técnica. El arte de ficción. En: archivo académico. Fotocopias facilitadas por el taller del Profesor Julio Paredes. Maestría Escrituras Creativas. Universidad Nacional de Colombia. 2012.

Tengo las fotocopias sacadas en la universidad, hacer petición de copia para consulta a: cristavillar@yahoo.com

[5] GORNICK, Vivian. Capítulo: Memoria. Escribir narrativa personal En: archivo académico. Fotocopias facilitadas por el taller del Profesor Julio Paredes. Maestría Escrituras Creativas. Universidad Nacional de Colombia. 2012.

Tengo las fotocopias sacadas en la universidad, hacer petición de copia para consulta a: cristavillar@yahoo.com

[6] BIOY CASARES, Adolfo. A la hora de escribir. En: archivo académico. Fotocopias facilitadas por el taller del Profesor Julio Paredes. Maestría Escrituras Creativas. Universidad Nacional de Colombia. 2012.

Tengo las fotocopias sacadas en la universidad, hacer petición de copia para consulta a: cristavillar@yahoo.com

[6] HIGHSMITH, Patricia. Capítulo 7: Las dificultades. Como se escribe una novela de intriga. Suspense. Ediciones Venenos. Título original: *Plotting and Writing Suspense Fiction*. The Writer Inc., Boston, 1981. Ediciones Veneno: 2011. 55p.